

RUDOLF  
STEINER

# Mitos y Misterios Egipcios



Editorial Antroposófica



A  
N  
T  
R  
O  
P  
O  
S  
O  
F  
I  
A

---

Rudolf Steiner

---

**Mitos y Misterios  
Egipcios**

---

Editorial Antroposófica

---

**Título Original:** ÄGYPTISCHE MYTHEN UND MYSTERIEN

**Editado por:** RUDOLF STEINER - NACHLASSVERWALTUNG

G.A. N° 106

**Autor:** RUDOLF STEINER

**Traducción:** LUZ P. DE BARCENA

**Revisión:** EDITORIAL ANTROPOSÓFICA

**Título en Castellano:** MITOS Y MISTERIOS EGIPCIOS

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Tirada: 3.000 ejemplares

I.S.B.N. 987-9066-04-9

Todos los derechos reservados a favor de:

EDITORIAL ANTROPOSÓFICA

El Indio 1837 - (1607) Villa Adelina Buenos Aires - Argentina

EDITADO POR EDITORIAL ANTROPOSOFICA

## **PREFACIO** de Marie Steiner

*Este libro viene a levantar de nuevo algunos de los velos que nos ciegan, y nuestra mirada, deslumbrada de repente, se afirma; ella afronta el pasado o el porvenir que Steiner nos revela y que su pensamiento nos permite captar. No solamente las palabras, sino la atmósfera en la cual se baña la fuerza creadora de la cual su transparente envoltura, nos aproxima a los grandes misterios.*

*Los velos se levantan sobre un horizonte que se ensancha hasta los límites del universo. Seres de luz brotan de la palabra, bajo la presión de la verdad: perspectivas luminosas llenan nuestras tinieblas con una claridad desconocida. A menudo nos detiene una expresión; nos parece demasiado realista, casi familiar; es que ella está sujeta a las leyes de la actividad creadora, a las necesidades de la forma que hay que imponer a lo invisible para hacerlo visible. En razón de las regiones a que el verbo debe descender, pierde su transparencia espiritual para convertirse en la palabra fuerte, directa, coloreada. Hoy, no se busca leer entre líneas. Uno las recorre con mirada apresurada, y se contenta con lo que un rápido pensamiento cree encontrar allí. Es necesario leer de otra manera las obras de Steiner. A través del*

*pensamiento, su verbo busca el espíritu, el dominio donde encuentra eco, donde hace vibrar el sentido artístico. La agudeza de su inteligencia es solamente el relámpago que quiebra las fronteras del entendimiento y alcanza el espíritu. Y si el alma se siente aplastada por el golpe, no se levanta por ello menos rápido; que se le conceda solamente un alto para replegarse sobre sí misma, y se recobrará, animada de un nuevo ritmo de vida.*

*Aquí reside la fuerza mágica de las palabras verdaderas. Steiner nos pone en las manos esta llave que conduce “a las madres” y a los dioses. Dejemos que se despliegue la fuerza sustancial de su verbo y nuestra vida se dilatará a la medida del universo.*

*Guardemos el verbo en su pureza, no lo esclavicemos a los deseos turbios que enciendan un fuego violento e impuro; porque perderíamos la fuerza de vida y de luz que él ha arrebatado para nosotros y evocaríamos la fuerza adversa. Cometeríamos un verdadero crimen.*

*Lo que mata en este dominio es el intelectualismo seco, el sentido artístico atrofiado. Los mitos y las leyendas, que son el ropaje artístico de acontecimientos espirituales, mantienen el vínculo que nos une con el mundo espiritual; aún cuando solo poblaran nuestra alma de sueños, ellos son como fuerzas que mantienen vivo el reflejo del espíritu.*

*Esta vida que ellos despiertan puede ser destruida fácilmente por las interpretaciones demasiado intelectuales, las explicaciones subjetivas, los comentarios acumulados. Se tienen, es cierto, los trozos en la mano, pero le falta ¡ay! el vínculo espiritual. Sería destrozar la herencia espiritual que Steiner nos ha confiado, dejar que esa tendencia se expandiera en el seno del movimiento espiritual que él fundó. Steiner no quería que se expliquen los cuentos de hadas. Con mucha más razón los símbolos sagrados de las más altas realidades espirituales. Aquello que la poesía y las artes plásticas han fijado en cuadros subli-*

*mes, no debe convertirse en juguete de interpretaciones inciertas, o en el tema de prosaísmos de la vida diaria.*

*Cuando un hecho espiritual da nacimiento a un símbolo fuerte y viviente como el del Grial, por ejemplo, es necesario que la fuerza que encierra sea mantenida en su pureza, que no sea disminuida por aventuradas hipótesis basadas en citas de documentos dudosos. ¿Quién mejor que los discípulos de Steiner habrían podido hacerse profundamente conscientes de la virtud directa y pura que debe conservar intacta la vida sobrenatural depositada en los mitos y las leyendas?*

*¿Es absolutamente necesario hacerse una representación fisiológica de una herida que ha inspirado hasta ahora obras poéticas y musicales sublimes, y servido a la humanidad ayudándola a purificarse? ¿No se la puede dejar en la esfera en que escapa a las groseras curiosidades?*

*¿Es verdaderamente útil que la luminosa pureza, el encanto que se desprenden de la figura de Isis-María, como el mensaje de una primavera espiritual, sean violentamente precipitados hacia la esfera de las concepciones anatómicas corrientes? Emanan de un cuadro de la Virgen Sixtina una vida espiritual que Steiner ha liberado y que él destinó muy especialmente a las que serán madres para unir las a las esferas supratelúricas. En la habitación de un niño, una reproducción de este cuadro puede unir con una envoltura puramente espiritual los pensamientos de la madre y el alma del niño. Steiner dice a este respecto en las páginas que siguen:*

*“En este cuadro, que innumerables reproducciones ponen al alcance de todos, cómo no admirar la pureza magnífica que envuelve a los personajes; cómo no emocionarse contemplando el rostro de la madre, su posición planeando entre el cielo y la tierra, la mirada profunda del niño.*

*Y cuando miramos las nubes que la rodean y de donde emergen tantas cabecitas de ángeles, cómo no sentir algo más profun-*

do aún, y que hace comprender mejor el cuadro entero. Sé que es una audacia, sin embargo lo diré: si se mira profundamente, gravemente, este niño en brazos de su madre, y tras él las nubes armonizando en un conjunto de cabezas angélicas, se comprenden que este niño no nació de una manera natural que es uno de aquellos que planean alrededor de las nubes. Este niño Jesús es también, una de esas nubes que ha tomado forma, se ha hecho más densa; uno de los pequeños ángeles se ha volado de las nubes a los brazos de la madre. He ahí un sentimiento completamente justo. Si sabemos hacerlo vivir en nosotros, nuestra mirada se ensanchará, se liberará de las ideas estrechas que uno se hace sobre los vínculos naturales de las cosas de la vida. Con la ayuda de este cuadro, la mirada limitada se ensancha y puede concebir que hubo en otro tiempo otro modo de nacimiento que el que está basado en las relaciones de los sexos. En resumen, este cuadro nos hace presentir los vínculos profundos que unen el mundo humano al de las fuerzas espirituales”.

“Cuando, dejando la Madona, volvemos nuestra mirada hacia atrás, hasta la época egipcia, hallamos allí una imagen muy semejante y muy noble; los egipcios celebraron a Isis, esa figura a la cual se refiere la sentencia; Yo soy la que fue, la que es y la que será. Ningún mortal ha levantado aún mi velo. Un misterio profundo al que recubre un espeso velo, he ahí lo que nos revela Isis, la bella forma espiritual de Dios, Isis a la que los antiguos egipcios vieron con el niño Horus, como vemos nosotros a la Madona con el niño Jesús. Esta Isis se nos representa como llevando en ella el elemento eterno, y esto nos recuerda el sentimiento que experimentamos a la vista de la Madona. Es necesario que sepamos ver en Isis la forma de profundos misterios que unen en el mundo espiritual la civilización egipcia a la nuestra”.

“La bella forma espiritual de Dios” he ahí lo que nos invade a la vista de este cuadro, más bien que una alegoría anató-

mica. ¿No tenemos bastantes ocasiones de introducirnos en los detalle anatómicos o la vida fisiológica, sin estudiar bajo ese aspecto lo que pertenece al reino del espíritu, del arte puro? Guardémonos de alegorías arbitrarias. A propósito del símbolo del pez en las catacumbas, nos dice Steiner en los mitos y misterios egipcios:

“¡Qué mundo entre este signo que se nos aparece como el símbolo de una era cósmica y las explicaciones superficiales que de él se dan a menudo!”

Los verdaderos símbolos son aquellos que reposan sobre elevadas realidades espirituales. Ellos hicieron algo más que “significar” alg para los primitivos cristianos, eran la imagen misma de un acontecimiento espiritual, y no se puede interpretar con seguridad ningún símbolo en tanto que no se sepa relacionarlo con el ser espiritual que representa.

Toda especulación filosófica no hace sino preparar el espíritu; no se reconoce su símbolo si no se descubre la realidad espiritual que oculta”.

Dice más lejos: “Hemos visto ya que esas imágenes no son alegorías sino que corresponden a hechos reales. En otras épocas aparecían en forma de sueños.

Antes que el discípulo viera realmente la evolución de la humanidad, soñaba con la leyenda de Osiris. Y solo lo que prepara así para la visión es un verdadero símbolo en el sentido oculto de la palabra. Un símbolo es la descripción bajo forma de imágenes de lo que pasa en realidad”.

Otros peligros nos acechan. Uno sería el de hacer desviar a la esfera del utilitarismo, lo que Steiner nos ha dado como un arte puramente espiritual. Eso sería arrebatarle su más alta vida. Steiner nos ha dado también la Eurytmia, a fin de que nuestra alma pueda captar conscientemente lo que se eleva del mundo espiritual más próximo a nosotros, y que ella penetre en las regiones supraterrrestres por medio de los movimientos que si-

guen las corrientes etéricas. Progresivamente el cuerpo se espiritualiza; toma conciencia de sí mismo en el seno de los elementos del aire y del éter; oye, siente interiormente lo que el sonido, la palabra, crean en el aire; sujeta ahí la corriente de conciencia por la que es recorrido, el gesto visible a lo invisible. Este arte, la Euritmia, no es la reproducción de algo corporal, como son las artes plásticas; no es tampoco la expresión del alma como la música o la danza, sentimiento inspirado en la vida cósmica que afluye en el alma; ella no capta tampoco para fijar la onda del tiempo o la vida interior como lo hace la poesía. Es la expresión de una fuerza espiritual inmediata: el lenguaje, esa herencia de los dioses, que nos ha dado la posibilidad de penetrar el espíritu en el mundo material, como nos dará la de confiarnos poco a poco, conscientemente a los elementos más sutiles del aire, de la luz, del éter. El sonido y el gesto incluidos en la palabra son los caminos que ahí nos conducen. Si este gesto modela la forma de la palabra da nacimiento a la dicción artística. Pero puede modelar una imagen en nuestro cuerpo físico también: la forma etérica que captara el soplo que formaba el sonido, forma entonces el gesto físico. Son los brazos principalmente, los que tienen la posibilidad de desposar esas formas; no están orientados hacia el suelo, sino hacia el destino. Por su movilidad, pueden cumplir la diversa riqueza del lenguaje, y espiritualizar así, gradualmente al cuerpo. El movimiento físico que así nace, significa lo que pasa en el mismo momento en el mundo etérico, se metamorfosea cien veces y puede captar la riqueza cósmica abrazada por el lenguaje.

¡Cuán pobre es al lado de esto el sentimiento personal en materia de arte!

Este arte liberador del espíritu desprende fuerzas que son saludables. Da la base que permite edificar toda una terapéutica. Podría esperarnos aquí otro peligro: se puede creer que aprendiendo euritmia hay que desarrollar particularmente en

los órganos del cuerpo la conciencia de los sonidos hablados y que una enseñanza de la Euritmia que no es dirigida espiritualmente en este sentido es insuficiente. Eso sería la muerte del arte. El arte debe expresar lo suprasensible oculto tras lo sensible; el gesto debe quedar en un signo, una vida cambiante, corriente, una fuerza que lleva, que va, vibra, que siente siempre el impulso en el juego de las energías, que la confía al espacio, al aire, pero que queda independiente de los órganos, y no se apoya jamás en el cuerpo.

Si se quisiera extender esta tendencia al estudio del lenguaje llegaríamos al punto que Steiner viene a salvarnos del peligro de la muerte y el trabajo que se ha tomado para sacarnos de él sería vano.

Habríamos destruido el puente que podría conducirnos al otro lado. En lugar de dirigirse nuestra conciencia hacia el despertar, en el cuerpo y fuera del cuerpo, de vibraciones del aire gracias a las cuales podemos captar la luz, sentir el éter que teje el mundo y cuya llama da la fuerza a nuestros músculos, nos encontramos ligados a la roca de la materia corporal. Los egipcios tuvieron la misión de aprender a conocer la tierra, de conquistar poco a poco el mundo físico sirviéndose del conocimiento de las fuerzas espirituales que han formado nuestros órganos, para eso les fue necesario abismarse en la materia. Embalsamaron los cadáveres para que el vínculo que ata el alma al cuerpo no se aflojara; presentaban al muerto alimentos terrestres, símbolo de su unión con la tierra.

A nosotros nos corresponde empeñarnos conscientemente en el otro sentido, cumplir el retorno, deshacernos de nuestra momia. Cuando vemos en los órganos del cuerpo los símbolos de acontecimientos espirituales, la revelación de fuerzas divinas, entonces nuestra alma se eleva. Pero también es necesario que contemplemos en su grandeza las obras de arte, las Santas Escrituras, y que no las consideremos como ilustraciones de fenó-

menos orgánicos. Steiner nos ha mostrado, mediante las pinturas con que ornó las cúpulas del primer Goetheanum, como podría ser expresada la vida del cosmos. Nos ha mostrado como puede percibir, una humanidad anémica, por el arte de la palabra, una vitalidad nueva de las fuerzas del éter.

Pero es necesario no aislar de su elemento el arte nacido del espíritu, hacerlo descender hasta los órganos físicos. Sería degradarlo. Sería quebrar el curso de su evolución. Observar, sí, percibir como reacciona el cuerpo a la palabra que resuena, al sonido melodioso, y por el gesto, transportar la visión al mundo de los elementos, donde también baña nuestro cuerpo físico, vibra interiormente el color; la luz, las armonías y el río de la vida... Entonces podremos responder al grito que lanza la criatura que aspira a la liberación.

En el seno de un movimiento espiritual como la Antroposofía, se dispensan los bienes más preciosos, pero existen ciertos peligros. No solo los que residen en el alma del hombre atraído por la búsqueda de lo espiritual; Steiner nos lo ha dicho a menudo: un entrenamiento espiritual forzado, al cual le falta la contraparte de la educación moral, despierta en el alma los impulsos más bajos, que, tal vez, sin aquél, podrían haber continuado dormidos. Pero hay otros peligros que nos vienen de las potencias ávidas de empujarnos, más a fondo en el materialismo, de metamorfosear las fuerzas de elevación en fuerzas de caídas. Estas potencias están en acción y usan artificios y artes consumados para distraer algo de los bienes espirituales que nos ha legado Steiner y hacerlos servir a sus fines. Se verá surgir ideas nuevas, atrayentes, cuya originalidad hará que se impongan al gusto moderno, y ¡cuántos serán los que se dejen apresar en esta red! Guardémonos de los síntomas más benignos en apariencia. Pueden llevar muy lejos y son quizá la obra de una voluntad consciente de su conducta y que se sirve de nuestra ceguera. Reavivemos en nuestra memoria las palabras

de advertencia del maestro, que ha llamado siempre nuestra atención sobre esto. Debemos conservar toda la pureza de su obra y velar su herencia.

Steiner dice hablando de un símbolo que se enseñaba al discípulo de Egipto, y que tomó en Grecia la forma de la leyenda de Prometeo: “No hay que aproximarse a este mito con manos groseras, no hay que despojar a esta imagen como se quita el polvo coloreado de las alas de las mariposas. Dejemos a las alas su color, dejemos a las flores su rocío. No tergiversemos, no deformemos esas imágenes. No digamos: La figura de Prometeo significa ésto o aquéllo, tratemos más bien de reconocer el hecho espiritual y en seguida de comprender la imagen que allí ha nacido, y que ha pasado a la conciencia humana”.

El iniciado egipcio conducía a su discípulo hasta un grado en que aprendía a conocer la evolución del yo en el hombre. Era necesario que su espíritu pudiese formarse esa imagen. Pero no debía captar los hechos groseramente: el iniciado egipcio no quería comprimir bajo forma de sentencia ideas secas y muertas; quería traducir en forma de imágenes lo que daba. La leyenda de Prometeo ha sido embellecida, adornada por la poesía; no tenemos el derecho de poner allí más que los hechos ocultos que la constituyen, ni despojar la imagen de sus más bellas fuerzas artísticas.

No nos dejemos robar lo que por la sabiduría brillante de Steiner, debe formar nuestro espíritu.

Marie Steiner

## I

### **Las Relaciones Espirituales Entre Las Corrientes de Civilización de los Tiempos Antiguos y de los Tiempos Modernos**

Cuando nos preguntamos lo que debe ser la Ciencia Espiritual para el hombre, la respuesta nace de los sentimientos, de las impresiones que se han formado en nosotros en el curso del trabajo que hemos cumplido en este dominio: La Ciencia Espiritual debe ser para nosotros un camino que conduce al desarrollo cada vez más elevado de nuestra humanidad, de lo que es humano en nosotros.

He aquí un fin evidente a todo ser pensante y sensible. Un fin al cual convergen los ideales más elevados, pero que comporta también el desarrollo de las fuerzas más profundas de nuestra alma.

De hecho, los mejores entre los hombres, se han preguntado desde siempre: ¿Cómo llegar a desarrollar todo lo que dormita en nosotros?

Pregunta a la cual se han dado las respuestas más diversas. No hay, tal vez más breve, más concisa que la que Goethe ha extraído de su profunda sabiduría y que nos ha dado en los Secretos:



“De los apremios que pesan sobre todo ser se libera el que se domina a sí mismo”.

Hay en estas palabras un profundo sentido, porque nos muestran de manera clara y patente donde se encuentra el punto central de toda evolución: el hombre se desenvuelve interiormente dominándose a sí mismo. No temamos recordar de memoria este fin tan noble de la búsqueda espiritual, en el momento en que vamos a estudiar un asunto como el que nos va a ocupar ahora. Nos elevará más allá de los horizontes de la vida corriente, hacia cumbres más elevadas. Para estudiar este asunto, será menester abrazar con la mirada vastos períodos de la historia; toda una era que se extiende desde el antiguo Egipto hasta nosotros, a través de muchos milenios y lo que vamos a buscar allí es algo que está ligado a lo más profundo de nuestra alma, que toca el centro de nuestra vida interior. Cuando se busca alcanzar la cúspide de su vida, uno no se aleja sino en apariencia de su dominio inmediato, porque esta búsqueda permite justamente comprender las cosas de la vida corriente. Hay que abstraerse de las miserias cotidianas, de lo que trae al tren de la vida diaria y elevar la mirada hacia los grandes acontecimientos de la historia de los pueblos y del mundo; para encontrar entonces lo más sagrado de los bienes del alma.

Puede parecer extraño decir que hay que hallar las relaciones que unen al antiguo Egipto, el que vio la esfinge y las poderosas pirámides, y nuestro tiempo. Puede parecer más extraño aún decir: nos trasladamos tan lejos porque queremos comprender mejor nuestro tiempo.

Pero eso mismo nos conduciría al resultado que perseguimos: la posibilidad de sobrepasarnos.

Buscar la relación que une dos épocas tan alejadas parece menos extraño a quien conoce ya a fondo las ideas esenciales de la Ciencia Espiritual. Porque una de nuestras profundas convicciones es que el alma humana vuelve siempre a la tierra, que el

hombre recorre repetidas veces el ciclo que va del nacimiento a la muerte. La idea de la reencarnación se nos ha hecho cada vez más familiar, y cuando reflexionamos sobre ella podemos preguntarnos: Estas almas que residen hoy en nosotros, ya han vivido otras veces. ¿No es posible que ellas hayan existido en tiempos del antiguo Egipto, en esa civilización, y que estas almas que están en nosotros hoy hayan contemplado otrora las pirámides gigantescas y la esfinge enigmática del antiguo Egipto? Pregunta a la cual hay que contestar con un sí.

La decoración se ha renovado, pero nuestras almas ya han contemplado los viejos monumentos de la civilización que vuelven a ver hoy. Son en el fondo las mismas almas que vivieron en otro tiempo, que atravesaron la serie de épocas y que reaparecen en nuestro tiempo. Sabemos que ninguna vida queda sin fruto, sabemos que el alma guarda en ella, lo que ha vivido, lo que ha aprendido y que lo encuentra en las encarnaciones siguientes bajo formas de fuerzas, facultades, tendencias, temperamento. Nuestra manera de ver hoy la naturaleza, la forma en que reaccionamos a las ideas de nuestro tiempo, cómo miramos el mundo, la causa de todo ello hay que buscarla en el antiguo Egipto, el país de las pirámides. En ese momento fue depositada en nosotros la causa de nuestra actitud actual frente al mundo físico. Vamos a tratar de comprender cómo se encadenan misteriosamente las épocas de la historia.

Para tocar el punto fundamental de nuestro asunto, hay que remontarse muy lejos en la evolución de la tierra. Sabemos que nuestro planeta se ha metamorfoseado a menudo. El antiguo Egipto fue precedido por otras civilizaciones. La visión oculta nos permite ver mucho más lejos todavía, hasta los tiempos muy antiguos de la evolución humana, tiempos en que la tierra tenía un aspecto completamente distinto al de hoy.

El Asia y el Africa de esa época tenían otro suelo. Miremos con los ojos del espíritu estos tiempos muy antiguos. Llegamos

a la época en que una catástrofe gigantesca, causada por las fuerzas del agua, se produjo sobre nuestra tierra y transformó completamente su fisonomía. Remontémonos más lejos aún y llegamos al tiempo en que la tierra tenía otro aspecto; lo que forma hoy el suelo del Océano Atlántico, entre Europa y América era un continente. Nuestras almas vivían en esa época en cuerpos constituidos diferentemente de los nuestros; era la época de la antigua Atlántida, época muy lejana de la cual la ciencia de hoy sabe muy poca cosa.

Este continente de la Atlántida zozobró en el curso de una gran catástrofe. Los cuerpos de los hombres eran entonces distintos de los de hoy y se transformaron en el curso de los tiempos. Pero las almas que ahora viven en nosotros, vivían también en los tiempos de los antiguos atlantes.

La catástrofe determinó un movimiento entre los pueblos atlantes, una corriente de migración del oeste al este. Nosotros formábamos estos pueblos. Hacia el fin de la Atlántida, el movimiento de migración se hizo muy intenso; así hemos ido del oeste hacia el este a través de Irlanda, Escocia, Holanda, Francia y España. Los pueblos ocuparon así Europa, Asia y las grandes regiones septentrionales de Africa.

Estos territorios que vinieron a ser poco a poco Asia, Europa y Africa, estaban ya habitados. Europa casi entera, los territorios del norte de Africa y una gran parte de Asia, estaban pobladas por hombres de otras regiones, de suerte que la corriente de inmigración entró en contacto con una población extranjera ya fijada. Se edificó toda una civilización cuando se calmó la agitación provocada por la inmigración. Por ejemplo había en la vecindad de Irlanda un territorio donde, antes de la catástrofe que se produjo hace millares de años, vivían los hombres más evolucionados de la población terrestre. Estos atravesaron Europa bajo la conducción de grandes personalidades, hasta un punto de Asia central, donde se fijaron, y de donde irradiaron grupos ci-

vilizadores hacia las regiones más diversas. Uno de estos grupos enviados a la India, encontró allí una población ya establecida desde tiempos inmemoriales y que tenía su propia civilización. Los nuevos colonos, mezclándose a esta población, fundaron la primera civilización postatlántica, antigua en muchos milenios y de la cual la historia ignora casi todo los acontecimientos de los que ella habla a este respecto, son posteriores en muchos millares de años.

Ese tesoro de sabiduría que llamamos los Vedas, no nos hacen oír sino los últimos ecos de una civilización hindú muy antigua, sometida a la dirección de seres espirituales, y fundada por los “Santos Rishis”.

Civilización de carácter único, y de la cual solo podemos hoy tener una débil idea, porque los Vedas, no son más que el reflejo sagrado de esa lejana civilización profundamente religiosa.

Ella fue seguida por la segunda cultura postatlántica, la que nació de la sabiduría de Zoroastro, y que dio nacimiento a la civilización persa, la que duró largo tiempo como el período de la civilización hindú.

Después se edificó, bajo la influencia de hombres enviados a la región del Nilo la civilización que podemos resumir en cuatro epítetos: la cultura asirio-caldea-egipcio-babilónica, tercera civilización del período postatlántico, establecido en la región norte de Africa y que alcanzó su apogeo en la magnífica ciencia del ciclo de los caldeos por una parte, y por otra en la cultura egipcia.

Sigue después un cuarto período que floreció al sur de Europa; el período greco latino, del cual Homero nos canta los comienzos. Que ha producido el arte de la estatuaría griega y una poesía que dio nacimiento a obras tan nobles como las tragedias de Esquilo y de Sófocles.

La civilización romana se vincula a ella. Este período comienza en el siglo VIII alrededor del año 747 a J. C. y dura has-

ta el siglo XIV ó XV (1413) después del nacimiento de Cristo. En este momento comienza la quinta civilización, la nuestra, a la cual sucederán una sexta y una séptima.

Esta séptima civilización verá reaparecer bajo otra forma el espíritu de la época hindú. Vamos a ver que es una ley extraña que nos permite comprender el efecto de fuerzas maravillosas que actúan en el curso de estos períodos, el de la cultura hindú; sabemos que debe reaparecer y brillar bajo una nueva forma en el curso del séptimo período. El segundo, que hemos llamado la cultura persa reaparecerá en el sexto. Después de la desaparición de nuestra civilización actual, veremos florecer en el curso del sexto período la religión de Zoroastro. Y vamos a ver en el curso de este estudio que nuestro quinto período es como la resurrección de la tercera época de la cultura egipcia. El cuarto período forma un centro: no tiene correspondencia ni antes ni después de él.

Tratemos de comprender mejor esta ley misteriosa. Hay en la civilización hindú algo que choca al hombre moderno; es la división de castas: casta de los sacerdotes, casta de los guerreros, de los comerciantes y de los obreros. Estas separaciones no están en armonía con la conciencia moderna. Parecían muy naturales en la primera civilización postatlántica; no podía ser de otro modo; los hombres estaban distribuidos en cuatro grupos, según las diferentes propiedades de su alma. Esto no parecía de ninguna manera una injusticia, porque esta distribución había sido hecha por los jefes, y ellos eran personalidades tan elevadas que todo lo que ordenaban era considerado como justo. Se decía que los guías, los siete Rishis sagrados, que durante el período atlante habían sido enseñados por los mismos seres divinos, sabían cual era el lugar de cada hombre.

Esta distribución parecía pues muy natural y se reproducirá en el curso del séptimo período, pero de otro modo: si en otro tiempo fue impuesta por la autoridad, más tarde los hombres se

agruparán según la evidencia objetiva de los hechos. Pasa algo análogo entre las hormigas: ellas forman un estado a cuya maravillosa organización y facultad de proveer a una tarea relativamente enorme, no se le aproxima ninguna colectividad humana. Y sin embargo vemos ahí realizado lo que parece tan chocante hoy al hombre, la división en castas: cada hormiga cumple un deber que es el eslabón de un trabajo común.

Como quiera que sobre ello se piense hoy, los hombres llegarán a darse cuenta que la humanidad está en esta distribución y hallarán el modo de dividir el trabajo sin dar lugar a injusticias. La sociedad humana aparecerá como un organismo de una armonía maravillosa.

He ahí algo que podemos leer en los anales del porvenir. Así reaparecerá la India antigua. Y de una manera análoga ciertos caracteres del tercer período reaparecerán en el curso del quinto.

Vamos a los alcances de nuestro asunto; él abarca un inmenso dominio, el que vio nacer las pirámides gigantescas y la esfinge, y se aclara con el hecho de que las almas de los antiguos hindúes se encarnaron en los egipcios y están encarnadas también hoy.

Siguiendo un poco más en sus detalles esta ley general de la cual hablamos más arriba, vamos a encontrar dos hechos que nos mostrarán cómo hallar los vínculos misteriosos que unen la civilización egipcia y la nuestra entre sí. Hemos visto que la ley de repetición se expresa a través de los diferentes períodos de la civilización. Más profunda se nos aparece cuando la seguimos a través de las regiones espirituales.

Todos conocemos un cuadro lleno de un profundo sentido, el célebre cuadro de Rafael, que por un encadenamiento de hechos singulares, se encuentra actualmente en Dresde: la Madonna Sixtina. En este cuadro, que innumerables reproducciones ponen al alcance de todos, cómo no admirar la pureza magnífica que envuelve los personajes; cómo no emocionarse contemplan-

do el rostro de la madre, su posición suspendida entre el cielo y la tierra, la mirada profunda del niño. Y cuando miramos las nubes que los rodean, y de donde emergen tantas cabecitas de ángeles, cómo no sentir algo más profundo aún y que nos hace comprender mejor el cuadro entero. Sé que es una audacia pero no obstante lo digo: si se mira profundamente a este niño en brazos de su madre, y detrás de él las nubes que armonizan en un conjunto de cabezas angélicas, se comprende que este niño no ha nacido de una manera natural; él es uno de aquellos que se ciernen alrededor de las nubes. Este niño Jesús es, él también una nube que ha tomado forma, que se ha hecho más densa, uno de los angelitos ha volado de las nubes a los brazos de la Madonna. He ahí un sentimiento completamente justo. Si sabemos hacerlo vivir en nosotros, nuestra mirada se ensanchará; se liberará de las ideas estrechas que uno se hace sobre los vínculos naturales de las cosas de la vida.

Con ayuda de este cuadro la mirada limitada se amplía y puede concebir que hubo en otro tiempo otro modo de nacimiento que el que está basado en las relaciones de los sexos. En resumen, este cuadro nos hace presentir los vínculos profundos que unen el mundo humano al de las fuerzas espirituales.

Cuando dejando la Madonna, volvemos la mirada hacia atrás, hasta la época egipcia, encontramos allí una imagen completamente semejante e igualmente noble; los egipcios celebraron a Isis, esa figura a la cual se vincula la sentencia: Yo soy la que fue, la que es y la que será. Ningún mortal ha levantado aún mi velo. Un misterio profundo al que recubre un velo espeso he ahí lo que nos revela Isis, la bella forma espiritual de Dios, Isis a la que los antiguos egipcios vieron con el niño Horus, como nosotros vemos la Madonna con el niño Jesús. Esta Isis es representada como llevando en ella el elemento eterno y esto nos recuerda el sentimiento que experimentamos a la vista de la Madonna. Es menester que sepamos ver en Isis la forma de profun-

dos misterios que reposan sobre realidades espirituales. La Madonna nos recuerda a Isis, es Isis que resurge en ella.

Tal es el lazo que une estas dos figuras. Es necesario sentir en el corazón los grandes misterios que unen en el mundo espiritual la civilización egipcia y la nuestra. Podemos encontrar aún otra relación. Sabemos cómo el egipcio trataba a sus muertos; conocemos la costumbre de momificar. El egipcio deseaba que la forma física exterior fuera conservada largo tiempo y sabemos que colocaba en las tumbas momias cuya forma exterior sabía mantener. Daba al muerto en su sepultura ciertos utensillos, ciertas riquezas, recuerdos de la vida terrestre transcurrida, conforme a las realidades de la vida física. Era necesario que se conservara la imagen de lo que el hombre había sido en el mundo físico. Así ataba el egipcio sus muertos a la tierra. Esta costumbre se extendió más y más y ella caracteriza totalmente la antigua civilización egipcia. Pero una práctica de esta especie no deja de tener efecto sobre el alma. Imaginemos que nuestras almas han habitado esos cuerpos de egipcios, que ellos se encarnaron realmente en esos cuerpos de los que se hacían momias. Hemos visto en el curso de otros estudios que el hombre, cuando se ha liberado de su cuerpo físico y de su cuerpo astral después de la muerte, entra en otro estado de conciencia y que de ninguna manera vive inconscientemente en el mundo astral. El puede, entonces, de lo alto de los mundos espirituales, bajar su mirada hacia la tierra, aunque en cambio no le sea posible hoy, ver desde aquí el mundo espiritual. Por consiguiente siente la manera en que su cuerpo es conservado, quemado, embalsamado o descompuesto.

La relación que tiene con su cuerpo es diferente según los casos. El hecho de que en el antiguo Egipto se embalsamaran los cuerpos tuvo por consecuencia que las almas de los muertos, tuvieran una vida completamente particular. Cuando miraban hacia la tierra estaban ligadas a su cuerpo físico; tenían ante sí su forma corporal y ese cuerpo adquiría importancia para ellas,

porque después de la muerte, el alma es sensible a todas las impresiones. Lo que el cuerpo momificado imprimía en ella la marcaba profundamente y le daba su forma, después de haber atravesado civilizaciones en el curso de la civilización greco-latina, vive hoy en nosotros. La visión de ese cuerpo momificado hacia el cual se sintió siempre atraída no ha dejado de tener su efecto, y no es un hecho de pequeña importancia. Le hizo adquirir un gran apego al cuerpo y el resultado de ello es la tendencia actual de dar tanto aprecio a la vida física. Este amor del hombre moderno por lo que es material viene de que las almas contemplaron en otro tiempo su momia, esa forma que los había expresado. El hombre aprendió así a amar el mundo físico; por eso piensa hoy tan a menudo que sólo el cuerpo físico tiene importancia entre el nacimiento y la muerte.

Esta idea no nació sin causa. Esto no es una crítica contra la civilización egipcia; se trata simplemente de atraer la atención sobre las necesidades que entraña el retorno de las encarnaciones del alma. Sin ese lazo que la unía a su momia, las almas, no habrían podido seguir su evolución.

El hombre se desinteresaría hoy completamente del mundo físico, si los egipcios no hubieran practicado el culto de las momias. Era necesario que fuera así para que se despertara en las almas un interés justificado por el mundo físico. La manera en que vive hoy el hombre, el modo como ve el mundo, es una consecuencia de la costumbre egipcia de momificar los cuerpos después de la muerte; porque la corriente de la civilización era guiada por iniciados que sabían ver el porvenir. Los egipcios no se pusieron a embalsamar los cadáveres de repente, por un impulso súbito. En ese tiempo la humanidad era guiada por elevadas individualidades que velaban para que fuera hecho lo que debía ser hecho, por la fuerza de la autoridad.

En las escuelas iniciáticas se sabía que nuestra época debía corresponder a la tercera civilización. Los sacerdotes veían es-

tas relaciones misteriosas y ordenaban la momificación de los cuerpos a fin de que las almas pudieran adquirir la tendencia que les haría buscar más tarde un conocimiento espiritual que tuviera su punto de partida en el mundo físico exterior.

El mundo es conducido por la sabiduría, y tenemos más arriba un ejemplo de la coordinación existente entre las épocas. Si los hombres piensan como lo hacen hoy, es gracias a las experiencias internas que tuvieron en el antiguo Egipto. Echemos allí una mirada en los profundos misterios que se manifiestan en las corrientes de la civilización. A estos misterios no hemos hecho hasta ahora más que rozarlos: la imagen de la Virgen emparentada a la de Isis; el embalsamamiento de los cuerpos y su efecto sobre las almas, no descubren todavía sino superficialmente los verdaderos hechos espirituales. Pero profundizaremos nuestro estudio; sin detenernos en la apariencia exterior, iremos hasta lo que es la raíz profunda de esta apariencia.

La vida transcurre entre el nacimiento y la muerte. La vida después de la muerte es mucho más larga: es lo que llamamos el Kamaloka y las experiencias en el mundo espiritual. Esta vida en el mundo suprasensible es de aspecto tan variado como la del mundo físico. Examinemos cuáles han sido las experiencias en ese otro mundo en tiempo de nuestra encarnación egipcia. Completamente diferente era la vida entre el nacimiento y la muerte, y no se puede de ninguna manera compararla con nuestra vida actual, ello no tendría sentido. Y más diferente aún que esta vida exterior era la vida del alma entre la muerte y un nuevo nacimiento.

En la época egipcia el alma ha vivido en forma completamente distinta que en Grecia, o en tiempo de Carlomagno o en nuestra época. En el otro mundo, en el mundo espiritual, se desarrolla igualmente una evolución, y ahí también la diferencia es grande. Lo mismo que el efecto del embalsamamiento halla su prolongación en la mentalidad actual, lo mismo la evolución que

se cumple entre la muerte y el nacimiento prosigue su acción desde la tercera hasta la quinta época. Ahí también descubrimos lazos misteriosos. Y para comprenderlos verdaderamente vamos a despertar en nosotros algo que es el fruto de esas vidas antiguas al recorrer los caminos de la evolución y reconoceremos las verdaderas relaciones que formaron a un egipcio o lo que ha pensado un caldeo con lo que nosotros experimentamos hoy.

Encontraremos en lo que nos rodea, en lo que nos interesa, la consecuencia de actos cumplidos en otro tiempo.

Veremos igualmente cómo progresa la evolución, cómo, el cuarto período forma, entre el tercero y el quinto, un extraordinario eslabón.

Nuestra alma se elevará a la consideración de las relaciones profundas entre las cosas, y extraeremos de ellas una comprensión más completa respecto a lo que vive en nosotros.

## II

### **El Reflejo de los Acontecimientos Espirituales en las Concepciones Religiosas de los Hombres**

Ayer tratamos de representarnos ciertas correspondencias entre la vida y sobre todo la vida espiritual de los diferentes períodos post-atlantes.

Hemos visto que el primero de esos períodos se repetirá en el último; la civilización persa, el segundo, se repetirá en el sexto y que el período que nos ocupa, la civilización egipcia se repite en nuestra vida y en nuestros destinos que corresponden al quinto período. En cuanto a la civilización greco-latina, la cuarta, ocupa una situación excepcional, ella no se reproduce. Hemos esbozado así las misteriosas correspondencias que vinculan entre sí las civilizaciones de la era postatlántica, que sobrevivieron después de la catástrofe en que zozobró la Atlántida. Esta era postatlante, la nuestra, finalizará a su vez por una catástrofe de resultados semejantes a las que terminaron con las anteriores.

Será la lucha de todos contra todos. Hemos tratado someramente ciertos ejemplos de transposición de épocas unas en otras, que si los estudiamos más de cerca, aclararán profundamente la vida de nuestra alma.

Vamos a ver hoy, a modo de preparación, algunos ejemplos de esas repeticiones. Vamos a extender nuestra mirada muy lejos en la evolución de la tierra, y hasta lejanos horizontes, que sin embargo nos tocan muy de cerca.

Aún una advertencia. Cuando en ocultismo se habla de repeticiones de este género, y uno quiere darse cuenta de cómo el primer período de civilización se repite en el séptimo, el tercero en el quinto, etc.... por poco que uno tenga espíritu matemático, uno quisiera hacerse un esquema.

Hay que poner mucha atención: lo importante no es el esquema, sino la mirada espiritual. Si falta, uno toma por un mal camino. Un espíritu lógico puede comprender lo que pasa en el mundo espiritual, pero no puede inventarlo. No se puede adquirir su conocimiento sino la experiencia íntima.

Para comprender mejor los períodos de civilización echemos una mirada sobre la evolución de la tierra en general, tal como se revela al vidente que dirige su mirada espiritual hacia los acontecimientos muy lejanos. Cuando remontamos el curso de esta evolución, nos apercebimos de que la tierra no ha tenido siempre el aspecto que tiene actualmente.

No tenía en otros tiempos el suelo mineral duro las piedras no eran como hoy; no tenía ni plantas ni animales como los de ahora, y los hombres no tenían un cuerpo de carne, ni esqueleto.

Todo eso se formó después. Remontándonos en el pasado, llegamos a un momento en que el hombre estaba constituido por una especie de niebla; que si hubiéramos podido ver el fondo de los espacios cósmicos, se nos hubiera aparecido como una fina nube etérica. Esta nube habría sido mucho más extensa que la tierra actual, porque alcanzaba hasta los límites extremos de nuestro sistema planetario y aún lo sobrepasaba.

Si hubiéramos podido estudiarlo de cerca, nos hubiera parecido como constituido por pequeños puntos de naturaleza etérica. Cuando vemos de lejos un enjambre de mosquitos, creemos

ver una nube; aproximándonos, distinguimos cada insecto. Así nos habría aparecido en otro tiempo la masa de la tierra, que no era material en el sentido etérico de condensación.

Esta masa estaba pues constituida por numerosos puntos etéricos, pero esos puntos tenían algo completamente particular. Si el ojo humano hubiera podido ver esos puntos, no los habría percibido como el vidente podía hacerlo, como él los percibe hoy. Tratemos de comprenderlo mediante la ayuda de una comparación. Tomemos una semilla de eglantina, rosa silvestre que tiene un grano perfectamente formado.

La sola forma de la semilla no permite adivinarlo, pero un hombre dotado de facultades clarividentes ve allí otra cosa. La simiente desaparece poco a poco ante sus ojos, y en su lugar aparece ante su mirada interior una forma espiritual semejante a una flor, que sale lentamente de la semilla.

Es una forma real que solo la mirada clarividente puede percibir. Esta forma es la imagen de lo que debe germinar más tarde fuera de la simiente.

Sin embargo sería un error creer que ella es completamente semejante a la planta que corresponde a esta semilla. No es ese el caso.

Es una magnífica forma luminosa de corrientes y de formas muy complejas: la planta que saldrá más tarde de la simiente no es más que la sombra de esta espléndida forma espiritual que puede ver surgir el clarividente. Sin olvidar esta visión de tipo etérico de la planta, volvamos a nuestra tierra original, a los puntos etéricos que la constituían.

El clarividente que hubiera considerado uno de esos puntos etéricos de la sustancia original, como consideraba en el momento la semilla, hubiera visto salir de él una forma luminosa, magnífica, dormitando en potencia en la simiente etérica. ¿Y cuál es esta forma que puede ver el clarividente cuando lleva su mirada atrás, hacia esos átomos de la tierra primitiva? Es la forma origi-

nal del hombre, y es una forma tan diferente del mundo físico actual, como la imagen espiritual lo es de la planta física

En ese tiempo la forma humana dormitaba en la simiente etérica, y fue necesaria toda la evolución para que apareciera el hombre bajo su forma presente. ¡Fueron necesarias muchas cosas!, lo mismo que se requieren muchas cosas para que germine la semilla. Es necesario que ella sea hundida en la tierra, y que el sol le envíe su calor. Comprendemos poco a poco cómo ha sido realizada esta forma por el hombre estudiando lo que pasó entretanto.

En un pasado muy remoto, todos los planetas que componen nuestro sistema formaban uno con la tierra. Pero para limitarnos al estudio del Sol, de la Luna y de la Tierra, no consideraremos hoy más que la unión que existía entre estos tres. Si mezcláramos estos tres cuerpos en una sola mixtura e hiciéramos mentalmente con ellos un cuerpo celeste, obtendríamos lo que era la Tierra en su origen: Sol + Tierra + Luna.

Naturalmente el hombre era en esta época un ser puramente espiritual. No podía ser de otro modo puesto que la Tierra estaba unida con la esencia del Sol. En tanto que nuestro planeta Tierra guardó en ella el Sol y la Luna, unida a todos los seres, a todas las fuerzas que los componen, el hombre no tuvo sino una existencia espiritual en el seno del átomo primordial. Eso no cambió hasta el momento en que se produjo en nuestra evolución un hecho muy importante: El Sol se separó, se aisló, dejando la Tierra y la Luna. En lugar de un cuerpo único, hubo entonces dos: por una parte el Sol y por otra parte la Tierra + la Luna ¿Por qué eso?

Todo lo que sucede tiene un sentido: lo comprenderemos si sabemos que en otro tiempo, la tierra no estaba habitada solamente por el hombre, sino por otros seres de naturaleza espiritual, imperceptibles al ojo físico, pero existen sin embargo, al igual que los seres físicos. Por ejemplo a nuestro mundo están

unidos seres que viven en las cercanías de la Tierra y que el esoterismo cristiano llama ángeles, los Angeloi. Para formarnos una imagen de ellos, imaginemos que ellos se encuentran en el punto en que estará el hombre cuando la Tierra haya cumplido su evolución. Hoy estos seres ya han adquirido la perfección que el hombre alcanzará al final de la evolución terrestre. Otros seres, los arcángeles, Arcángeloi o Espíritus del fuego, están en un grado aún más elevado; son seres que podemos percibir cuando dirigimos nuestra mirada espiritual sobre la vida de pueblos enteros. Un grupo más elevado todavía de seres espirituales son los Principados o Arcai o espíritus de la Personalidad; los encontramos cuando abrazamos con la mirada los períodos enteros de tiempo, que engloban numerosos pueblos, sus relaciones y sus contrastes, en una palabra, lo que se llama ordinariamente el espíritu de un tiempo.

Cuando se considera, por ejemplo, nuestra época, se ve que ella va de la planta hacia el animal, y de ahí al hombre, encontramos en éste seres más elevados todavía, que el esoterismo cristiano llama Potestades o Exusiai o aún Espíritus de la Forma. Hay pues, innumerables seres que están unidos a nuestra tierra, y que se elevan de grado en grado por encima del hombre.

Cuando, partiendo del mineral, nos elevamos hacia la planta, de la planta hacia el animal, y de ahí al hombre, encontramos en éste al ser más elevado de la escala física; pero los otros seres también están ahí: ellos están entre nosotros, nos compenetran. En el comienzo de la evolución, de la cual hablábamos hace un instante, cuando la tierra salió como una nube de la eternidad, todos estos seres estaban unidos a ella y el clarividente habría podido ver cómo, al igual que la forma humana, a seres poblar esta forma. Son aquellos de los cuales hemos hablado más arriba y hay otros seres más elevados aún, las Virtudes, las Dominaciones, los Tronos, los Querubines y los Serafines. Todos estos seres estaban íntimamente unidos a este polvo etérico de los



orígenes, pero todos no estaban en el mismo grado de desarrollo. Los hay tan elevados, que el hombre no puede hacerse ninguna idea de ellos, pero hay otros que están más próximos a él. Habiendo alcanzado estos seres diferentes grados de evolución, no podían proseguirla de la misma manera que el hombre; era necesario que les fuera reservado un dominio particular. Había entre ellos algunos que hubieran sufrido un gran daño si hubieran quedado en contacto con los seres inferiores. Por eso se separaron. Retiraron de la nube original las sustancias más espirituales y se establecieron en el Sol.

Hicieron ahí su paraíso y allí regularon como era debido el ritmo de su evolución. Si hubieran quedado mezclados con las sustancias inferiores que abandonaron en la Tierra, no hubiera podido proseguir su evolución. Habrían sido paralizados como por un peso de plomo. vemos pues que esta separación material de la sustancia del mundo no es solamente el efecto de una causa física, sino que es debida a las fuerzas de los seres que buscaban el lugar en que podrían proseguir su evolución. Este es un hecho sobre el cual hay que insistir, porque estos acontecimientos tienen en su origen causas espirituales.

Sobre el cuerpo físico formado por la Tierra y la Luna quedó el hombre y con él, seres más elevados, pertenecientes a la jerarquía inferior, los ángeles y los arcángeles y seres de una evolución menos elevada que él. Uno solo entre estos poderosos seres, bastante perfecto ya como para migrar al Sol, se sacrificó y quedó sobre la Tierra-Luna. Es el ser que fue llamado más tarde Iahvé o Jehová, El dejó el Sol y dirigió la vida sobre el planeta formado por la Tierra y la Luna. Dos grupos están pues en presencia: uno sobre el Sol, formado por los seres más elevados, bajo la dirección de una entidad sublime, que los gnósticos han tratado de representarse bajo el nombre de Pléroma. Estos seres son de alguna manera los regentes del Sol. Iahvé dirige el planeta Tierra + Luna. Insistamos mucho sobre este punto: son los se-

res más nobles, los más elevados los que partieron con el Sol y que dejaron tras ellos la Tierra y la Luna. La Luna no estaba aislada todavía, estaba mezclada con la Tierra ¿Qué sentimiento debe hacer nacer en nosotros este acontecimiento cósmico de la separación del Sol y de la Tierra? El Sol con los seres que lo habitaban representa lo que había de más digno, de más puro, de más noble y el resto, la Tierra + la Luna, el elemento más inferior. La Tierra estaba entonces en un grado más abajo aún que aquel en que está ahora. Porque a continuación la Tierra se desembarazó de la Luna y con ella de las sustancias inferiores que habrían impedido al hombre proseguir su evolución. La Tierra debió echar fuera a la Luna.

Entre tanto nuestra Tierra conoció una época sombría y terrible; todo lo que ella era de tendencia noble y evolutiva cayó bajo el poder de fuerzas muy malas, y el hombre no hubiera podido continuar progresando si no las expulsaba con la Luna.

El principio de la luz, de la grandeza, el principio del Sol, se opone al principio de la sombra de la Luna. Si se hubiera observado el Sol con mirada clarividente, en el momento en que se aisló de la Tierra, se habrían podido ver los seres que querían fijarse allí, pero, al mismo tiempo, se hubiera percibido otra cosa. Este Sol que acababa de aislarse no habría aparecido solamente como un conjunto de seres espirituales, como algo etérico, porque el etérico era la vestidura de las sustancias inferiores, habría aparecido como una sustancia astral, como una inmensa aura de luz.

Al ser abandonada la Tierra por esta aurora luminosa, se espesó, se condensó bruscamente, sin alcanzar todavía la dureza del mineral. En ese tiempo, un principio bueno y un principio malo, un principio de luz y un principio de sombra se oponían uno al otro.

Veamos ahora el aspecto de la Tierra antes que expulsara la Luna. Uno se haría una representación completamente falsa si la viera como nuestra tierra actual. El núcleo de la tierra era en esa

época una masa ígnea en ebullición. Este núcleo de fuego estaba rodeado por las fuerzas del agua, no del agua actual, porque aquella contenía también los metales bajo la forma líquida. El hombre todavía estaba presente bajo una forma totalmente distinta. En esa época no había aire sobre la tierra. Los seres que allí se encontraban no tenían necesidad de él. Su sistema respiratorio estaba constituido muy diferentemente. El hombre en ese estado era una especie de pez-anfibio, hecho de una materia toda blanda y líquida.

Aspiraba no el aire, sino lo que se encontraba contenido en el agua. Tal era el aspecto de la Tierra en ese momento. En la escala de la evolución estaba en un grado muy inferior al de ahora. Había para ello una necesidad. El hombre no habría podido encontrar jamás el ritmo conforme a su evolución ni los medios necesarios para realizarla, si el Sol y la Luna no se hubieran separado de la Tierra. Si el Sol hubiera quedado unido a la Tierra, todo hubiera sido demasiado rápido, y bajo la influencia de las fuerzas que residen ahora en la Luna, demasiado lento. Cuando por gigantescos cataclismos, la Luna se retiró de la Tierra, se produjo poco a poco lo que podría llamarse la separación del aire y del agua. El aire de esa época no era de ninguna manera lo mismo que el nuestro; contenía todavía toda suerte de vapores. El ser que se formaba así progresivamente era el hombre actual, como lo estudiaremos más de cerca.

El hombre ha atravesado ya tres estados diferentes: en el comienzo, vivía en el seno de un cuerpo celeste compuesto por la Tierra y el Sol, entre todas las elevadas entidades espirituales. Y la mirada clarividente lo habría visto bajo el aspecto que acabamos de describir. Después lo vemos vivir en muy malas condiciones en un mundo compuesto por la Luna y la Tierra. Si las cosas hubieran quedado ahí el hombre habría vuelto a ser malo, horrible, salvaje. En efecto, el Sol al retirarse brillaba afuera en la gloria de sus rayos, como una inmensa aura. Por otra parte, la

Tierra quedaba unida a la Luna y con ella a todas las fuerzas perdidas que sofocaban en el hombre los más nobles elementos. Así es como nació un doble principio, luego vemos aparecer un triple principio. El Sol queda tal como es, luego la Tierra se separa de la Luna y el hombre queda sobre la Tierra. Cuando el hombre se transporta hacia esta tercera fase de la evolución, encuentra allí un triple grupo de fuerzas. Y se pregunta. ¿De dónde vienen esas fuerzas? En la primera fase el hombre todavía estaba unido a las potencias sublimes del Sol. Las fuerzas que se habían desarrollado durante la segunda fase se alejaron con la Luna.

Fue para el hombre una liberación y guardó el recuerdo del primer período cuando todavía estaba unido a los seres del Sol.

Había conocido la nostalgia y se sentía como un hijo arrojado fuera de su hogar. Las fuerzas que se habían alejado de la Tierra con el Sol y la Luna habían hecho de él un hijo del Sol y de la Luna.

Así nuestro mundo pasó del principio único al principio doble y después al triple: Sol, Luna, Tierra.

Se designa bajo el nombre de época lemúrica al tiempo en que la Luna se separó de la Tierra, en que el hombre tuvo al fin la posibilidad de evolucionar. Después de las inmensas catástrofes debidas al fuego, que terminaron con el período lemúrico, nuestra tierra tomó poco a poco, forma; se desarrolló en las condiciones que constituyeron la antigua Atlántida.

Los primeros continentes emergieron de las masas líquidas. Esto pasó largo tiempo después de la partida de la Luna. Pero sólo gracias a esa separación la Tierra pudo proseguir su evolución. En la época de la Atlántida, el hombre estaba hecho de manera completamente distinta al de hoy. Estaba sin embargo, bastante desarrollado como para poder, bajo forma de una masa blanda, planear, nadar pos así decirlo y animar su envoltura de aire.

El sistema óseo se desarrolló lentamente. No es sino hacia la mitad del período Atlante que el hombre alcanzó poco más o me-

nos una forma semejante a la nuestra. En cuanto a la conciencia que poseemos hoy, no se formó sino mucho más tarde, y si queremos comprender a los hombres de aquel tiempo, es menester no perder de vista el hecho de que estaban dotados de una conciencia clarividente, que es tanto más fácil de comprender si la comparamos con la conciencia actual. Ahora el hombre percibe físicamente impresiones visuales, auditivas, etc. Cuando duerme, el mundo sensible se le oscurece en un mar de inconsciencia. Para el ocultista, eso no es desde luego la inconsciencia, sino un grado inferior de conciencia. Hoy el hombre tiene como una especie de conciencia doble: la del día y la conciencia del sueño o de ensueño. No era así en los primeros tiempos del período Atlante. Estudiemos cómo se hacía en esa época el pasaje de la vigilia al sueño... Durante cierto tiempo, el hombre descendía a su cuerpo físico, como lo hacemos hoy, pero no percibía todavía el contorno neto de los objetos. Imaginemos que marcháramos entre una espesa niebla de invierno, que viéramos por la noche los reverberos rodeados de un halo de luz, y tendremos una imagen aproximativa de la manera en que el Atlante veía los objetos. Para él todo se bañaba aún en la niebla. Tal era el aspecto que tomaban las cosas durante el día. La noche los transformaba. Pero no como hoy. Cuando el atlante se dormía, no caía en la inconsciencia; su espíritu penetraba en un mundo de seres divinos, espirituales, que percibía alrededor como compañeros.

Tan cierto como que ahora no vemos estos seres durante la noche, los veía el atlante, cuando se sumergía por sí mismo en un océano espiritual. De día él era el compañero de los seres inferiores, de noche, el de las entidades superiores. En ese tiempo, el hombre tenía la conciencia de lo espiritual, pero nebulosa; y desprovisto de la conciencia de sí mismo, vivía entre esos seres divinos.

Pasemos revista a las cuatro fases de la evolución de nuestra Tierra. En la primera el Sol y la Luna estaban todavía unidos a

la Tierra. Evoquemos en nosotros mismos este período. Los seres que habitaban la Tierra eran seres puros; el hombre no era todavía más que un germen etérico, visible solamente para la mirada espiritual.

Viene después la segunda fase:

El Sol está ahora aislado, lo vemos bajo la forma de un aura y la Luna + la Tierra forman el mundo del mal. Llegamos después a la tercera fase: La Luna se separa a su vez de la Tierra; la Tierra está sometida en lo sucesivo a la influencia de ese triple grupo de fuerzas. Cuarta fase: el hombre pertenece ya al mundo físico, que se le aparece como una niebla durante el sueño. Es el compañero de entidades divinas.

El período que termina con inmensas catástrofes líquidas, es la época de la Atlántida.

Demos un paso más. He ahí las primeras civilizaciones de la época post-Atlante; la civilización Hindú, la civilización Persa, la de Egipto, la de Caldea y Babilonia, la de Grecia y de Roma y en fin la nuestra, quinta cultura. El hombre cambia y es despojado de algo que poseía en la Atlántida.

Tratemos de representarnos el Atlante cuando dormía. Era entonces el compañero del espíritu, de los dioses y percibía realmente un mundo espiritual. Y esto es lo que perdió después de la catástrofe Atlante.

Su visión nocturna se oscureció. En cambio, el día se aclaró para él y su Yo se desarrolló. Fue una conquista para el hombre, que pagó con la desaparición de los dioses; ya no eran más que recuerdos, y todo lo que el alma había conocido durante el comienzo del período postatlante ya no era más que un recuerdo de la vida vivida en otro tiempo entre los seres divinos.

Sabemos que las almas, siempre las mismas, tienen encarnaciones sucesivas. Nuestras almas vivían ya al comienzo de la época Atlante, ya habitaban cuerpos: estaban ahí en el momento en que la Luna y el Sol se separaron de la Tierra: estaban allí

desde los primeros comienzos. El hombre existía ya en el polvo etérico. Y las cinco civilizaciones del período postatlante con sus concepciones del mundo, sus religiones, no son otra cosa que los recuerdos de las antiguas épocas de la Tierra.

La primera, el período hindú, conoció una religión que fue como el reflejo interior, la metamorfosis en imágenes y en sentimientos de la primera fase: aquella en que el Sol y la Luna estaban unidos a la Tierra. Uno se puede imaginar fácilmente que esas evocaciones han sido sublimes. La conciencia hindú concibió al espíritu que, en la fase de la vida terrestre, en la niebla original, estaba unido a todos los ángeles, los arcángeles, a todos los espíritus, a los dioses y a las entidades, concibió ese espíritu bajo la forma de una elevada individualidad, que llamó Brahm Brahma. En espíritu, la primera civilización postatlante reprodujo lo que había sido en otros tiempos. No es otra cosa que la repetición del primer período terrestre.

El centro de la concepción religiosa de los antiguos persas, es el principio de la luz y la sombra. Los grandes iniciados veían dos entidades, una personificada por el Sol, la otra por la Luna. Ellos oponían una a la otra. Aura Mazdao, el aura de Luz; Ormuz, el Dios más alto adorado por los persas; Ahriman es el espíritu malo, el representante de todos los seres que habitaban el mundo formado por la Tierra y por la Luna. La religión persa es una reminiscencia de la segunda fase de la vida terrestre. Durante la tercera civilización, el hombre se decía : En mí residen las fuerzas del Sol y de la Luna; Yo soy un hijo del Sol y un hijo de la Luna. Estas fuerzas son mi padre y mi madre. La unidad del mundo original reapareció en la religión de los hindúes: el dualismo que sobrevino después de la separación del Sol, se refleja en la de los persas; y volvemos a encontrar, depositado en las concepciones religiosas de los egipcios, de los asirios, babilonios y caldeos, el triple principio de la tercera fase terrestre, después de la separación del Sol y de la Luna. Lo encontraremos

por doquier en las concepciones religiosas de la tercera civilización, y los egipcios lo conocieron también bajo la forma de Osiris, de Isis y de Horus.

Durante la cuarta fase terrestre, el período Atlante, el hombre ha vivido entre los dioses, fue su compañero y encontramos su recuerdo en la civilización greco-latina. Los dioses de los griegos no son nada menos que el recuerdo de los dioses de quienes el hombre fue compañero durante el período Atlante, de los cuales había percibido las formas etéricas con su mirada clarividente cuando por la noche se desprendía de su cuerpo físico. Como el hombre ve hoy los objetos exteriores él veía en otro tiempo a Zeus, Atenea, etc. Eran para él formas verdaderas. Lo que vio y sintió así, en ese estado de conciencia clarividente se encuentra en la cuarta civilización postatlántica, en el Panteón de los dioses. Así como la época egipcia es un recuerdo de la triple constitución del mundo durante el período lemúrico, la vida Atlante quedó en estado de recuerdo en la jerarquía divina de los griegos. En Grecia, como en otra parte de Europa, son los mismos dioses Atlantes los que se adoran, pero bajo otros nombres. Estos nombres no son inventados; designan las grandes figuras divinas entre las cuales vivió el hombre, durante el período Atlante, cuando dejaba su cuerpo físico.

Vemos pues que las fases de la vida cósmica encuentran su expresión simbólica en las concepciones religiosas de las diferentes civilizaciones postatlantes. Estamos hoy en la quinta. ¿De cuál de aquellas es el recuerdo?

La quinta época no está vinculada por nada al pasado de la tierra; y es por eso que el espíritu antirreligioso, la mentalidad "sin Dios" ha podido nacer allí; es una era que mira no hacia el pasado, sino hacia el porvenir en que resucitarán todos los dioses. Esta posibilidad de recontrar la unión con los dioses fue preparada en el tiempo en que la fuerza de Cristo descendió hacia la tierra y por sí sola esta fuerza es bastante poderosa como

para despertar en el hombre la conciencia de lo divino. Las concepciones religiosas de los hombres de la quinta civilización no pueden ser reminiscencias; para que su vida esté de nuevo conforme con las leyes espirituales, es necesario que los hombres tengan en vista el porvenir. Su conciencia debe ser apocalíptica.

En la conferencia precedente, examinamos las relaciones entre las civilizaciones de los tiempos postatlánticos. Hoy hemos visto que las cuatro primeras civilizaciones reflejan en sus concepciones religiosas las cuatro fases por las cuales pasó la evolución de nuestro sistema solar hasta aquí.

Nuestra quinta época ha pasado el punto medio de esta evolución por eso es que debe descubrir horizontes nuevos. Pero, ante todo, el Cristo debe ser comprendido por nuestro tiempo. Veremos cómo el retorno de la era egipcia a nuestra época va a ser el punto de mira que nos permitirá ver cómo podemos adquirir la conciencia del porvenir.

### III

#### **Los Antiguos Lugares de Iniciación La Forma Humana. Objeto de Meditación**

Hemos visto las correspondencias misteriosas que existen entre las fases del desarrollo de la tierra y el espíritu de las civilizaciones sucesivas de la época postatlante: la antigua civilización hindú, la que precedió aún a los Vedas, es como la imagen reflejada de los comienzos de la evolución terrestre, cuando el Sol, la Luna y la Tierra, estaban todavía confundidos; las visiones espirituales de los iniciados hindúes no fueron otra cosa que la visión espiritual de la forma de lo que era la Tierra en su origen. Hemos visto que la segunda fase de la evolución terrestre, en que el Sol separado se opone a Tierra + Luna, que esta singular oposición de dos mundos reaparece en la civilización persa bajo la forma de contraste entre el principio de la luz (el aura del Sol) y el de la sombra, la lucha entre Ormuz y Ahriman. La tercera civilización, la de Egipto, de Babilonia, de Asiria, refleja en espíritu lo que pasó cuando la Tierra, el Sol y la Luna llegaron a ser tres cuerpos distintos. Hemos esbozado ya rápidamente que la Trinidad: Osiris, Isis, Horus, responde a la trinidad astral de la tercera fase, época terrestre: Sol, Tierra y Luna.

Esta separación se efectuó en la época lemúrica, a la cual sucedió la época atlante, cuarta gran fase de la evolución terrestre. El hombre estaba entonces dotado de otra conciencia: vivía con los dioses que se llamaron más tarde Wotan, Baldur, Thor, Júpiter o Zeus, Apolo, etc.... Estos son seres que el hombre de la época atlante pudo percibir con su mirada clarividente. La repetición de esta visión espiritual de la época atlante se encuentra en los recuerdos de los pueblos de la época greco-latina y también en los pueblos del norte de Europa; son los recuerdos de estados de conciencias pasados, Wotan o Zeus, Marte, Juno-Hera, o Minerva-Atenea, tantas reminiscencias de antiguas formas espirituales que poblaron el mundo antiguo.

Pero para apreciar con exactitud las experiencias religiosas que han animado esas antiguas civilizaciones, no hay que olvidar que los hombres de esos tiempos, tanto el pueblo como los dirigentes, los videntes y los profetas, eran sucesores de aquellos que habían vivido en la época atlante, y que después de la gran catástrofe, no se había perdido todo; al contrario, poco a poco, las fuerzas que habían actuado en esa época habían sido transplantadas al nuevo período. Para comprender mejor las almas de los descendientes de la Atlántida, hay que profundizar el estudio de la vida interior de los últimos atlantes.

Al fin de la Atlántida, los hombres habían llegado a ser muy diferentes unos de los otros. Algunos habían conservado un alto grado de clarividencia. Esta facultad no desapareció bruscamente, estaba todavía presente en muchos de aquellos que tomaron parte en las migraciones del Oeste hacia el Este, en tanto que en otros ya había desaparecido. Había algunos evolucionados, y otros retardados, y es fácil de comprender, visto el cambio recorrido en la evolución, que los menos avanzados eran aquellos cuya facultad de clarividencia era más fuerte, puesto que se habían detenido en su evolución, y habían conservado la antigua facultad de los Atlantes. Los más avanzados

eran aquellos que habían adquirido la facultad de percibir físicamente el mundo, aproximándose ya a nuestro modo de percepción. Ellos habían dejado de ver en espíritu el mundo espiritual durante la noche, pero distinguían más netamente los contornos de los objetos durante el día. Y este puñado de hombres, del cual hemos hablado, es el que fue conducido por uno de los más grandes iniciados que se designa comunmente con el nombre de Manú, y por sus discípulos, hasta el fondo de Asia; este puñado de hombres, los primeros que habían perdido la facultad de la clarividencia, se componía de los seres más avanzados de ese tiempo, la conciencia de vigilia se hizo en ellos más y más clara, y con ella, los objetos físicos que nosotros vemos con sus líneas precisas.

Este pueblo había sido conducido muy al interior del Asia, a fin de que pudiera vivir en la soledad, a fin de que no tuviera demasiado contacto con aquellos que habían conservado la antigua facultad de clarividencia. No pudo dar nacimiento a una nueva humanidad sino quedando durante cierto tiempo separado de los otros pueblos. En el centro de Asia se fundó una colonia de donde debían partir hacia los diferentes pueblos las grandes corrientes de civilización.

La India del Norte fue el primer país que recibió de este centro la luz civilizadora. Los pequeños grupos que fueron enviados como pioneros de civilización, no hallaron ninguna parte del país deshabitada, porque antes de la gran migración de los atlantes del oeste hacia el este, otras migraciones habían tenido lugar; ahí donde una porción de tierra surgía del mar, era habitada por grupos nómades. El pueblo que venía del corazón de Asia encontraba, pues, siempre otros pueblos con el cual se mezclaba; pero el que había sido conducido por el Manú, era más avanzado que ellos. Entre estos pueblos, muchos hombres estaban todavía dotados de la antigua facultad de clarividencia. Los iniciados de ese tiempo no fundaban colonias como se hace hoy; pro-

cedían de otro modo. Sabían que era necesario organizar todo según el estado de alma de aquellos que habitaban el país a colonizar. Los enviados no imponían su voluntad. Actuaban siguiendo el orden reinante. Establecían un equilibrio entre los dos elementos y tenían en cuenta las necesidades de aquellos que habitaban el país, con su religión basada en la memoria de los antiguos tiempos y las facultades de clarividencia. Es pues natural que sólo un pequeño grupo entre los más avanzados haya podido alcanzar un estado de conciencia puro.

La masa más grande estableció un compromiso entre el antiguo estado atlante y la consciencia postatlante. Por eso encontramos por doquier tanto en la India, como en Persia y Egipto, en todas las partes en que nacieron las civilizaciones postatlantes, formas religiosas menos avanzadas, menos civilizadas, que no eran en el fondo otra cosa que deshechos de las antiguas concepciones atlantes. Para comprenderlo hay que ponerse interiormente en el estado de alma de los últimos atlantes.

Recordemos que tenían percepciones, tanto de día como de noche -si se puede hablar de día y de noche en esa época-. De ahí venían de una manera esfumada al mundo exterior de las percepciones sensibles. No había en absoluto necesidad de demostrar al Atlante la existencia de Dios, como no es necesario demostrar a nosotros que hay minerales. Los Dioses eran sus compañeros; él mismo por la noche era un ser espiritual. Su cuerpo astral y su Yo recorrían el mundo espiritual y reencontraban allí seres de la misma naturaleza, no veía solamente las elevadas entidades espirituales, veía otras, menos elevadas que aquellas que se han descrito más tarde bajo los nombres de Júpiter-Zeus, Wotan-Odin. Estas no eran sino las más perfectas. Había como hoy reyes y emperadores. No se los ve siempre, pero se sabe que existen. En ese estado, que era el de todos los hombres, se percibían los objetos cercanos, de otra manera que hoy, aunque se fuera consciente durante el día, pero la concien-

cia del día era diferente a la de la nuestra y es necesario que tratemos de representarnos cómo estaba constituida.

Hemos descrito que la vista de los seres divinos se ocultaba al hombre cuando descendía a la mañana a su cuerpo físico. Veía los objetos como envueltos en una niebla. Para la visión de esos objetos tenía además otra propiedad muy singular, que debemos llegar a comprender. Figurémonos un atlante aproximándose a un estanque. No veía el agua del mismo, tan nitidamente contorneada como nosotros la veríamos, y dirigiendo su atención hacia esa agua experimentaría algo completamente distinto de lo que nosotros sentimos hoy cuando nos acercamos a un estanque. Al mirarla solamente, un gusto le subía a la boca, el gusto de lo que veía, sin que tuviera necesidad de beber esa agua. Simplemente mirándola podía decir: esta agua está azucarada o salada. Su impresión era desde luego completamente diferente de la que tenemos hoy cuando miramos el agua.

Nosotros no vemos más que su superficie, no la penetramos. En otro tiempo el hombre que, dotado de una clarividencia oscurecida, se aproximaba a un estanque, no experimentaba el sentimiento de tener ante sí un elemento extraño, se sentía como mezclado con él.

Supongamos que hubiéramos llegado cerca de un bloque de sal, sentiríamos al aproximarnos el gusto de la sal. Hoy, es necesario que la gustemos; en otro tiempo, verla bastaba. El hombre estaba todavía unido a lo que lo rodeaba y sentía todo lo que veía. Percibía por así decirlo las entidades que, por ejemplo, daban a las cosas un gusto salado. Todo se animaba para él; el aire, la tierra, el agua, el fuego, todo vivía para él. Prolongaba la sensación hasta en el interior de las cosas, vivía en ellas. Lo que parece inanimado hoy a la conciencia, no lo estaba en otro tiempo. El hombre experimentaba a la vista de todo un sentimiento de simpatía o antipatía, porque veía el alma, sentía, experimentaba la naturaleza interior de los objetos.

Los recuerdos de estas experiencias subsistían en todas partes. En la población hindú a la cual se mezclaron los colonos del Manú, había quedado viviente ese vínculo con las cosas; sabía que hay almas vivientes en todas las cosas y habían conservado la facultad de ver las cualidades de los objetos. Representémosnos bien esta facultad. El hombre percibe, al aproximarse a un estanque, cuál es el gusto del agua. El ve un ser espiritual que da su gusto a esa agua, puede reencontrar ese ser espiritual por la noche, cuando duerme, extendido cerca del estanque.

De día tiene la visión material de aquello; de noche ve todo lo que anima las cosas. De día ve los objetos, las piedras, las plantas, los animales; oye soplar el viento, oye murmurar el agua; de noche percibe en sí mismo, bajo su verdadera forma, todo lo que ha visto durante el día; ve los espíritus que viven en todas las cosas. Cuando decía: Hay espíritus en los minerales, en las plantas, en el agua, en las nubes, en el viento, por doquier viven espíritus... Esas no eran creaciones poéticas de su imaginación, era algo que percibía. Cuando se penetra a ese punto en las almas, uno percibe entonces qué enorme despropósito cometen los sabios modernos, cuando dicen que la imaginación popular tiene tendencia a personificar los hechos de la naturaleza. Este género de imaginación popular no existe; quien conoce verdaderamente al pueblo lo sabe bien. Uno encuentra a menudo entre los eruditos esta extraña comparación; como el niño que se golpea en una mesa golpea la mesa porque la cree dotada de ira, el hombre primitivo, el hombre niño ha imaginado almas por doquier en la naturaleza, en los árboles, etc. Se ha examinado esta comparación hasta la saciedad. Ciertamente, hay ahí imaginación, pero es la de los sabios y no la del pueblo. Los hombres que antes percibieron alma en todo, no soñaban, no hacían otra cosa que expresar lo que percibían.

Esta percepción, la volvemos a encontrar como recuerdo en los antiguos pueblos. El niño no considera la mesa como objeto

animado; no teniendo la percepción de su alma se pone al nivel de la madera al golpearla.

La interpretación de los sabios no coincide con los hechos. Que vayamos a la India, o a Persia o a Egipto o a Grecia, encontraremos en todas partes esas mismas visiones de que acabamos de hablar.

Y en ese molde fue vaciada la civilización. Sabemos que ellos tuvieron en todos los tiempos escuelas de Misterios, donde aquellos que podían desarrollar sus facultades espirituales aprendían a reconocer la naturaleza profunda del universo; donde despertaban en ellos los sentidos dormidos, para ver el encadenamiento espiritual de las cosas. De esas escuelas de Misterios irradiaron a todas partes los impulsos espirituales de las civilizaciones. Las estudiaremos a través de los períodos postatlantes, porque ahí es más fácil comprenderlos; pero como encontramos ya en el período atlante algo análogo a las escuelas de iniciación, vamos a tratar de penetrar en el método de enseñanza que era empleado.

El atlante poseía, ciertamente, como el hombre actual, un cuerpo físico, un cuerpo astral y un Yo; pero su cuerpo físico no era del todo como el de hoy, podríamos compararlo un poco con el cuerpo de ciertos animales marinos, transparente, apenas visible, lo bastante material como para dar asidero y recorrido por esas líneas brillantes de su organismo. El cuerpo físico del hombre era mucho más blando que el actual, todavía no tenía huesos, todo lo más algunos comienzos de formaciones cartilaginosas. Por el contrario, el cuerpo etérico del hombre era la parte importante de su ser. El cuerpo físico tenía algo menos de la talla de hoy; en cambio el cuerpo etérico era extraordinariamente grande. Este cuerpo etérico se diferenciaba en los individuos siguiendo cuatro grandes tipos que uno encuentra vuelta a vuelta en los diferentes grupos de hombres. Estos tipos, los encontramos en las cuatro figuras del Apocalipsis: el Toro, el León, el



Aguila y el Hombre. No es necesario creer que estas formas se asemejaban absolutamente tal como las conocemos hoy; recordaban solamente por su impresión de conjunto. La impresión que producían los cuerpos etéricos de los hombres podrían ser dadas por las imágenes del león, del Toro, del Aguila o del Hombre. Se comparaba por ejemplo con el Toro a aquellos que parecerían dotados de una gran capacidad de reproducción o de un gran apetito; otros, que parecían tener una vida espiritual más intensa, eran los Hombres Aguilas, a quienes el mundo físico no convenía. Había todavía otros cuyo cuerpo etérico se parecía al cuerpo físico actual; sin ser completamente semejante a él, ya era una especie de forma humana.

Naturalmente, un ser humano no tenía solamente uno de estos caracteres con exclusión de los otros; los cuatro se encontraban en él pero uno dominaba. Tal era la constitución del cuerpo etérico de la población atlante. El cuerpo astral era muy grande, pero no formado, y el Yo estaba todavía completamente afuera. Los hombres tenían pues un aspecto muy diferente del hombre moderno: naturalmente, aquellos que evolucionaban rápido ya habían adquirido una forma más avanzada, pero en el conjunto, se pueden caracterizar los hombres como acabamos de hacerlo. Su estado normal era el que acabamos de describir. Era una cosa completamente diferente para los seres más avanzados, para los alumnos de las escuelas de los Misterios, aquellos que se esforzaban por adquirir la iniciación de la antigua Atlántida.

Penetremos en espíritu en una de esas escuelas, y tratemos de evocar lo que enseñaba el maestro.

Un hombre que encontrara hoy a un iniciado, no lo distinguiría de los otros, por su aspecto exterior. Muy raros son aquellos que hoy podrían reconocer a un iniciado por su aspecto, porque ahora que el cuerpo físico del hombre está bien desarrollado, el iniciado que debe vivir en ese cuerpo, no se distingue exteriormente de los otros hombres sino por matices muy sutiles. Pero

en otro tiempo el iniciado era muy diferente de los otros seres. Estos recordaban exteriormente a los animales; el cuerpo físico era pequeño en relación al cuerpo etérico inmenso; formaba más bien una masa pesada, una sustancia animal. El iniciado se distinguía de los otros por un cuerpo físico ya más semejante a la forma humana actual; por un rostro que se asemejaba al nuestro, por una frente como la que tenemos todos los hombres de hoy. El cerebro del iniciado estaba muy desarrollado para su época, en tanto que en los otros, todavía no estaba formado. Estos iniciados dirigían escuelas donde tomaban como alumnos a aquellos hombres que parecían más maduros, más desarrollados.

Para comprender bien lo que sigue hay que darse cuenta claramente que el dominio del espíritu del hombre sobre su cuerpo ha desaparecido casi completamente en el curso de los tiempos. Ciertamente el hombre puede hoy mover sus brazos y sus piernas, caminar, subir, en una palabra, su voluntad domina todavía su cuerpo; pero ello no es más que un último y miserable resto de la dependencia total en que se encontraba el cuerpo físico en la época atlántica. En otro tiempo, el pensamiento, el sentimiento tenía una influencia muy grande sobre el cuerpo. Hoy, se puede concebir una idea, llevarla en sí durante semanas o hasta años; es muy raro que la acción de este pensamiento penetre más allá del cuerpo etérico.

Muy raros son los casos en que el cuerpo físico es influenciado por una meditación. Si alguien consiguiera cambiar una frente huidiza en más prominente, es decir, si él actuara hasta sobre los huesos de su cabeza, eso sería para la época actual un resultado extraordinario. El caso se presenta muy raramente. Hoy es necesario desarrollar una inmensa energía para que el pensamiento actúe sobre el cuerpo físico. Es más fácil, aunque ello sea todavía difícil, influenciar, la circulación de la sangre o el movimiento de la respiración. El pensamiento puede actuar hoy sobre el cuerpo etérico y de aquí a la próxima encarnación ha-

bría ejecutado una acción tan poderosa que las condiciones exteriores del cuerpo físico habrían cambiado. No hay que olvidar hoy que se trabaja, no en vista de una encarnación, sino de muchas encarnaciones futuras. El alma es eterna, vuelve siempre.

Las cosas eran muy distintas en otro tiempo en las escuelas de iniciación. Durante un tiempo relativamente corto, el pensamiento dominaba al cuerpo físico, ejercía su acción sobre él. El discípulo de los misterios, podía, por sus propio trabajo interno, aproximarse a la forma humana. Se podía elegir entre la humanidad ordinaria; solo era necesario darle un impulso bastante fuerte, no había necesidad ni de pensar, los pensamientos eran introducidos en su alma por una especie de sugestión; era necesario que apareciese ante su alma una cierta forma de pensamiento, en la cual se sumergía. ¿Cuál era esa forma? ¿Cuáles eran los pensamientos del discípulo, el objeto de su meditación?

Ya hemos indicado cuál era el estado de la tierra en su origen y esbozado su evolución; hemos hablado también de la forma de luz que habitaba la niebla etérica primitiva; esta forma habría aparecido ante los ojos del clarividente como la del hombre actual. Ni este tipo primordial, ni este arquetipo etérico fueron realizados por el hombre de otros tiempos, ni de los tiempos atlantes: es la forma del hombre actual quien la realiza. Y es justamente esta forma original del ser humano, tal como planeaba sobre el germen etérico, la que el iniciado atlante evocaba ante el alma de sus alumnos. El discípulo debía concentrar su pensamiento sobre ella, así el iniciado atlante hacía surgir ante la mirada espiritual del discípulo la forma humana, con todos los impulsos, todos los sentimientos que con ella se ligaban y cualquiera que fuera el tipo de alumno, el del León u otro, mantenía ante su mirada espiritual la imagen pensamiento de lo que debía llegar a ser el hombre después de la Atlántida, este pensamiento se convertía en su ideal. Era menester que colmara de voluntad este pensamiento: mi cuerpo físico debe formarse a imagen de éste. Y las fuerzas

que emanaban de este pensamiento actuaban sobre el cuerpo físico de tal manera que después de un cierto tiempo, el discípulo ya no se parecía más al común de los otros hombres. Ciertas partes de su cuerpo se habían transformado, y los discípulos más avanzados se asemejaron más y más al hombre actual.

Allí están los extraños secretos, los misterios de la época atlante. Algo más nos sorprende todavía. Cualquiera que fuera la forma de los pensamientos humanos, una sola imagen planeaba ante su alma, imagen espiritual que existía desde los tiempos en que el sol estaba aún unido a la tierra, y dicha imagen aparecía cada vez más como el pensamiento que existía desde el origen de la tierra, el espíritu del cual había nacido. No era la imagen de una u otra raza: era el ideal común de toda la humanidad.

Y de ahí el sentimiento que experimentaba el discípulo cuando veía esta forma: "Las entidades espirituales más elevadas han creado este pensamiento que debe aportar la unidad a los hombres. Este pensamiento es el sentido de la evolución de la Tierra: para realizarlo el Sol se separó de la Tierra, la Luna dejó la Tierra y así el hombre ha podido llegar a ser el Hombre. Esto es lo que será más tarde el ideal supremo de la tierra".

Así es, aproximadamente, como sucedían las cosas hacia la mitad de la época atlante, y estudiaremos cómo esta imagen de meditación, esta forma humana que aparecía al discípulo, se transformó, y así fue salvada de la catástrofe Atlántica. Esto es lo que reencontraremos en las enseñanzas de los iniciados hindúes y que se puede condensar en la palabra sagrada: Brahm. El sentido de la evolución de la tierra tal como lo ha querido la divinidad del mundo, es lo que formaba el núcleo sagrado de la enseñanza de los iniciados hindúes; ellos lo nombraban: Brahma. De allí salieron más tarde la doctrina de Zoroastro y la sabiduría egipcia, de la cual hablaremos después.

Veremos mañana, como de la idea de Brahma, nació la sabiduría egipcia.

## IV

### La Iniciación. Los Misterios de los Planetas El descenso del Verbo Original

Hemos terminado ayer nuestro estudio hablando de un acontecimiento extraordinariamente importante de la vida interior, de la vida espiritual del hombre. Hemos tratado de hacer nacer en nuestra alma, la impresión que sentía el alumno de las escuelas de iniciación al comienzo del último tercio de la época atlante. Hemos evocado la forma humana ideal que aparecía ante el alma del neófito, forma-pensamiento, sobre la cual se concentraba durante la meditación y esta forma venía a llenar sus representaciones, sus sentimientos y su voluntad. Ella debía llegar a ser el modelo de la forma humana actual.

Trataremos de representarnos esta forma espiritual. Ella no era absolutamente semejante al hombre de hoy. Figuremos una especie de forma nacida de la combinación de un hombre y una mujer, pero sin la parte inferior del cuerpo; imaginemos una especie de doble figura, donde sólo la parte superior es netamente visible, y tendremos la imagen sensible-suprasensible tal como aparecía al alumno en meditación. Ella ejercía una acción tan fuerte, que todos aquellos que debían ser iniciados llegaban ver-

daderamente a formar su cuerpo exterior a su imagen. El hecho de que el neófito contemplaba en su meditación una especie de forma humana es muy importante.

Cuando estaba preparado, y veía esta imagen viviente surgir ante él, se decía: “Mirando esta imagen, me sumerjo en el primer estado de la evolución terrestre, cuando la Tierra, la Luna y el Sol no estaban todavía separados”.

Antiguamente, la Tierra estaba compuesta por un átomo original, pero en este átomo, el clarividente podía contemplar la imagen que aparecería en el presente ante sus ojos. Este prototipo existía ya en el origen de la tierra, cuando no había todavía allí formas animales, vegetales o minerales.

La Tierra no era entonces más que un átomo humano hecho de hombres llamados de nuevo a la vida. Sin duda, los primeros gérmenes animales se formaron durante el período en que la Tierra estaba unida a la Luna; los animales estaban ya ahí. Pero sabemos también que cuando un sistema planetario desaparece, se abisma en un pralaya, donde se disuelven todas las formas existentes.

La antigua Luna estaba poblada de formas animales, pero la Tierra no tenía para entonces, animales ni plantas, le vinieron más tarde. Los animales no vinieron sino después de la separación del Sol. En su origen, la Tierra no era más que un germen humano. Hacia esos orígenes se remontaba la mirada del neófito. Veía en el átomo primitivo la imagen ideal del hombre. Cuando contemplaba esa imagen su espíritu se abría: “Yo me absorbo en el estado original de la Tierra. Esta imagen, esta forma ideal del hombre, que vive en la Tierra, expresa para mí esto: la divinidad actúa de eternidad en eternidad; ella se ha moldeado en estas formas y ella ha exhalado fuera de sí misma la forma humana original”. Después se decía: “¿Dónde están ahora los animales, las plantas y los otros seres?”

El neófito veía al mismo tiempo la forma primera de la divinidad, y veía al lado de ella las formas animales, las formas ve-

getales, que habían nacido en seguida. Todas estas formas de los reinos inferiores le aparecían como nacidas de la forma humana. Nos haremos una imagen de ello pensando en la manera en que se formó la hulla. Pensemos en las grandes selvas vírgenes de otras épocas que llegaron a ser ahora carbón. Ellas han subsistido: de un reino superior han pasado a un reino inferior: la planta se ha convertido en piedra: se ha endurecido.

El neófito atlante veía así salir el mundo entero de la forma humana. Esta impresión que surgía ante el alma del hombre en épocas remotas, se mantuvo en su memoria en el curso de los tiempos que siguieron al diluvio, y los iniciados hindúes evocaban todavía este prototipo del hombre emanado del Ser Eterno, en el alma de sus alumnos. Cuando el discípulo hindú tenía la visión de este prototipo, sentía que ahí estaba el origen de toda vida, que esa sangre se había convertido en el agua viviente de la tierra, etc. . Esta imagen se ensanchaba ante su mirada hasta llegar a ser el fondo primero de donde todo había salido.

En ese momento se le decía: “Esta imagen que tienes ante los ojos es doble: es desde luego la forma primera misma, pero es también el germen más profundo de tu ser, ese germen que, precisamente te ha conmovido contemplándola. Alrededor de tí, el Macrocosmos y dentro de tí, la esencia de tu ser íntimo: el Microcosmos”.

Cuando los griegos, con Alejandro, penetraron en la India, y tuvieron conocimiento de los últimos ecos de esos sentimientos, experimentados por el Neófito de los tiempos antiguos, tradujeron esa impresión diciendo: cuando el discípulo contempla el hombre esparcido a través del mundo tiene ante sí a Heracles. El Hindú llamaba “vha” a las fuerzas que animan el universo. Pero llamaba Brahman a la quintaesencia de esas fuerzas en el hombre.

Así los griegos recibían un eco de lo que había sentido el discípulo hindú en tiempos de la antigua cultura sagrada. He ahí el resultado de la marcha de los griegos hacia la India, bajo la con-

ducción de Alejandro el Grande. Así la doctrina sagrada de la iniciación hindú aparecía como un reflejo espiritual del estado primero de la Tierra, unida a las fuerzas del Sol y a esas sublimes entidades hacia las cuales se volvieron más tarde los deseos nostálgicos de los hombres. Cuando el neófito era iniciado, experimentaba un sentimiento elevado de vida espiritual, porque había llegado a hacer renacer en él lo que se llamaba “Brahman”. Era un acontecimiento inmenso que penetraba en el seno del alma humana y se sentía levantada a los mundos superiores. No se podía adquirir la iniciación, la visión espiritual, sino elevándose hacia los mundos superiores. El mundo que nos rodea, es el mundo físico; alrededor de él y en él se mueve el mundo astral. Por encima se encuentra el Devachan, el mundo de los dioses y a las regiones supremas del Devachan es adonde debía ser arrebatado el neófito, cuando debía contemplar en el Macrocosmos a Brahman, el Ser Eterno. Se encontraba entonces en las regiones más elevadas del Devachan, en el mundo de los dioses, de donde proviene lo que el hombre tiene de más noble. Era el reino de la más perfecta armonía que se ofrecía al conocimiento humano; y no contenía solamente lo que acabamos de describir.

Antes de proseguir veamos lo que eran los maestros. Todos habéis oído hablar de los santos Rishis, de los fundadores de la antigua cultura hindú, que tuvieron al Manú mismo por maestro. ¿Quiénes eran pues, estos siete grandes maestros de la India antigua? Tratemos de representárnoslos y para ello miremos una vez más el vasto mundo. No hay que olvidar que lo que nosotros percibimos con nuestros sentidos físicos, nuestros ojos, etc., es un séquito, una consecuencia del espíritu. Si imaginamos el mundo que nos rodea tal como es bajo su forma espiritual, podemos compararlo a una niebla etérea de donde todo ha nacido. Este vapor se solidificó poco a poco; descendió hacia un estado material, y en su seno se condensaron los diferentes cuerpos celestes.

¿Por qué razón los otros planetas se separaron de la Tierra, como lo hicieron el Sol y la Luna? Porque Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio están igualmente aislados. ¿Por qué eso? Es que las cosas pasan en el gran Universo como pasan en nuestra vida diaria. Como en el colegio hay alumnos que repiten un curso, hay en el Gran Cosmos seres que quedan atrasados y no pueden seguir la evolución. Esto es lo que hay que comprender bien claramente. Hubo un grupo de elevadas entidades que no pudieron continuar evolucionando al mismo ritmo que la Tierra, de la que separaron las sustancias más sutiles, para formar con ellas el Sol, que se convirtió en su morada. Los seres más elevados estaban ligados así a nuestro desarrollo; ya habían cumplido una evolución. Había pues seres que iban a llegar a ser los espíritus del Sol, y otros que eran retardatarios, inferiores a los espíritus del Sol, pero sin embargo superiores a los hombres; pero no podían seguir la evolución de los espíritus del Sol porque no eran tan perfectos como ellos. No pudieron acompañarlos al Sol, porque los hubiera consumido. Pero eran demasiado nobles para la Tierra; por eso, alejaron de ésta ciertas sustancias cuya finura era intermediaria entre el Sol y la Tierra, y que correspondían a su naturaleza, para hacer de ellas su residencia, entre el Sol y la Tierra. Así es como se formaron Venus y Mercurio. Tenemos pues ahí dos grupos de seres, que no eran tan elevados como los espíritus del Sol, pero que eran más avanzados que el hombre, fueron los espíritus de Venus y de Mercurio. A ellos se debe el nacimiento de esos dos planetas. Antes se habían formado igualmente Marte, Júpiter y Saturno, pero por otras razones; ellos se convirtieron en las moradas de ciertas entidades. Los seres espirituales son causa de la formación de los planetas. No hay que creer que estos seres que habitan los diferentes cuerpos del sistema solar no tienen relaciones con los habitantes de la Tierra. Comprendámoslo bien, las fronteras de la materia física no son los límites últimos; es absolutamente posible a las enti-

dades de otros cuerpos celestes ejercer una acción mágica sobre la tierra, más allá de las fronteras en que se detiene la materia. Así es como las influencias de los espíritus del Sol, de Marte, de Júpiter, de Saturno, de Venus, de Mercurio, etc., penetran la Tierra. Estos dos últimos grupos de espíritus están más próximos a ella: en el momento del alejamiento del Sol, han ayudado al hombre a preparar la Tierra para llegar a ser lo que es hoy.

Abramos aquí un paréntesis. Se han establecido malentendidos respecto a la denominación de los planetas. En ocultismo se llama "Venus" al planeta que los astrónomos llaman "Mercurio" e inversamente, el que para ellos es "Venus" para los ocultistas es "Mercurio". Los astrónomos oficiales no saben que hay ahí un misterio profundo que no se ha querido develar descubriendo el verdadero nombre oculto de las cosas. Esto ha sido hecho para disimular ciertas realidades.

Todos los espíritus de los otros planetas ejercen pues una acción sobre la tierra. De todos los planetas irradian las influencias hacia el hombre, pero éste no podía recibir las directamente. Era menester que fuesen recibidas por intermediarios, y es por eso que el Manú inició a los siete Rishis de tal suerte que cada uno de los Rishis pudo comprender las influencias de uno de los planetas; y como se contaban siete planetas, hubo siete Rishis, cuyo conjunto representaba un círculo de siete miembros, que transmitió a sus alumnos los secretos de nuestro sistema planetario.

Ese es el porqué encontramos en muchos escritos ocultos indicaciones a ese respecto. Se lee por ejemplo: Hay secretos que hay que buscar más allá de los Siete; es el mismo santo Manú que los guardó durante el tiempo que precedió a la separación de los planetas.

Los secretos de los siete Rishis concernían a las fuerzas contenidas en los planetas. El coro de los siete Rishis, en perfecta armonía con el Manú, dispensaba a los discípulos su maravillo-

sa enseñanza. Esta doctrina de los orígenes enseñaba lo que llamamos hoy la evolución de la humanidad a través de los estados planetarios: Saturno, Sol, Luna, Tierra, Júpiter, Venus, Vulcano. Los misterios de la evolución habían sido depositados en los siete miembros del círculo, y cada uno de ellos representaba uno de los grados de desarrollo de la humanidad.

Esto es lo que veía -aún lo que oía- el neófito cuando se elevaba en el mundo del Devachan: porque ese mundo es el de los sonidos. El oía la armonía de las esferas de los siete planetas. En el mundo etérico veía la imagen de aquello; en el mundo devakánico oía el sonido y en el mundo supremo, el más elevado de todos, vivía el Verbo.

Cuando el neófito hindú se elevaba al Devakan superior, percibía por la música y el Verbo de las esferas cómo el espíritu original. Brahma, se divisa a través de la evolución en la cadena de los siete planetas y oía eso en el sonido primordial VHI.

Así es como se deletreaba el sonido original de la creación, así es como llegaba al oído del neófito y concentraba para él toda la evolución del mundo. El Verbo dividido en siete, la Palabra primordial de la creación animaba el alma del neófito, y la describía al no iniciado poco más o menos en los términos en que nosotros describiríamos hoy la evolución de nuestro mundo. Es lo que he esbozado a grandes rasgos en el libro "Teosofía". Esta descripción, la encontramos en la antigua religión sagrada de los hindúes, en lo que se llamaba los "Vedas" o el "Verbo". Ahí está el verdadero sentido de los Vedas, y lo que ha sido resumido más tarde no es más que un recuerdo de la doctrina del Verbo. El Verbo mismo se ha perpetuado de boca en boca; porque escribiéndolo se ha deformado la antigua enseñanza. No es sino en los Vedas donde se puede todavía encontrar algo de lo que fue el alma de la civilización hindú. Cuando el neófito repasaba todo eso en su memoria podía decirse: El Espíritu Brahma, el Verbo primordial que siento vivir en mi alma, existía ya en el

antiguo Saturno; en Saturno resonaba ya el primer soplo del verbo védico. La evolución prosiguió, del Sol a la Luna, de la Luna a la Tierra; el Verbo se condensa de más en más, toma formas cada vez más duras y la imagen del hombre en el germen primordial de la Tierra es ya una forma más densa del estado del verbo original en Saturno.

¿Qué es lo que ha pasado?

El Verbo divino, el Hombre primordial, se había revestido cada vez más de nuevos velos, y es muy importante ver cuáles son esas nuevas envolturas que adquiere en el curso de la evolución de la Tierra.

El neófito sabía que nada se repite absolutamente en el Universo, y que cada planeta tiene su misión. Sobre el antiguo Sol se había formado la Vida; sobre la antigua Luna, la Sabiduría había penetrado el fondo de todas las cosas; el deber, la misión de la Tierra, es desarrollar el Amor que no existía todavía sobre la antigua Luna. La forma original del hombre, que había existido sobre el planeta precedente bajo una forma más espiritual pero también mucho más fría, se había revestido de una cálida envoltura astral. Lo que debía llegar a ser el hombre se había revestido en la Luna con una envoltura astral, y gracias a ella el hombre se hizo capaz de desarrollar en la tierra el amor, desde su forma más baja hasta la más sublime.

El neófito hindú percibía claramente en el Devakan superior la forma del prototipo humano. En el Devakan inferior se envolvía con un velo astral, que contenía en germen, las fuerzas del amor; el Eros de los griegos lo llamaba Kama. Kama viene así a tomar ese lugar en la evolución de la tierra. El Verbo divino, Brahman, venía a ser Kama, y a través de él el neófito oía resonar el Verbo primordial. La vestidura del amor era "Kama", la vestidura del verbo original era "Vha", que es la base del latín "vox", voz. Y el neófito sentía así bien en el fondo de sí mismo que el Verbo divino había vestido el ropaje astral del amor, y se

decía: El elemento más elevado del hombre, que se compone hoy del cuerpo físico, del cuerpo etérico, del cuerpo astral y del Yo, es el Yo. Este Yo que ha descendido con la vestidura del Amor, para formar así Kama-Manas. Era el núcleo más íntimo del ser humano, Kama, la forma revestida por Manas, el Yo.

De este germen central deben nacer también tres cuerpos superiores: éstos transformarán los cuerpos inferiores. Transformarán el cuerpo físico; y así como la envoltura astral llegará a ser Manas, el Kama corresponderá en un nivel superior a Buddhi, y el cuerpo físico, cuando esté completamente espiritualizado se convertirá en Atma.

Todo esto se encuentra en germen en el "Vha", y hay en los Vedas una frase que recuerda todavía cómo expresaba el neófito el misterio del núcleo íntimo del ser. Sabemos que el cuerpo físico nació sobre el antiguo Saturno, el cuerpo etérico sobre el antiguo Sol, el cuerpo astral sobre la antigua Luna, y el Yo sobre la Tierra; pero la más primitiva forma humana, la que expresaba la palabra original "Vha", contenía ya en germen los otros tres cuerpos. Faltan todavía al hombre tres principios para que llegue a ser la imagen perfecta del Verbo creador, del Verbo primordial.

El neófito admitía que sólo el iniciado podía comprender claramente la naturaleza verdadera del cuerpo físico, del cuerpo etérico y del cuerpo astral.

Hoy el hombre no es verdaderamente tal sino cuando dice: "Yo soy"; allí solamente es enteramente hombre.

Sus otros cuerpos existen también, pero en ellos el hombre es todavía inconsciente. "En el cuarto el hombre habla". Esa es una frase de los Vedas: En el cuarto es el "Vha" que se manifiesta. Cuando resuena el nombre del Yo, es la cuarta parte del "Vha" que se hace oír. He ahí la frase en cuestión: Cuatro partes del "Vha" son reveladas, solamente tres de ellas son visibles, tres están ocultas hoy, en la cuarta el hombre habla.

Es una maravillosa descripción de lo que hemos hablado tan a menudo. Es lo que veía la mirada espiritual del neófito. Se sentía transportado a ese estado de la evolución en que los planetas estaban todavía unidos, en que existía la Tierra original, donde resonaba plenamente el “Vha”.

Es lo que expresa otra frase de los Vedas: Al principio no sabía lo que era el Yo soy, pero cuando llegó hacia mí el Primer nacido de la Tierra, el espíritu se llenó de luz, y yo participé del “Vha sagrado” (la sabiduría). Estas palabras dan una visión de lo que percibía el iniciado.

Esto no es más que una débil indicación de lo que vivían interiormente los discípulos de los antiguos Rishis, de las enseñanzas maravillosas que llenaban la antigua cultura hindú, que fueron transmitidas a las épocas siguientes y transformadas según las necesidades de los otros pueblos.

Pero todos componen el verbo original “Vha”.

Invocando uno de estos misterios, comprenderemos mucho mejor ciertas cosas. Es necesario imaginarse que antes, la acción que ejercía el maestro sobre el discípulo era completamente diferente de lo que pasa hoy. En nuestros días, una acción de esa clase no puede ejercerse sino cuando el discípulo ha alcanzado un cierto grado de iniciación. Antes, las fuerzas que pasaban del maestro al alumno eran mucho más fuertes. Para tratar de darnos una idea de lo que eran esas fuerzas digamos que no solamente la palabra, el pensamiento escrito del maestro actuaba sobre el alma racional, sino que además, fuerzas mágicas secretas, pasaban del maestro al alumno. Sobre todo, esas fuerzas tenían el poder de llenar de claridad y de vida los cuadros que surgían ante el alma del alumno.

Esta facultad extraña solo se perdió en el curso de la cuarta época postatlante: la civilización greco-latina. El juego de las fuerzas fue transformándose. En el antiguo Egipto, las relaciones de maestro a alumno eran muy diferentes de las de hoy. Los

ancianos ejercían una influencia muy distinta sobre la juventud. Hay que saber esto para comprender los escritos de los autores griegos. Sócrates ejercía realmente una influencia telepática sobre sus alumnos, mientras les daba sus enseñanzas. Esto no es posible hoy. Encontramos en las obras de Platón vestigios de estos hechos.

Lo que era justo y bueno antaño, sería hoy una práctica condenable. Sin cesar se realizan transformaciones. Sobre todo no debemos plagiar hoy lo que ha sido de otro tiempo. Se pueden explicar ciertos hechos presentes remontándonos a esas cosas del pasado, pero sería repulsible e inmoral servirse de ellas hoy día.

Algunas fuerzas pasaban pues en otro tiempo del maestro al alumno. Todavía en el antiguo Egipto se encuentran un gran número de individuos que eran sensibles a esta transmisión. Cuando uno de esos seres de alma particularmente maleable se encontraba con un hombre que sabía pensar con fuerza, esos pensamientos enérgicos actuaban de tal manera, que reaparecían en el alma del discípulo bajo la forma de imágenes. En el antiguo Egipto, esta acción telepática era completamente normal y allí se la observaba frecuentemente. Esta transmisión se producía sobre todo entre los seres enérgicos y aquellos cuya voluntad no estaba desarrollada.

Se podía mediante el pensamiento, dirigir, conducir a los seres de una manera de la que hoy no nos haríamos ninguna idea. En nuestra época, si uno se sirviera de esas fuerzas, sería para hacer muy mal empleo de ellas.

En el antiguo Egipto, las iniciaciones estaban en conjunto, basadas en el empleo de fuerzas análogas. Lo mismo pasaba en la India antigua y en Persia. Estas fuerzas venían a apoyar los efectos del método de iniciación, método que se podría llamar, empleando una expresión esotérica, un método médico. Naturalmente, no se trata del método oficial de hoy. El iniciado egipcio, que era también médico, habría sonreído de lo que el hombre



llama hoy medicina. El antiguo médico egipcio sabía una cosa: cómo hacer renacer mediante la iniciación los estados de conciencia de la época atlante.

En la Atlántida, el hombre vivía en un estado de clarividencia debilitada. El iniciado egipcio sabía que en aquel tiempo los seres espirituales habían ejercido sobre el hombre un poder mucho más grande. Hoy, cuando el hombre duerme, ignora todo lo relativo a los mundos superiores; pero el hombre atlante, dotado de una clarividencia brumosa, vivía todavía con los dioses. Y lo mismo que hoy, el ejemplo de una vida perfecta actúa mucho mejor que todas las doctrinas de moral, en aquellos tiempos el iniciado egipcio actuaba sobre su alumno por medio de fuerzas y de imágenes tomadas de las realidades espirituales. Su acción no era superficial; penetraba en el alma profundamente y producía allí un resultado completamente particular.

Supongamos un hombre enfermo, en el cual ciertas funciones no se cumplen normalmente. ¿De dónde proviene eso? El que conoce las enseñanzas ocultas sabe que las irregularidades de las funciones físicas no tienen causas externas; toda enfermedad que no ha sido provocada por un accidente exterior tiene por causa un desorden del cuerpo etérico. Pero si el cuerpo etérico está enfermo, es que el cuerpo astral no está en su estado normal.

Cuando, en el hombre atlante, se anunciaba un peligro en el funcionamiento de los humores, se restablecía el orden rápidamente. Durante su sueño, el hombre recibía de los mundos espirituales tal flujo de fuerzas que las funciones y las energías atacadas se restablecían y el hombre sanaba. Los antiguos médicos egipcios procedían de manera análoga. Debilitaban artificialmente la conciencia del paciente hasta una especie de sueño hipnótico y entonces podían manejar a voluntad las imágenes que surgían ante su alma, luego las dirigían de tal suerte que podían emitir fuerzas que actuaban sobre el cuerpo físico hasta curarlo.

Tal era el sentido del sueño en el templo, al cual se recurría para enfermedades internas.

No se hacía tomar al enfermo ningún remedio, se lo hacía dormir en el templo. Se atenuaba su conciencia y se lo hacía contemplar los mundos espirituales. Se dirigían entonces sus experiencias astrales de tal manera que le suministraban las fuerzas que devolvían la salud a su cuerpo. Esto no es una superstición; es un misterio que era conocido por los iniciados; ellos sabían que podían introducir en las visiones del enfermo, fuerzas espirituales. Es por eso que la medicina estaba estrechamente ligada al principio de la iniciación; para curar se restablecían artificialmente las condiciones en que había vivido el hombre atlante. Y como el hombre, dormido, no oponía a su acción su conciencia de vigilia, las fuerzas necesarias para la curación podían operar sin obstáculos. Es con ese sentido que actuaba el sueño en el templo.

Durante la civilización egipcia reinaba todavía el principio que había actuado en la India, con los santos Rishis, discípulos del Manú, el Gran Maestro de la primera gran civilización; ellos dirigían por sí mismos los hechos y transmitían a sus discípulos las fuerzas de los planetas. Durante la primera cultura de la época postatlante, fueron los Rishis los que aportaron esa sublime enseñanza, por la cual los hombres eran conducidos hacia los mundos espirituales, hasta el Devakan superior.

Lo que ellos contemplaron allí entonces, descendió hacia el plano físico en el curso de las civilizaciones siguientes.

En el momento de la cuarta civilización postatlante, penetró en el plano físico la entidad de la que hemos hablado más arriba, bajo el nombre de Brahma, que nosotros llamamos el Cristo, que ya no iba a transmitir el espíritu, sino él mismo se hizo hombre para hacer irradiar sobre todos los hombres el poder misterioso del Verbo.

Así descendió el Verbo para hacer ascender al hombre. Es necesario que el hombre comprenda de qué manera se cumplió es-

te hecho, para hacer de él el instrumento de una acción que fecundará el porvenir. Debemos saber lo que ha sido antes de nosotros a fin de poder dar una forma cada vez más espiritual a lo que está en nosotros y a nuestro alrededor.

Debemos crear para el porvenir un mundo espiritual. Para ello, es necesario ante todo que abracemos al Cosmos con la mirada.

## V

### **Cómo se Formó la Trinidad del Sol, de la Luna y de la Tierra. Osiris y Tifón**

Hasta aquí hemos tratado de representarnos las relaciones que existen entre la evolución de la Tierra y del hombre. a fin de comprender cómo el pasado de la Tierra y los acontecimientos de su evolución se reflejan en el conocimiento humano, en el curso de las civilizaciones postatlantes.

Hemos descripto desde este punto de vista las experiencias profundas de los discípulos de los Rishis, y hemos visto que esas experiencias interiores del neófito representaban, bajo forma de imágenes espirituales, vistas por clarividencia, los acontecimientos que pasaron sobre nuestra tierra, cuando ella encerraba todavía el sol y la Luna. Hemos visto también qué alto grado de iniciación debía alcanzar el neófito hindú para llegar a formarse así una imagen del mundo, imagen de un pasado muy remoto.

Hemos visto igualmente lo que habían sentido los griegos, cuando, durante las campañas de Alejandro, tomaron contacto con la espiritualidad hindú.

El prototipo del hombre, contemplado en espíritu, el Brahman de los Hindúes, que fue llamado más tarde Yo Brahma

(Aham Brama) que los griegos llamaban Heracles, hemos tratado de representárnoslo como la reproducción en el plano del alma, de los hechos que pesaron realmente en otro tiempo.

Hemos visto ya que los períodos siguientes de la evolución de la tierra se repitieron en la civilización persa, continuado por la egipcia.

A los iniciados persas les aparecía bajo forma de cuadro lo que había pasado durante la segunda época, cuando el Sol se separó de la Tierra. Y lo que se produjo en la separación de la Luna, se hizo visión y principio de iniciación entre los egipcios, caldeos, babilonios y asirios.

Para poder penetrar profundamente en el alma de los antiguos egipcios, hay que ver más en detalle lo que pasó sobre la Tierra, en el momento en que el Sol y la Luna se separaron de ella.

Haremos abstracción de los grandes acontecimientos cósmicos y no estudiaremos más que lo que pasó en la Tierra misma. Si echamos una mirada sobre la Tierra en su primer estado, cuando estaba todavía unida al Sol y la Luna, no encontramos allí nuestros animales, nuestras plantas y todavía menos nuestros minerales. En su origen, la Tierra no estaba habitada más que por el hombre. Estaba compuesta solamente por gérmenes humanos.

Es cierto que sobre el antiguo Sol y sobre la antigua Luna habían sido depositados los gérmenes de las plantas y de los animales, que éstos también existían en la tierra primitiva, pero eran todavía gérmenes dormidos, que no parecían poder eclosionar jamás. Cuando el Sol se puso en movimiento, entonces las simientes de donde debían salir más tarde los animales, germinaron. Cuando el Sol se separó completamente de la Tierra, germinaron las simientes que debían dar más tarde las plantas. Cuando la Luna comenzó a retirarse de la Tierra, se formaron poco a poco los gérmenes de los minerales. He ahí lo que debemos retener.

Miremos ahora la Tierra misma. Cuando ella contenía el Sol y la Luna, no era más que una especie de nebulosa etérica de una inmensa extensión, que encerraba los gérmenes humanos vivientes y los gérmenes dormidos de los otros seres: animales, plantas y minerales. Ningún ojo humano hubiera podido percibir esos seres, porque el hombre no existía todavía sino en estado de simiente; no había pues ojos para ver; por eso no pueden hacerse visibles sino retrospectivamente para el clarividente. La descripción que hacemos se supone que corresponde a la visión que tendría alguien que se hubiera encontrado en esa época en un punto cualquiera del espacio cósmico. Sobre el antiguo Saturno, igualmente, un ojo físico no hubiera podido ver nada. En ese tiempo, la Tierra en su forma primera no era más que una niebla vaporosa, de la cual sólo era perceptible el calor.

En el seno de esta masa, de esta bruma etérica original, se formó poco a poco una esfera vaporosa y luminosa, que ya se habría podido ver, si hubieran existido en su época seres provistos de ojos. Y si se hubiera podido penetrar allí por el sentido del tacto, se hubiera tenido la impresión de un espacio caliente, un poco como la sensación que produce el interior de un horno. Esta masa nebulosa llegó a ser rápidamente luminosa. Y llevaba en sí todos los gérmenes de los que acabamos de hablar. No hay que cometer el error de creer que se trata allí de una neblina, de una nube como las que vemos hoy; todas las sustancias que son ahora líquidas o sólidas se hallaban allí entonces disueltas. Todos los metales, todos los minerales, todo estaba bajo forma de vapor, un vapor transparente, luminoso, una niebla penetrada de calor y de luz.

Tratad de representaros que os bañáis ahí dentro. La niebla etérica se ha convertido en un gas luminoso. Este se hace más y más claro, y la condensación progresiva del gas aumentaba la luz, de modo que en un momento, esta niebla tomó la apariencia de un gran sol que resplandecía en el espacio cósmico. Eso

aconteció realmente, en el momento en que la Tierra contenía todavía al Sol, en que ella era toda diáfana e irradiaba su luz en el universo. Esta luz permitió vivir sobre la tierra no solamente al Hombre en la forma que tenía entonces, sino también a otros seres superiores que, sin tener un cuerpo físico, están ligados a la evolución del hombre: los ángeles, los arcángeles, los arcai, etc. . Estos no estaban solos; en esta plenitud de luz vivían seres aún más elevados que ellos: las Virtudes o Exuxiai o Espíritus de la Forma; las Dominaciones o Dynamis o Espíritus del Movimiento; los Principados o Kiriotes o espíritus de la Sabiduría y aquellos que uno llama Tronos o Espíritus de Voluntad; en fin, menos estrechamente unidos a esta esfera luminosa, se separan de ella más y más los Querubines y los Serafines. La Tierra era un cuerpo celeste habitado por toda una jerarquía de seres inferiores y de entidades sublimes. Y esta luz que emitía en el mundo, de la cual, estaba penetrado todo su cuerpo, no era solamente luz, era también lo que debía llegar a ser más tarde el objeto de la misión terrestre: era la fuerza del amor.

El amor formaba la parte esencial de esta luz. Es pues necesario que nos representemos que no es solamente la luz física que brilla, sino que esta luz, está animada, espiritualizada por la fuerza del amor. Es una cosa difícil de imaginar para un espíritu moderno. ¿No hay hoy gente que describe el Sol como una simple esfera de gas de donde se escapa la luz?

Esa es la única representación, completamente material, que se hace actualmente del Sol, salvo los ocultistas. El que lee en nuestros días una descripción del Sol, tal como se la encuentra en los libros corrientes, estos libros que son el alimento espiritual de innumerables seres, no ha aprendido a conocer la verdadera naturaleza del Sol. Describir el Sol así, equivale a no ver en el hombre más que el cadáver. La descripción que da del Sol la física astronómica, corresponde a la realidad, en el mismo sentido que el cadáver corresponde a la realidad en relación al hom-

bre. El que no ve más que el cadáver, ignora lo que es esencial en el hombre; igualmente el físico que describe el Sol no lo ve realmente, cuando cree haber encontrado las partes componentes por el análisis espectral: lo que describe no es más que el cuerpo exterior del Sol. Cada rayo de Sol emite hacia todos los seres terrestres la fuerza de entidades superiores, que habitan en el Sol y con la luz del rayo descienden hacia nosotros las fuerzas de amor, esta fuerza que, sobre la tierra, irradia de un corazón a otro, de uno a otro hombre. El Sol no puede enviar a la tierra sólo una luz física; esta luz contiene lo que forma también el sentimiento de amor más apasionado, más intenso. Con él se derraman sobre la tierra las fuerzas de los Tronos, de los Serafines, de los Querubines, y de todas la jerarquías de entidades superiores que residen en el Sol y que no tienen necesidad de otro cuerpo que la Luz. Todo lo que se encuentra hoy en el Sol ha estado de otro modo unido a la Tierra; por eso es que todos esos seres también lo están todavía hoy.

No olvidemos que el hombre, que estaba en otro tiempo en el último grado de la escala de los seres superiores, existía ya en estado de germen, hijo recién nacido de la Tierra, traído y protegido por estas elevadas entidades, vivía en su seno. El hombre de esta época tenía, porque vivía todavía en el seno de la entidades divinas, un cuerpo mucho más sutil. La conciencia clarividente permite percibir que tal cuerpo no era más que una fina forma vaporosa, un cuerpo de gas o de aire, un cuerpo compenetrado y radiante de luz. Imaginemos una nube de forma regular, como un cáliz alargado hacia lo alto, y veámoslo todo lleno de luz y tendremos el hombre de ese tiempo, que comenzaba en esa época a adquirir una conciencia vaga, tal como la tienen las plantas hoy. Esto no quiere decir que los hombres fueran en esa época lo que son las plantas actuales; eran tenues como ligeras nubes compenetradas de luz y de calor, en forma de copa, ningún contorno fijo los separaba de la masa terrestre entera.

Tal era la forma humana de aquellos tiempos; un cuerpo físico luminoso que participaba todavía de la fuerza de la luz. Gracias a esta finura del cuerpo, no solamente el cuerpo etérico, el cuerpo astral y el Yo pudieron introducirse en el hombre al comienzo de su evolución, sino hasta las entidades espirituales elevadas, unidas a la Tierra, pudieron descender en él. En aquel tiempo el hombre estaba sumergido todavía como por raíces en el mundo de las entidades divinas, y estas lo compenetraban.

Es verdaderamente muy difícil describir la magnificencia de la Tierra, y dar una idea de lo que fue en esa época. Hay que representarse la Tierra como una esfera diáfana rodeada de nubes resplandecientes de luz, dando nacimiento a magníficos juegos de colores. Si se hubiera podido extender una mano hacia esa tierra para tocarla se hubiera percibido una impresión de calor. Masas luminosas y calientes poblaban el espacio, y en estas masas se hallaban todos los seres humanos de hoy, arropados, acunados en el seno de las entidades espirituales; éstas emitían, a raudales, hacia afuera, la luz resplandeciente. Exteriormente el universo terrestre en su variedad inmensa, dentro, el hombre bañándose en la luz unido a las entidades divinas y espirituales, de donde irradiaban olas de luz hacia los confines exteriores. El hombre estaba ligado al seno luminoso de nuestra Tierra, como por un cordón umbilical salido de la divinidad. En el seno cósmico del mundo vivía el hombre, la planta luminosa, confundido con el manto de luz de la Tierra. Bajo esta forma de planta vaporosa, el hombre era llevado y protegido por nuestra madre Tierra, unido todavía a su cordón umbilical.

Como hoy, bajo una forma más material, el embrión del niño es llevado y protegido en el cuerpo materno, así reposaba en otro tiempo, en tiempos muy remotos, el embrión del hombre en el cuerpo terrestre.

Después el Sol comenzó a desprenderse, llevando consigo las sustancias más finas que abandonaron a los hombres. Todo

lo que constituye hoy el Sol, abandonó nuestra Tierra dejándole las sustancias menos espirituales.

Al mismo tiempo que el Sol se separaba, el vapor terrestre se condensó en agua, y hubo, en lugar de una tierra nebulosa, una esfera terrestre líquida. En el centro se encontraban las aguas primitivas, pero no rodeadas de aire; lentamente las aguas se transformaron en nieblas espesas, que se hicieron más y más finas. La Tierra de esta época es pues una Tierra líquida; con sustancias blandas; rodeadas de nieblas que se aligeran más y más hasta las esferas superiores donde tienen la forma de vapores muy finos. Así es como se presenta a nuestros ojos nuestra Tierra de esos tiempos. Ella se había transformado y los hombres debieron sumergir su forma gaseosa, luminosa, en esas aguas turbias, encarnarse allí bajo formas de masa líquida en el seno del agua, como habían sido forma de gas en el seno de la masa gaseosa. El hombre se convirtió en forma líquida, pero no en su totalidad. Jamás el hombre ha estado sumergido totalmente en el agua, la Tierra era enteramente líquida en el centro y el hombre sólo era parcialmente una forma líquida; alcanzaba la envoltura de vapor, de suerte que era a medias líquido y a medias gaseoso. Debajo, en el agua, el hombre no habría podido recibir jamás las fuerzas del Sol la masa líquida era tan densa, que la luz del Sol no podía atravesarla. Por el contrario, aquella podía penetrar un poco en la masa gaseosa, de modo que el hombre vivía en parte en el agua oscura, privada de luz, y en parte en el vapor bañado por esta luz. Algo, sin embargo había quedado en la masa líquida que vamos a describir ahora.

En el comienzo, la Tierra no era solamente luminosa, resplandeciente, era también musical, y el Sonido le había quedado cuando la luz la abandonó; cuando el agua se puso oscura, ella quedó interiormente penetrada por el Sonido, y este Sonido justamente es el que dio su forma al agua, como se ha observado, por otra parte, mediante la experiencia tan conocida de física. El

Sonido es una fuerza formativa, creadora, que distribuye y ordena las partes de un todo. Y es esta fuerza del Sonido que había quedado en la Tierra.

El sonido, la tónica que resuena a través de la tierra, ha dado nacimiento a la forma humana. La luz podía penetrar hasta esa parte del hombre que sobresalía de la masa líquida. Abajo, un cuerpo líquido, arriba un cuerpo gaseoso acariciado por la luz exterior, hasta el cual llegaban los seres que se habían alejado con el Sol. Antes, cuando el Sol estaba todavía unido a la Tierra, el hombre vivía en su seno; en lo sucesivo, ellos enviaron su luz brillante hacia él, penetrándolo con su fuerza.

Pero no olvidemos que después de la partida del Sol, habían quedado unidas a la Tierra fuerzas que debían separarse de ella: las fuerzas de la Luna. En esta época pues, en el momento en que el Sol acababa de irse de la Tierra, la forma humana, semejante a un vegetal debió sumergirse en el cuerpo líquido de la Tierra. La forma que él tomó entonces, la encontramos degenerada, fijada en los peces que son los restos decadentes de los seres humanos de otrora. Imaginemos un ser semejante a un pez de oro, con forma extraordinaria de planta, sumamente móvil, pero lleno de nostalgia, porque la luz le había sido arrebatada al agua. La luz no estaba más allí y su ausencia provocó una muy profunda nostalgia. Hubo un instante en la evolución de la Tierra, en que el Sol no se había separado completamente de ella; se podía ver la forma humana todavía bañada de luz, hallándose la parte superior en la atmósfera solar y tomando ya la parte inferior la forma de los peces.

La mitad de la forma humana vivía en la sombra y estaba animada por instintos muy bajos porque en esta parte residían las fuerzas de la Luna.

Sin estar todavía petrificada como lo está la lava sobre la Luna actual, estaba animada por fuerzas muy oscuras. Solo las partes más bajas del astral podían permanecer allí. Pero en lo alto,

la cabeza por así decirlo, estaba en forma vaporosa penetrada por una luz que le daba su forma, de modo que el hombre estaba compuesto por una parte superior y una inferior. Nadando y planeando a la vez se desplazaba en esta atmósfera vaporosa. La atmósfera densa de la Tierra no estaba hecha de aire todavía, estaba constituida por vapor. No por aire que habría podido atravesar el Sol. El calor podía atravesar esta atmósfera, pero la luz no. El rayo de Sol no podía acariciar más que la superficie de la Tierra; el océano terrestre quedó oscuro. En este océano se hallaban contenidas las fuerzas que formando la Luna, se separaron enseguida de la Tierra. Al mismo tiempo que las fuerzas de la luz entraban los dioses, penetrando solamente por la fuerza del sonido y en la periferia el vapor, en el cual resplandecían las fuerzas del Sol. De manera que el hombre con la parte de su cuerpo que sobresalía de la superficie líquida, participaba todavía de la luz, del amor que descendía hacia él del mundo espiritual ¿por qué el oscuro núcleo líquido de la Tierra era penetrado por el mundo de los sonidos?

Porque uno de los altos espíritus del Sol había quedado atrás, había ligado su destino al de la Tierra. Es el espíritu que conocemos bajo el nombre de Ihavé o de Jehová. Solo él quedó con la Tierra, se sacrificó y su ser más íntimo es el que dio una forma a la Tierra líquida, la hizo vibrar, resonar.

Pero habiendo quedado mezcladas a la Tierra líquida las fuerzas más malvadas, las más terribles, la parte superior y vaporosa del hombre descendió más y más y poco a poco, la forma vegetal se transformó en una especie de anfibio. Esta forma que en la escala de los seres es muy inferior a lo que llegó a ser el hombre después, es descrita en las leyendas y las mitologías con el nombre de dragón, de salamandra. Y la otra parte del hombre, la que habita las regiones luminosas, se presentaba como un ser que no puede caer, que combate la naturaleza inferior, un San Miguel, por ejemplo, el vencedor del dragón, o un San

Jorge. Sigfrido representa otro aspecto de esta lucha con el dragón, de esta dualidad que representaba entonces la forma humana. El Calor penetró después la parte superior de la Tierra, y al mismo tiempo la parte superior del hombre físico e hizo de él una especie de dragón de fuego. Pero por encima se elevaba el cuerpo etérico, en el cual era conservada la fuerza del Sol. Tenemos así una forma que el Antiguo Testamento a presentado a justo título, bajo el aspecto de serpiente tentadora, que es también ella un anfibio, un ser doble.

Se aproximaba el momento en que las fuerzas más bajas iban a ser expulsadas de la Tierra. Catástrofes gigantescas la transformaron y las formaciones basálticas actuales aparecen al ocultista como los restos de la acción de las fuerzas purificadoras que sacudieron el cuerpo de la Tierra, cuando la Luna se separó de ella. Es también el momento en que la parte central y líquida de la Tierra se espesa más y más y se forma el núcleo mineral sólido. Por una parte la Tierra se condensó al perder la Luna, y por otro lado las partes superiores de su atmósfera abandonaron a las partes inferiores sus sustancias más pesadas, las menos finas y en lo alto se formó poco a poco algo que llegó a ser semejante a nuestro aire, aunque todavía estaba cargado de agua. La tierra tuvo en su centro un núcleo sólido y el agua lo rodeó por todas partes. La neblina de la periferia era al principio impenetrable a los rayos del Sol, pero a medida que ciertas sustancias la abandonaron, se hizo más y más liviana. Mucho más tarde, se transformó en aire, y poco a poco los rayos del Sol que no podían alcanzar la Tierra, pudieron atravesar la Atmósfera.

Llegamos a una fase de la evolución que vamos a tratar de presentarnos muy bien. Antes el hombre sumergido a medias en el agua, emergía a medias en la niebla; en el momento en que la Tierra llega a ser más densa, el hombre líquido adquiere la posibilidad de hacer su forma más dura, de tener un sistema óseo. Endureciéndose, la parte superior del ser humano se transforma,

adquiere una nueva facultad que no tenía antes, la de respirar el aire. En esta época encontramos, por primera vez, pulmones.

La parte superior del hombre estaba expuesta antes a la luz, pero ésta no podía penetrar más allá. En lo sucesivo, el hombre encuentra en su oscura conciencia la impresión de la luz. Para él, son fuerzas divinas que le son derramadas, que irradian hacia él. En esta época de transición tiene la impresión de que esa radiación se divide en dos partes: el aire, el soplo de aire que penetra en su cuerpo; y la luz que ahora le llega; en adelante, el aire le penetra y el hombre en ese momento adquiere esta percepción. La fuerza que sentía antes por encima de mí me da esto, lo cual tengo necesidad ahora de respirar: antes la luz me hacía las veces de respiración. Antes, el aire y la luz se confundían. Ahora, están separados, el soplo de aire terrestre que penetró en el hombre le anunció al mismo tiempo que iba a entrar en un mundo nuevo. Mientras sólo había existido la luz, el hombre no había conocido el nacimiento y la muerte. Antes, cuando no era todavía más que una nube diáfana, se transformaba, a veces, un poco como uno se cambia de vestidura y no tenía la impresión de nacer o de morir, se sentía eterno. El nacimiento y la muerte no eran para él sino un cambio en medio de otros.

Con el primer soplo de aire lo penetró la conciencia del nacimiento y de la muerte: "El aire, el soplo, se separó de su hermano, el rayo de luz"; tal eran las impresiones del hombre de ese tiempo. "Se separaron así los seres que otrora estuvieron unidos, lo que trajo la muerte".

¿Cuál es pues este ser que ha borrado, matado en el hombre la conciencia y que se expresaba así: "Mi forma es oscura, pero estoy unido al ser eterno"? Es el soplo de aire que penetró en el hombre, Tifón; Tifón quiere decir soplo de aire. El alma egipcia reviviendo lo que había pasado, es decir la separación del rayo original en rayo de luz y en soplo de aire, lo representa simbólicamente en la muerte de Osiris por Tifón o Set, el soplo de viento.

Ese es el gran acontecimiento cósmico que oculta el mito egipcio de Osiris matado por Tifón. Para el egipcio, el Dios que venía del Sol y vivía en paz con su hermano, es Osiris. Tifón era el aire que respiramos, que ha hecho del hombre un ser mortal.

He ahí uno de los ejemplos más sorprendentes de la manera en que los hechos de la evolución del mundo se repiten en el conocimiento interno de los hombres.

Así nació la Trinidad: Sol, Luna y Tierra. Todo esto era enseñado al neófito egipcio en imágenes de una gran profundidad, depositadas intencionalmente en su conciencia.

## VI

### **La Influencia de Isis y de Osiris Algunos Hechos de Anatomía y Fisiología Ocultas**

La evolución de la Tierra, del sistema solar, la evolución del hombre, tal como acaban de ser descriptas, tal vez hayan chocado a más de uno. Tal vez nos haya parecido que estas extrañas afirmaciones venían a contradecir opiniones familiares y os habéis dicho: Hemos visto que las fuerzas más perniciosas de la evolución están ligadas a la Luna hasta tal punto que la Luna debe separarse de la Tierra para que ésta se encuentre en condiciones propicias al progreso del hombre. Pero ¿dónde está en todo eso la luna poética que conocemos, esa dulzura romántica, nacida sin embargo de sentimientos reales, hecha de todos los efectos mágicos que la luna ejerce sobre el hombre? El contraste sólo es aparente, y desaparece desde el instante en que estudiamos los hechos, no ya desde uno de sus lados, sino abrazando a la vez todos sus aspectos. Si examináramos hoy las propiedades físicas de la masa solar, veríamos que es impropia para sustentar la vida tal como ella se manifiesta sobre la Tierra.

Al mismo tiempo es necesario que constatemos que la fuerza etérica ligada a las sustancias físicas de la Luna se ha debili-



tado, decaído, al lado de nuestra propia vida etérica. Y si llegáramos a estudiar, con la ayuda de la clarividencia, la astralidad de los seres lunares —de los cuales nos es perfectamente permitido hablar— podríamos convencernos de que se encuentran allí sentimientos más malos, más bajos, más ruines, de la más fea expresión que lo que de ellos existe sobre la Tierra. Hay pues sobre la Luna, seres, elementos que, tanto a causa de su físico, de su etérico, como de su astralidad, han debido ser arrojados de la Tierra, a fin de que ésta pudiera continuar su camino, liberada de su influencia perniciosa.

Sin embargo, cuando se ha constatado que una cosa es mala, no es necesario quedarse ahí. Porque en la evolución, la existencia de todo lo que es bajo y vil, corresponde a algún acontecimiento importante. Es menester que todo lo que ha caído en las esferas inferiores sea purificado, elevado, por otros seres más perfectos, a fin de poder colaborar todavía en el trabajo universal. Cuando encontramos en algún sitio del universo seres particularmente bajos, podemos estar seguros de que su destino está ligado al de seres elevados, tan ricos, en belleza, en perfección, que pueden conducir hacia el bien a las fuerzas más malas.

Y si todo lo que es inferior está unido a la Luna, es cierto que, por otra parte, los seres mejores, los más perfectos, están ligados a su existencia. Y sabemos que sobre la Luna reside, por ejemplo, la muy alta entidad espiritual de Iahvé; un ser tan perfecto, dotado de tal fuerza, de tal riqueza y ayudado por numerosos grupos de buenos servidores. Los seres más bajos dejaron la Tierra al mismo tiempo que la Luna; pero, simultáneamente fueron allí los seres capaces de transformar el mal en bien, la fealdad en belleza. Eso no hubiera podido hacerse si hubieran quedado las fuerzas malas en el cuerpo de la Tierra; era necesario que le fueran retiradas.

Pero ¿por qué todo eso, por qué la fealdad, por qué el mal? El mal era necesario porque sin su influencia, el hombre no ha-

bría podido evolucionar, no habría podido llegar a ser un ser autónomo, independiente, perfecto. Recordemos nuestro estudio precedente: hemos visto que la naturaleza inferior del hombre estaba sumergida en el agua, que la mitad de su ser sobrepasaba la sombría masa líquida de la Tierra. En ese tiempo no había huesos, no había forma humana fija. El hombre era un ser vegetal, semejante a una flor, pasando por una continua metamorfosis. Y hubiera quedado ahí, sin la acción de las fuerzas lunares. Si la Tierra hubiera quedado expuesta únicamente a la influencia del Sol, la movilidad, la inestabilidad del hombre hubieran aumentado extraordinariamente; La Tierra hubiera evolucionado con una rapidez que el hombre no habría podido soportar; jamás hubiera podido nacer la forma humana actual. En oposición, si hubieran actuado solo las fuerzas de la Luna, el hombre se habría al punto petrificado; su forma habría quedado inmutable desde el instante de su nacimiento; habría llegado a ser una momia para siempre. El hombre se desarrolla hoy a igual distancia de los dos extremos, entre la movilidad sin fin y la detención de la forma. La Luna física no es más que escoria porque las fuerzas que fijan la forma residen en ella. Solo las altas entidades poderosas que están unidas a la Luna, pueden actuar en el interior de esas formas.

Dos grupos de fuerzas dirigen su influencia hacia la Tierra; las fuerzas del Sol y las de la Luna, las unas estimulantes, las otras petrificadoras.

Imaginad que un inmenso gigante viene a robar al Sol; en el mismo instante seríamos coagulados como momias y tan duramente que ya no podríamos volver a tener nuestra forma jamás. Pero supongamos que un gigante viniera a robar la Luna; todos los bellos gestos medidos, modulados, armoniosos, que podemos hacer, desaparecerían, darían lugar a tics nerviosos. Estaríamos interiormente en continuo movimiento; nuestra movilidad nos permitiría transformaciones incesantes; podríamos alargar la

mano de pronto indefinidamente, después encogerla. La fuerza de metamorfosis invadiría todo. Actualmente el hombre se mantiene en equilibrio entre esos dos grupos de fuerzas.

El Cosmos está lleno de sabiduría, no solamente en las sustancias y las formas que allí se encuentran, sino también en las relaciones de las cosas entre sí. Y para evocar ante nuestra alma la sabiduría infinita que lo anima, vamos a estudiar una de esas relaciones en conexión con Osiris.

El egipcio veía en Osiris la influencia del astro solar sobre nuestra tierra en la época en que aquella estaba todavía envuelta en neblinas vaporosas, en que el aire todavía no existía; para él el instante en que comenzó a respirar es aquel en que se separó la entidad Osiris-Set.

El aire penetró en nosotros por la acción de Set o Tifón, que es del viento, que se separó de la luz del Sol y Osiris no fue más que esa luz.

Es también el momento en que el hombre se somete al nacimiento y a la muerte. Lo que antes se efectuaba por un cambio de forma, un poco como un vestido que uno se pone y se quita, se transformó profundamente.

En los tiempos en que las fuerzas que provenían de las elevadas entidades solares, todavía no habían dejado la Tierra, si el hombre hubiera sido capaz, en ese tiempo, de experimentar un sentimiento hubiera elevado, hacia esos seres solares, una mirada plena de gratitud. Pero cuando el Sol se alejó de la Tierra más y más se disipó la niebla en que residía la naturaleza humana superior, el hombre, incapaz de percibir la influencia directa del Sol, comenzó a hacerse consciente de él. Cuanto más se sumergía en la parte inferior de su ser, más consciente de sí mismo se hacía.

¿Pero por qué la entidad que conocemos bajo el nombre de Osiris se ha oscurecido? Con la partida del Sol, la luz cesó de obrar, pero Iahvé quedó sobre la Tierra hasta el momento en que

se retiró la Luna; Osiris era el espíritu que encerraba en sí la esencia solar cuando la Luna se separó de la Tierra, y recibió la misión de acompañarla para emitir desde ahí los rayos solares reflejados hacia la Tierra. Hemos visto al Sol retirarse primero; Iahvé queda en la Tierra con los suyos, con Osiris. El hombre aprende a respirar. Al mismo tiempo se retira la Luna; Osiris parte con ella y recibe la tarea de reflejar la luz del Sol hacia la Tierra. Cuando la leyenda dice que Osiris es depositado en un cofre, eso significa que se retira con la Luna. Antes, el hombre recibía la acción de Osiris desde el Sol; él tiene la impresión, en adelante, de que lo que le venía antes del Sol, le viene ahora de la Luna. Cuando irradiaba hacia Egipto la luz lunar el hombre decía: “Eres tú, Osiris, que, en la Luna, haces brillar sobre mí la luz del Sol, la esencia de tu ser”.

Pero la luz del Sol, es reflejada por la Luna bajo una forma diferente cada día. La primera, es cuando la Luna no es en el cielo más que una media luna muy fina; la segunda, es la Luna del segundo día, ya más fuerte, y así siguen catorce formas que corresponden a los catorce días hasta la luna llena. Durante catorce días Osiris está vuelto hacia la Tierra bajo catorce formas diferentes que presenta el disco lunar.

Son extremadamente importantes esas catorce formas, esas catorce fases por las que la Luna, es decir Osiris, atraviesa, para volver a enviarnos la luz del Sol, que están unidas, en el Cosmos, al acontecimiento por el cual el hombre aprendió a respirar. El hombre no pudo respirar hasta que este fenómeno se desarrolló perfectamente en el cielo; solamente entonces, el hombre se unió al mundo físico y el primer germen del Yo nació en su ser.

El conocimiento egipcio se revistió más tarde de esa leyenda que acabamos de describir: Osiris, gobernaba en otro tiempo la Tierra, pero un día apareció Tifón, el viento. (Es la época en que el agua se condensa completamente como para que aparezca el aire, y en que el hombre aprende a respirar). Tifón ha vencido a

Osiris, lo ha matado, lo ha puesto en un cofre y lo ha entregado al mar. ¿Cómo podría expresarse el acontecimiento cósmico por una imagen más rica en sentido? Al principio reina el Dios solar Osiris, después es echado fuera con la Luna; la Luna es el cofre que es arrojado al océano cósmico; Osiris se encuentra en lo sucesivo en el espacio. La leyenda agrega que cuando Osiris es reencontrado, su cuerpo está cortado en catorce fragmentos. Ha sido dividido en catorce pedazos, enterrados en catorce lugares diferentes. Ahí está el símbolo maravilloso de un proceso cósmico. Las catorce caras de la Luna, las fases lunares, son los catorce pedazos del cuerpo de Osiris despedazado. Osiris entero es el disco lunar visible. Todo esto tiene desde luego, el aspecto, de no ser nada más que un símbolo.

Pero veremos que detrás de eso hay una realidad. Llegamos ahora a una clave sin la cual no se puede tener acceso a los misterios del Cosmos.

Si esta armonía entre las fuerzas del Sol, de la Luna y de la Tierra no se hubiera realizado, si la Luna no hubiera aparecido bajo catorce fases diferentes, hay algo que no se hubiera producido. Cada una de ellas ha ejercido una influencia capital en la evolución del hombre sobre la tierra.

Os voy a decir algo que os va a sorprender, pero que es, sin embargo, exacto. En otro tiempo, antes que Osiris se retirara de la Tierra, el hombre, bajo su forma luminosa, estaba desprovisto de algo que es hoy de la mayor importancia: la médula espinal. Sabéis que de ella parten nervios. Estos tampoco existían, aún en germen, en la época en que la Luna estaba todavía unida a la Tierra. Las catorce fases de la Luna, en su orden de sucesión, tuvieron por resultado la formación de catorce cordones nerviosos, a lo largo de la columna vertebral. Gracias a la acción de las fuerzas cósmicas, las catorce fases o formas de la Luna, correspondieron a catorce nervios. Tal es el resultado de la acción de Osiris.

El ciclo lunar corresponde también a otra cosa: porque esas catorce fases, no son todavía más que la mitad de ellas. Hay catorce de la Luna nueva a la Luna llena, y otros catorce de la Luna llena a la Luna nueva.

Durante este segundo período, no se hace sentir la influencia de Osiris. Es su faz oscura la que la Luna vuelve hacia la Tierra, hay catorce fases desde la luna nueva a la llena y otras catorce desde la luna llena a la nueva y a estas catorce fases la conciencia egipcia la expresaba bajo la forma de Isis.

Esas catorce fases son regidas por Isis. Gracias a la acción de Isis, otros catorce cordones nerviosos tienen su punto de partida en la médula espinal. Hay pues en total veintiocho cordones nerviosos, que corresponden a las diferentes fases de la Luna. He aquí como los acontecimientos cósmicos están en el origen de ciertas partes del organismo humano. Pero, en realidad, el hombre no tiene solamente veintiocho, si el año lunar coincidiera con el año solar. Ahora bien, el año solar es más largo que el año lunar y esta diferencia es la que ha provocado la formación de cordones nerviosos suplementarios. Así es como hallamos en el organismo humano la influencia de Osiris y de Isis venida de la Luna. Otra cosa más está vinculada con este hecho.

Hasta el momento en que la Luna comenzó a actuar desde fuera de la Tierra no había dos sexos, había un ser humano a la vez masculino y femenino. La separación de los sexos se produjo bajo la acción alternada de Isis y Osiris, alternancia que nos viene de la Luna, y según sean los nervios de Osiris o los de Isis los que ejercen una acción más grande sobre el organismo hacen del ser humano un hombre o una mujer.

Un organismo en que es preponderante la influencia de Isis, se hace masculino, un cuerpo donde prevalece la influencia de Osiris, llega a ser femenino. Naturalmente las dos fuerzas actúan en cada ser, hombre o mujer pero de tal suerte que en el hombre el cuerpo etérico es femenino y en la mujer, masculino. Esa es

una de las relaciones maravillosas que unen el ser humano a las fases de la vida cósmica.

Hemos visto que no solamente las fuerzas de los cuerpos celestes, sino también las diferentes combinaciones de sus posiciones recíprocas tienen acción sobre el hombre. Bajo la influencia de los veintiocho cordones nerviosos que parten de la médula espinal se forman el organismo masculino y el organismo femenino. Veamos ahora un hecho que nos aclarará profundamente el Cosmos y las relaciones que tiene con la evolución del ser humano.

Estas fuerzas son las que dan su forma al hombre, pero esta forma no se coagula; se establece un equilibrio entre la influencia del Sol y de la Luna. No olvidemos que en lo que va a seguir no se trata de un símbolo cualquiera, sino de hechos reales.

¿Quién es Osiris en su origen, el Osiris no dividido? ¿Quién es el Osiris despedazado? Lo que no formaba más que uno en el hombre anteriormente está ahora dividido en veintiocho nervios. En nosotros mismos se ha cumplido la fragmentación. Sin ello, la forma humana no habría nacido jamás. ¿Qué es lo que se formó al principio bajo la influencia del Sol y de la Luna?

La colaboración de todos los cordones nerviosos no provocó solamente la diferenciación exterior de los sexos, sino que igualmente en el alma del ser humano algo se formó bajo la influencia del doble principio masculino y femenino. La acción de Isis sobre el organismo tuvo por resultado el pulmón. El pulmón es el regulador de las influencias de Tifón o Set. Y de Osiris vino la influencia que hace activo a este órgano debido a la fuerza femenina, que activó al pulmón por medio de la respiración.

Los efluvios que parten del Sol y de la Luna regulan la doble acción del principio masculino y femenino y hace que haya en cada ser femenino un principio masculino que da nacimiento a la laringe; y a la inversa, el ser masculino da nacimiento al principio femenino: el pulmón.

Isis y Osiris están activos en toda alma humana. Todo ser humano participa de los dos sexos porque tiene dos pulmones y una laringe. Cada ser, sea hombre o mujer, tiene el mismo número de nervios. Después de haberse elevado así fuera de las regiones inferiores de la naturaleza humana, Isis y Osiris han engendrado un hijo, el creador (el prototipo) del hombre terrestre del porvenir. Han dado nacimiento a Horus, Isis y Osiris han engendrado un hijo, a quien cuida y protege su madre, es el corazón humano, al que abriga las alas de los pulmones, representado en la madre Isis. Esta concepción egipcia nos muestra que en las antiguas escuelas de misterios, se consideraba la parte superior del ser humano como el producto de una doble acción masculina y femenina; es lo que el hindú llamaba Brahma. El neófito veía ya en la forma original del hombre ese ser superior que aparecía a los egipcios como el niño Horus.

Y el neófito hindú oía decir: Todo eso ha nacido del sonido primordial, del Vha, el sonido que se diferencia en numerosos sonidos. Esta experiencia del neófito hindú nos ha sido conservada en un pasaje curioso del Rig Veda. He aquí ese pasaje: "Hacia el hombre llegan los siete de lo bajo, los ocho de lo alto, los nueve de atrás, los diez de las bóvedas del paladar y los diez del interior, mientras la madre se ocupe del hijo que debe beber". He aquí un pasaje extraño. Representémonos bien esta Isis, de la cual se ha hablado en el pulmón. De Osiris que os he descrito, el aparato respiratorio, y reflexionemos como la voz aparece a través de esos órganos, cómo se diferencia en sonidos que vienen del paladar o de los pulmones, después se forman sílabas. Estas sílabas vienen de diferentes lados: siete de abajo, de la laringe, etc. La vida misteriosa de todo nuestro aparato respiratorio se encuentra resumida en esa frase, ahí donde se diferencia y se forma el sonido, el pulmón; el niño es el corazón humano, formado por tantas influencias diferentes y de donde vienen los impulsos que animan la voz humana.

Así es como se revela al neófito la vida misteriosa que anima el Cosmos, tal como se había desarrollado en el curso de los tiempos.

Veamos luego cómo los otros órganos del cuerpo humano vinieron a agregarse a estos.

Esta ciencia egipcia esotérica es al mismo tiempo un capítulo de anatomía tal como era enseñada en las escuelas egipcias secretas en la medida en que se conocían las relaciones existentes entre las entidades etéricas y el cuerpo físico del hombre.

## VII

### **El Desarrollo del Organismo Humano Hasta la Partida de la Luna Osiris e Isis Forman la Parte Exterior del Ser Humano**

En las conferencias precedentes, hemos recorrido un largo ciclo de acontecimientos que conciernen a las relaciones entre la evolución de la Tierra, el sistema solar y la naturaleza humana. Estamos aplicados particularmente al estudio de los acontecimientos de esta evolución que uno encuentra en los misterios egipcios, misterios conocidos a la vez por neófitos y el pueblo entero. Mediante la visión clarividente, el neófito adquiriría todos estos conocimientos que hoy vamos a estudiar más de cerca. La gran masa del pueblo, que no podía elevarse hasta la clarividencia, aprendía todo eso con la ayuda de un profundo simbolismo; el más importante de toda la concepción egipcia, y del cual ya hemos hablado: la leyenda de Isis y Osiris. Todo el mundo conoce esa leyenda y adivina que tiene un sentido.

Para el egipcio no era solamente una hermosa historia: he aquí aproximadamente cómo era contada.

En tiempos antiguos reinó largo tiempo, para felicidad de los hombres, Osiris; reinó hasta una cierta época, caracterizada más

tarde por el hecho de que el Sol se encontraba en el signo de Scorpio, en este momento su hermano, Tifón o Set, mató a Osiris. Lo mató haciéndolo entrar en un cofre que cerró y arrojó al mar. Isis, la hermana y esposa de Osiris, buscó a su hermano y esposo, y cuando lo hubo encontrado, lo llevó a Egipto.

Pero Tifón el malvado, quiso hacerlo desaparecer otra vez y lo cortó en pedazos. Isis encontró los diferentes pedazos y los enterró en lugares distintos. (Se muestran todavía hoy en Egipto, diversas tumbas de Osiris).

Después Isis tuvo un hijo, Horus, que vengó en Tifón la muerte de su padre Osiris. Este retomó su lugar en el mundo de los seres espirituales divinos y si bien no vive en la Tierra trabaja para el hombre cuando éste reside en el mundo espiritual entre la muerte y un nuevo nacimiento. Por eso en Egipto se llamaba "el camino que conduce a Osiris", el recorrido por el muerto. Tal es la leyenda que corresponde a los elementos más antiguos de la mitología egipcia. En tanto que muchas otras partes de esta concepción han sido transformadas o aumentadas, la leyenda de Osiris se ha mantenido a través de todos los cultos de Egipto tanto tiempo como vivieron las religiones egipcias.

Después de rememorar esta leyenda, en la cual son resumidos hechos reales, tal como el neófito los contemplaba en los misterios sagrados de las escuelas esotéricas, volvamos al estudio más detallado, comenzado ayer, de la influencia de las diferentes fases de la Luna sobre el hombre.

Hemos visto que veintiocho cordones nerviosos que parten de la médula espinal corresponden a las veintiocho fases diferentes de la Luna, durante las cuales ella cumple un ciclo completo. Hemos penetrado el misterio de las fuerzas cósmicas que han provocado en el hombre la formación de esos veintiocho pares de nervios. Voy a pedirlos ahora toda vuestra atención: Vamos a ver, tan exactamente como es posible hacerlo en el cuadro de un esquema tan breve, lo que el neófito egipcio

aprendía en lo referente al desarrollo ulterior del hombre. Esta descripción hará decir a aquellos cuyas ideas modernas en anatomía ya se han formado demasiado profundamente: ¡Pero esto es una majadería! Dejémoslo decirlo. Que sepan solamente que esa es la doctrina de la cual los neófitos egipcios tuvieron la visión clarividente. Hablo ahora para aquellos cuyo corazón puede seguirme.

Esta doctrina no es solamente el fruto de la visión oculta de los egipcios; es todavía una verdad para el ocultista moderno y se le muestra exactamente bajo el mismo aspecto.

El clarividente egipcio pudo ver, lo mismo que el hindú, la forma original que el hombre debía realizar más tarde. El pudo seguir en espíritu la lenta formación progresiva del germen humano. La primera forma que tomó ese germen, en el momento en que el Sol estaría unido todavía por largo tiempo a la Tierra, era la de una especie de planta, cuya corola estaba abierta hacia el cielo. Estas formas nacidas de la niebla original llenaban por así decirlo toda la Tierra. Pero en el mismo principio de su formación, en el momento en que ellas nacieron, como una corona de corolas abriéndose al espacio cósmico, eran apenas visibles; se hubiera podido percibir únicamente su calor aproximándose a ellas. No eran más que un cuerpo de calor. Cuando todavía el Sol estaba unido a la Tierra, esta forma comenzó a brillar y a emitir en el espacio cósmico rayos de luz.

Si en esta época un ser dotado de vista como los hombres de hoy, se hubiera aproximado a esta forma luminosa, hubiera distinguido como una esfera titilante, radiante, como un Sol brillante, que enviaba al espacio rayos luminosos. Apenas se puede uno dar una idea de lo que era la Tierra en aquellos tiempos. Para imaginárselo, habría que representarse que en una noche muy pura, el suelo estuviera cubierto de luciérnagas que irradiaban su luz en el espacio. Así brillaba en el mundo la forma humana cuando el Sol estaba todavía unido a la Tierra. Casi en la misma

época una especie de cuerpo gaseoso se formó alrededor de esta inmensa corola.

Ese gas contenía en suspensión muchas sustancias, como hoy se encuentran en el cuerpo del hombre y de los animales numerosas sustancias líquidas o sólidas; todas ellas eran entonces gaseosas. Pero poco después, otros gérmenes salieron además del seno de la Tierra; los primeros gérmenes del reino animal actual; el hombre apareció primero, después vinieron los gérmenes de los animales. Toda la Tierra entera se componía además de una masa de aire, hecha de cuerpos luminosos brillantes en el espacio, en esta masa apareció el primer germen de los animales sexuales, que se encontraban entonces en la última escala de nuestro reino animal actual, y veremos que estos animales han tenido una cierta importancia para el desarrollo del hombre.

Así es como se bosquejaron los primeros gérmenes de los animales, y, lo que es más importante, es que formaron en ese momento las masas gaseosas más duras. Ellos se desarrollaron a través de muchas metamorfosis.

Cuando el Sol dejó la Tierra, la forma animal más evolucionada era la de los peces. Pero no era la forma actual aunque ella se encontraba en el mismo grado de evolución. Nuestros peces han fijado en su forma el nivel de evolución que se alcanzó antes que el Sol dejara la Tierra.

Esta se condensó, se hizo líquida. En esa masa terrestre líquida nadaban las formas más densas de los animales. Entonces se produjo un acontecimiento singular. Algunas de esas formas originales quedaron como animales y no continuaron progresando con la evolución. Pero otras entraron en relación con las formas humanas y de la manera siguiente:

En el tiempo en que el Sol se separó de la Tierra, ésta comenzó a girar sobre su eje; las caras de la Tierra se presentaron alternativamente a la luz y esta alternancia de luz y de sombra formó el día y la noche.

Pero en esta época, los días y las noches eran sensiblemente más largos que hoy. Cada vez que una de esas formas humanas ahora más densas, se encontraban sobre el lado de la Tierra iluminado por el Sol, una de las formas animales venía a unirse a ella por debajo, en la masa líquida de la Tierra.

La forma animal se unía a la forma humana: en lo alto, la forma humana; en lo bajo, la forma animal. Muy desarrollada y tendida hacia el Sol, la parte superior se iba debilitando hacia abajo y ahí venía a agregarse el cuerpo animal. Por el hecho de que las fuerzas del Sol pasaban a través de la naturaleza superior del hombre, abierta como una flor, llegaban a actuar sobre las fuerzas interiores de la Luna y de la Tierra. Al cuerpo humano venía a agregarse una forma animal que se encontraba al nivel de evolución de los peces: por eso se dice que el Sol se encontraba en esa época en el signo de Piscis. En efecto, en el cielo, el Sol se encontraba realmente en ese signo pero pasó todavía varias veces por esta constelación antes que naciera la forma siguiente. El punto donde comenzó a dibujarse lo que estudiamos en este momento, está situado en la época en que, en el cielo, el Sol estaba en esta constelación: recibió justamente ese nombre porque la forma animal que se unió al hombre se hallaba en esa época en el mismo grado de evolución que los peces.

Sabemos que en ese estadio de la ••• la Luna y la Tierra todavía no formaban más que un cuerpo. Iahvé, en el momento en que el Sol se separó de la Tierra, quedó con las fuerzas de la Luna, y entre sus servidores se hallaba el Dios que los egipcios llamaban Osiris. La evolución prosiguió de manera singular hasta el momento en que la Luna se separó de la Tierra.

Antes de la partida de la Luna, la Tierra era líquida y las formas humanas tomaban allí aspectos cada vez más groseros. En el momento de la partida de la Luna, la parte inferior del ser humano se encontraba casi a nivel de la salamandra de agua. Es lo que la Biblia llama serpiente, lo que se denomina también el dra-

gón. A medida que la Luna se aleja, el reino animal penetra más y más la parte inferior de la forma humana. Cuando se ha cumplido la separación, el hombre flota en la masa líquida; su parte inferior presenta una forma animal, desagradable y en su parte superior se encuentran los últimos restos de una forma luminosa, en la cual vienen a verse las fuerzas del Sol. Estas por lo menos, no han abandonado al hombre. Y esta forma luminosa emerge por encima del mar original.

En el intervalo, por otra parte, esta forma luminosa se ha transformado; se ha convertido en un inmenso y poderoso órgano de percepción.

Cuando la Luna dejó la Tierra, la transformación se había cumplido. Gracias a ese órgano, en el ser humano, como con la ayuda de una especie de lámpara, presentía la proximidad de todo elemento peligroso; hoy se ha atrofiado, y se lo llama la glándula pineal. La parte superior del cráneo de todos los niños pequeños muestra todavía hoy un lugar muy blando, la fontanela, y es poco más o menos el lugar que corresponde al punto de donde emergía el órgano en cuestión.

El hombre se asimilaba a formas animales cada vez más elevadas; en cierto momento de la formación del cuerpo, se llamó al ser que resultaba de la transformación de los peces: Acuario (en latín "Aquarius") porque vivía en el agua, y contenía en germen la forma humana futura. Un progreso en la forma correspondió a lo que se llamó Capricornio. Hecho curioso, las partes inferiores del cuerpo humano, a medida que se transformaban, verdaderamente han dado su nombre a la constelación correspondiente a la época de su formación. Los pies corresponden a Piscis; la parte inferior de las piernas a Acuario, gracias al cual el hombre podía moverse nadando; las rodillas están en relación con el signo de Capricornio. La animalidad aumentó más y más; la forma que corresponde a los muslos fue llamada el Sagitario. Explicar esta expresión nos arrastraría muy lejos. Voy a esboza-

ros solamente el aspecto que tenía la forma humana en la época en que la evolución de las formas animales atravesaba el estado de Sagitario.

En ese tiempo el hombre era un animal que comenzaba a moverse sobre los islotes que comenzaban a surgir poco a poco de las aguas. La parte superior del hombre estaba muy afinada y todavía terminaba por la corola de la cual acabamos de hablar que lo iluminaba como una especie de lámpara.

En esta época, el ser humano era más etéreo en su parte superior y análogo a un animal en su parte inferior. Las reproducciones muy antiguas del Zodíaco representan a Sagitario como un ser medio hombre, medio animal. Eso corresponde realmente al grado de evolución en que el hombre se encontraba entonces, lo mismo que el centauro, medio hombre, medio caballo, corresponde verdaderamente a un estado de evolución humana. El caballo no debe ser tomado aquí al pie de la letra, sino que hay que considerarlo como el representante de toda la raza animal. Tal era el principio que guiaba a los artistas de otrora; la obra de arte reproducía la visión espiritual que habían tenido, o que los clarividentes les habían relatado. Los artistas eran a menudo, ellos mismos, iniciados.

Se dice por ejemplo, que Homero fue un ciego-vidente: eso quiere decir que era clarividente. Leía en la crónica del Akasha. Homero, el ciego-vidente, veía en espíritu mucho mejor que los otros ciegos. El Centauro corresponde pues a una forma humana verdadera. En el momento en que el hombre tenía realmente ese aspecto, la Luna no se había separado de la Tierra todavía. El hombre todavía poseía el órgano que se había formado durante el período solar: la glándula pineal luminosa, que llevaba sobre la cabeza como un faro. Cuando la Luna se separó de la Tierra, tuvo lugar la diferenciación de los sexos. El hombre centauro carecía de sexo. La separación se produjo en la época en que el Sol se encontraba en el signo de Scorpio, y por eso se



ha hecho corresponder los órganos genitales a Scorpio. Este signo corresponde al nivel de evolución de las formas animales que había alcanzado el hombre en el momento de la formación de los sexos. Por su parte superior, el hombre estaba unido a las fuerzas cósmicas; en su parte inferior fue sexuado a partir de esa época.

Cuando el neófito clarividente de los misterios egipcios dirigía su mirada hacia esos tiempos de la evolución terrestre, veía la tierra poblada de seres humanos cuya parte inferior se corporizaba más y más y cuya parte superior estaba formada por un ser luminoso.

Después vino la época en la cual, gracias a las fuerzas de la Luna, se formaron los cordones nerviosos a lo largo de la espina dorsal. La parte que corona la espina dorsal, que es hoy la cabeza, se condensó y transformó igualmente, dando nacimiento al cerebro humano, resultado de la metamorfosis completa del órgano luminoso. De este cerebro partían la columna vertebral, con la cual están conectados los cordones nerviosos, y debajo se encontraba el hombre inferior, tal como acabamos de describirlo.

He ahí lo que veía el neófito egipcio y comprendía que un ser espiritual, cualquiera que fuera, debía para encarnarse en la tierra, revestir la forma humana tal como se hallaba en el momento de su encarnación. Osiris ha venido a menudo a la tierra y ha tomado la forma humana.

Los humanos expresaban su sentimiento diciendo: "Un dios ha descendido". Pero ese dios aparecía en forma humana. Todo ser espiritual que descendía a la tierra tomaba la forma que tenían los seres humanos en ese momento. En otro tiempo se podía ver todavía ese órgano luminoso, ese extraño ornamento de la cabeza, la lámpara de Osiris, que se ha representado simbólicamente por el ojo de los Cíclopes. He ahí un órgano que se encontraba al principio en el exterior del cuerpo humano, y que se metamorfoseó con el tiempo para llegar a ser un órgano ubica-

do en el interior, el cerebro. Los más pequeños detalles de las creaciones artísticas de la antigüedad son los símbolos de realidades. Cuando los iniciados griegos conocieron esos secretos egipcios, muchas cosas ya les eran familiares; lo esencial era en el fondo lo que sabía el iniciado egipcio y lo dijeron en otros términos. Los iniciados egipcios habían desarrollado fuertemente sus dones de clarividencia, de modo que muchos de sus discípulos podían tener la visión de los lejanos tiempos del pasado. El iniciado egipcio estaba unido por un profundo sentimiento a todos estos misterios; por esto los sacerdotes griegos aparecían ante ellos como niños balbuceando sus primeras letras. Esto lo caracterizaba muy bien la frase que pronunció un sacerdote egipcio dirigiéndose a Solón: "Oh Solón, vosotros helenos seréis siempre niños, no hay ancianos entre vosotros ¡Sois muy jóvenes en espíritu, porque vuestro conocimiento no está fundado sobre una antigua tradición, no tenéis la ciencia venerable adquirida en el curso de los siglos!". (Platón, Timéo y Critias). Así indicaba el egipcio que la sabiduría de los misterios iba infinitamente más allá del conocimiento adquirido con ayuda de los sentidos. Solo los misterios de Eleusis, dispensaban esta misma sabiduría; pero bien pocos tenían acceso a ellos.

El iniciado egipcio conocía los períodos de la historia de la tierra, la separación del Dios Osiris y del Sol, la venida de Osiris a la Luna, de donde volvía a enviar la luz el Sol; este conocimiento formaba parte también de la ciencia sagrada de los griegos. Ellos también sabían que es el Dios Osiris quien forma las veintiocho fases de la Luna, y que, de este hecho se han originado los veintiocho cordones nerviosos humanos.

Osiris es quien ha formado todo el sistema nervioso espinal y, al mismo tiempo, toda la parte superior del ser humano. Porque el músculo debe su forma al nervio que lo esculpe. Todas las otras partes, músculos, cartílagos, corazón, pulmones y sus aparatos han tomado forma gracias a los nervios. Bajo la influencia

del Sol se formó la materia del cerebro y de la médula espinal y las veintiocho influencias de Osiris y de Isis vinieron a trabajar desde el exterior sobre la médula espinal. A través de los cordones sensitivos que el cerebro envía a la médula espinal, pasa la acción de Isis y de Osiris. Eso, también lo sabían los griegos y cuando conocieron los misterios egipcios, reconocieron que Osiris era el Dios que llamaban Apolo, decían: el Osiris egipcio es nuestro Apolo y como él actúa por medio de los nervios, a fin de animar en el hombre la vida del alma.

Esbozemos rápidamente esta acción. Representémonos esquemáticamente el cerebro, continuado por la médula espinal, donde viene a agregarse las veintiocho manos de Osiris, que viene a pulsar con sus veintiocho manos, la médula que desciende del cerebro, haciéndola vibrar como representaban a Apolo teniendo su lira.

Basta representársela al revés: el cerebro es la lira, los nervios son las cuerdas que hacen vibrar los dedos de Apolo. Apolo pulsa la lira cósmica, la obra maestra formada por el Cosmos, y hace vibrar en el hombre los sonidos que llaman a la vida del alma. En esta forma los iniciados en los misterios eleusinos veían lo que los egipcios habían expresado mediante otras imágenes. Estos símbolos nos enseñan que hay que guardarse de interpretarlos esquemáticamente, porque ello sería introducir ahí la fantasía: esas imágenes son en realidad mucho más profundas que todo lo que la inteligencia es capaz de hallar en ellas.

Cuando el clarividente griego hablaba de Apolo, veía ante sí el misterio de Apolo-Osiris y la constitución humana. El neófito egipcio veía a Osiris ante él cuando se lo iniciaba en los misterios de la vida sobre la tierra. Es pues necesario que nos digamos muy formalmente que esos símbolos que han sido conservados, y que son la expresión real del misterioso pasado, tienen un sentimiento mucho más profundo que todo lo que la inteligencia pudiera captar. Esa lira, esas manos de Apolo eran visibles. El ca-

rácter esencial de cada símbolo, es que descansa sobre una visión real. Todos los símbolos, todas las leyendas corresponden a realidades. El discípulo egipcio que debía ser iniciado no tenía acceso a esos misterios sino después de una larga preparación. Al principio adquiría conocimientos de una enseñanza que se asemeja un poco a la teosofía elemental. Después le era permitido entregarse a los ejercicios. Se encontraba entonces en una especie de éxtasis que no era todavía la verdadera clarividencia, pero que sin embargo era más que el ensueño. Luego veía vagamente lo que más tarde debía contemplar en imágenes. Como en un sueño inmenso y viviente, veía la Luna separarse de la Tierra, acompañada por Osiris. Veíalo dirigir su acción hacia la Tierra. Vivía en realidad una leyenda de Osiris y de Isis. Y así era para cada neófito. Cada uno debía pasar por esto. Porque sin ello no habría podido llegar a la visión de los hechos verdaderos. El neófito debía pasar por la fase de la imagen, de la imaginación; debía vivir interiormente la leyenda de Isis y Osiris. Ese estado de ánimo extático era una especie de grado preparativo para la clarividencia real, el preludio a la visión de lo que pasa en el mundo espiritual. El neófito no podía leer en la crónica del Akasha los hechos que acaban de ser descriptos hoy, hasta que había alcanzado ese grado de iniciación del que acabamos de hablar y que continuaremos estudiando mañana. Hablaremos igualmente de los otros signos del Zodíaco y de su significado.

## VIII

### **La Evolución Gradual de las Formas Humanas La Eliminación de las Entidades Animales Los Cuatro Tipos Humanos**

Acabamos de recordar importantes procesos de evolución en el organismo humano. Hemos seguido este organismo en su formación hasta el momento en que la Luna se separó de la Tierra. "Momento" es aquí sólo una manera de hablar; este acontecimiento ha llenado largos espacios de tiempo. Entre el instante en que la Luna esbozó su separación y aquel en que fue enteramente separada pasaron tiempos infinitos, durante los cuales la evolución prosiguió. Hemos seguido la evolución del hombre paralelamente a esos tiempos. El cuerpo, en su parte inferior, hasta la línea de las caderas aproximadamente empezaba a parecerse al cuerpo humano actual; en todo caso, esta parte inferior del cuerpo, aunque fluida aún, ya hubiera sido visible para los ojos actuales, en tanto que la parte superior no era visible más que para la mirada clarividente; eso es lo que evoca la imagen del centauro. Ciertas partes del cuerpo humano se formaron entonces: Las que fueron después los pies, las piernas, las rodillas, los muslos. Ellas representaban antes ciertas formas animales te

restres que se fijaron en un cierto estado de evolución que el hombre sobrepasó. Veamos eso más de cerca.

En tiempos muy remotos, en el momento de la separación del Sol, no existían todavía formas animales. Después de la partida del Sol, la forma animal más perfecta estaba representada por una especie que se encontraba en el mismo estado de evolución que los peces actuales. ¿Por qué puede decirse que los pies del hombre corresponden a esta forma de peces, y que hay una relación entre los pies y los peces? Es que en el momento en que esas formas animales semejantes a peces nadaban en la masa terrestre líquida, solo los pies del hombre estaban físicamente formados y eran lo único visible.

El resto no estaba hecho más que de una sustancia etérea y tenía forma de cáliz, esta corola aérea, este órgano luminoso de que hemos hablado, era totalmente etérico, y solo la parte más inferior del hombre tomaba una consistencia física en el seno de la masa líquida semejante a peces que quedaron en ese estado de evolución. Después se formaron formas animales más evolucionadas y su recuerdo lo tenemos en la imagen de Acuario, que representa al hombre en el momento en que su cuerpo era visible hasta la línea de la rodilla. A medida que el hombre franquea los grados de su evolución deja tras de sí, a cada paso, ciertas formas animales que sobrepasa. Y cuando la Luna comenzó a separarse de la Tierra, la mitad inferior del cuerpo humano estaba ya formada físicamente y la parte superior estaba completamente lista para tomar forma. Hemos visto, luego como entran en juego las influencias lunares bajo la forma que los egipcios han personificado en Osiris; hemos visto cómo las influencias han dado nacimiento en el organismo a lo más importante de la parte superior del cuerpo, los nervios, gracias a los cuales se ha formado la mitad superior de nuestro cuerpo actual. Los nervios de la médula espinal son los que han formado la parte superior del cuerpo humano. Bajo la influencia de los sonidos que Osiris-Apolo saca de la lira humana,

se forma al comienzo la parte media del cuerpo, las caderas. Todo lo que debió quedar en ese punto de la evolución, que el hombre ha sobrepasado, se ha fijado en la forma anfibia.

Mientras la Luna estuvo unida a la Tierra tuvo por efecto rebajar lo más posible el nivel de evolución. La forma de los peces estaba todavía en relación con el Sol, y a ello se debe la impresión que un hombre normal experimenta hoy a la vista de un pez.

Imaginad la alegría que se siente al mirar el bello cuerpo brillante de un pez, los animales coloreados que pueblan el agua, y pensad en la antipatía que siente el hombre a la vista de animales que sin embargo están más evolucionados que los peces, los anfibios, ranas, sapos, serpientes, arrastrándose y retorciéndose sobre la Tierra. Los anfibios actuales son formas completamente degeneradas de los animales de otros tiempos, pero la parte inferior del cuerpo humano, tuvo verdaderamente en un momento de la evolución una forma de ese género. En tanto que se había formado sólo la parte inferior del cuerpo, el hombre se pareció a una especie de anfibio; sólo más tarde, en el momento en que la parte superior se corporizó la mitad inferior se transformó. Podemos decir que la forma de los peces reproduce aquélla en el nivel en el que el hombre se encontraba, bajo la influencia de fuerzas a las que estaba sometido en el momento en que el Sol estaba todavía unido a la Tierra, el hombre quedó en ese nivel hasta el momento de la partida del Sol.

Los grandes espíritus, los guías de la evolución, se separaron de la Tierra, edificaron el Sol, no debiendo unirse a la Tierra sino mucho más tarde. Uno de ellos, el más sublime de los espíritus solares que dirige la evolución, es el Cristo. Un respeto profundo nos invade cuando aprendemos que hasta ese momento, el hombre estaba unido a esa entidad, a ese espíritu sublime que dejó la Tierra con el Sol. Los hombres han tenido el sentimiento que podían simbolizar por la forma del pez el momento en que el Sol dejó la Tierra, y la forma misma que el Cristo había dado al

cuerpo humano. En otro tiempo, el hombre estaba unido al Sol y a la Tierra, y cuando el Sol se alejó, la forma que había recibido de los espíritus del Sol se le presentó bajo el aspecto del pez. Prosiguió su evolución pero los espíritus del Sol no lo asistían más. El Cristo dejó la Tierra en el momento en que el hombre tenía la forma de pez. Esta forma la conservaron los iniciados del primer período cristiano. El pez de las catacumbas romanas era el símbolo de Cristo y recordaba el gran acontecimiento de la evolución, la época en que el Cristo estaba todavía unido a los hombres sobre la Tierra. El hombre había alcanzado en su evolución el nivel de pez cuando el Sol se separó de la Tierra; para los primeros cristianos, ese símbolo que representaba la forma dada a los hombres por el Cristo, estaba llena de un sentido infinitamente profundo. ¡Qué mundo entre este signo, que nos aparece como el símbolo de una era cósmica y las explicaciones superficiales que de él se dan a menudo! Los verdaderos símbolos son aquellos que han reposado sobre altas realidades espirituales.

Hacían mucho más que “significar” algo para los primeros cristianos; eran el calco mismo de un acontecimiento espiritual y no se puede interpretar seguramente ningún símbolo en tanto que no se sabe referido a la verdad espiritual que representa. Toda explicación filosófica no hace más que preparar el espíritu; la expresión “eso significa” no basta: no se reconoce un símbolo sino descubriendo la realidad espiritual que oculta.

Así el hombre ha revestido progresivamente las formas más diversas. La menos armoniosa de esas formas físicas es la que tiene en el momento en que se ha condensado hasta las caderas. Y esta es la forma aunque degenerada que encontramos en la serpiente. La época en que el hombre toma la forma de un anfibio, cuando la Luna está todavía mezclada a la Tierra, es una época de vergüenza, de mal, en el curso de la evolución.

Si en ese momento, la Luna no hubiese dejado la Tierra, la raza humana hubiera sido condenada a un destino espantoso, hu-

bera descendido hacia formas más y más bajas, horribles. He ahí el porqué del sentimiento de antipatía que experimenta toda alma simple, natural, frente a una serpiente, recuerdo de esa época, completamente justificado.

Son precisamente las almas simples, aquellas que dicen que no debería haber nada feo en la naturaleza, las que experimentan disgusto a la vista de una serpiente, porque la serpiente es el vivo testimonio de la vergüenza humana. No hablemos aquí del punto de vista de la moralidad; se trata simplemente del nivel de la evolución más bajo que el hombre haya alcanzado.

Se debía sobrepasar este nivel. No podía llegar sino abandonando la forma animal y condensando poco a poco la parte superior, espiritual, en su cuerpo. Ahora bien, esta parte, la más noble, no había podido evolucionar sino gracias a las fuerzas de Osiris y de Isis. Para que esas fuerzas pudieran actuar, algo muy importante debía pasar antes. Hasta ese momento la médula espinal había tenido una posición horizontal; se trataba de que la parte superior del hombre hallara la fuerza de enderezarla hasta la posición vertical. Esto se produjo bajo la influencia de Isis y de Osiris. Grado por grado, el Sol y la Luna, equilibrándose recíprocamente, condujeron al hombre a través de la evolución. Cuando hubo tomado forma física hasta las caderas, el Sol y la Luna equilibrándose formaban una balanza; por eso las caderas corresponden a la balanza. Al mismo tiempo, el Sol se hallaba en ese momento en el signo de la balanza (Libra).

Sin embargo no hay que figurarse —repetámoslo expresamente— que las caderas se formaron después que el Sol hubo alcanzado el signo de Escorpio y llegado al de Libra. Eso sería ver las cosas de manera demasiado prematura.

El Sol recorre el Zodíaco entero en 25.920 años. En cierto momento el Sol se levanta en primavera en el signo de Aries, otra vez en Tauro, y así sucesivamente recorre todos los signos. El punto vernal continuó su avance. El Sol atravesó el signo de

Tauro, alrededor de 747 años antes de Cristo, luego entró de nuevo en Aries. En nuestra época, en primavera el Sol se levanta en Piscis. El tiempo que pone el Sol en atravesar un signo del Zodíaco es ciertamente ya bastante largo pero no hubiera bastado para que se cumpliera la fase de la evolución en el curso de la cual el cuerpo humano pasó de los órganos sexuales que corresponden a Escorpio, a la línea de las caderas que corresponden a Libra.

Sería falso creer que eso pudo pasar durante el tiempo en que el Sol atraviesa un solo signo del Zodíaco. El recorre el Zodíaco entero antes que se cumpla la transformación. En tiempos más remotos aún, el Sol daba muchas vueltas antes que la evolución hubiese avanzado un pequeño paso. Por eso uno no tiene el derecho de servirse del calendario para épocas anteriores al postatlántico. Antes que la evolución hubiera dado un paso, era necesario que el Sol hubiera dado la vuelta al Zodíaco, hasta muchas vueltas más en tiempos más remotos. El tiempo correspondiente a la formación de las partes del cuerpo más lentas en constituirse, era evidentemente más largo. El hombre prosiguió su evolución ascendente. El siguiente grado que alcanzó, en el que se forman las partes inferiores del tronco, es representada por el signo de Virgo. A medida que el cuerpo humano tomaba forma, las entidades animales se detenían sucesivamente en el nivel que el hombre sobrepasaba. Hemos visto ya que el hombre pudo formar sus pulmones, su corazón y su laringe gracias a las fuerzas de la Luna, y que Osiris e Isis participaron en la formación de esos órganos. Pero los órganos superiores del hombre, tales como el corazón, los pulmones, la laringe, etc., no se formaron únicamente porque las partes espirituales de la entidad humana, cuerpo etérico, cuerpo astral y hasta el Yo, han podido ya participar en su formación. Estos elementos superiores trabajan mucho más que antes en la edificación del cuerpo humano desde que ha sobrepasado el nivel de Libra.

De ahí una extrema diversidad de formas, según fuera predominante la influencia del cuerpo etérico o del cuerpo astral o aún del Yo. Podía suceder también que fuera el cuerpo físico el que predominara. De esas diversas posibilidades, resultó la formación de cuatro tipos humanos.

Hubo un cierto tipo de hombres cuyo cuerpo físico estaba particularmente trabajado; otros obtenían sus caracteres del cuerpo etérico, en otros era el astral que predominaba. Hubo HombresYo en los cuales esta influencia había sido netamente predominante. Cada ser humano llevaba la marca del elemento que predominaba en él. En la época en que se formaron esos cuatro tipos, se habrían podido ver formas inverosímiles, y el clarividente que las percibe sabe describir lo que constituyen esos diferentes tipos. Existen representaciones imaginadas de esas cosas, poco conocidas ciertamente, pero que han fijado el recuerdo. En aquellos en que era predominante la naturaleza física, en que había actuado sobre las partes superiores del cuerpo, tomaban una forma particular. Esta forma, adaptada a las partes inferiores del cuerpo, se ha conservado en el Toro Apocalíptico. El toro actual es una forma decadente. Todo lo que ha sido formado bajo la influencia particularmente activa del cuerpo físico, ha quedado al nivel del toro. El toro y todos los animales de su especie, son sus representantes. Ciertos grupos de hombres se encontraban a otro nivel, y en ellos era el cuerpo etérico que actuaba particularmente formado y con él todas las partes del tronco próximas al corazón. El nivel de este grupo de seres humanos ha sido igualmente fijado en el reino animal, en el León. El león ha recibido la impronta del tipo humano en el cual el cuerpo etérico fue muy activo.

La acción móvil de los pájaros representa -bajo una forma ciertamente debilitada- el nivel de los hombres en los cuales ha predominado el cuerpo astral sobre el cuerpo etérico y el cuerpo físico; es representado en el Apocalipsis por el Aguila. La astra-

lidad predominante en ese grupo ha sido eliminada por el hombre dando nacimiento a la especie de los pájaros. Y ahí donde el Yo fue más fuerte, apareció un ser que reinó sobre las otras tres naturalezas, porque el Yo estableció un armonioso equilibrio entre los otros tres elementos humanos. Es la imagen de la Esfinge, mitad león, mitad toro, con alas de águila. En las estatuas más antiguas de la esfinge, se encuentra todavía la cola de serpiente, testimonio de la antigua forma del reptil; la delantera del cuerpo, en fin, representa la forma humana, que armoniza las otras tres, tales son los cuatro tipos de humanidad, entre los cuales, en la época atlántica, predomina el tipo Hombre, porque poco a poco, se eleva la forma humana, uniendo y armonizando en ella el Águila, el León y el Toro. Estas tres tendencias se mezclan para dar nacimiento a la forma humana perfecta, y ésta transformándose poco a poco, llega a ser la forma de la época atlante. Otro proceso se desarrolla paralelamente a esta evolución. Acabamos de ver que cuatro tendencias, cuatro tipos o formas se combinaron armoniosamente para formar el hombre.

Uno corresponde al cuerpo físico, al Toro: son las fuerzas que se formaron en particular hasta la época de Libra. El cuerpo etérico es formado por el León. Las fuerzas astrales por el Águila o el Buitre y finalmente las fuerzas del Yo, por la verdadera naturaleza humana. En cada individuo dominaba una u otra de esas cuatro tendencias. Es así como nacieron cuatro tipos diferentes de seres humanos. Pero todavía podían tener lugar otras combinaciones; sucedió por ejemplo que el físico, el cuerpo astral y el Yo ejercieron una influencia igual y fueron dominadas por el cuerpo etérico, lo que dio nacimiento a un tipo particular de humanidad. Por el contrario, hubo otro grupo de seres en los cuales el cuerpo físico fue dominado por los cuerpos superiores, cuerpo etérico, cuerpo astral y Yo.

Otro grupo de individuos, en los cuales el cuerpo físico, el cuerpo astral y el Yo predominaron son los antepasados físicos

de los hombres, mientras que en aquellos en los cuales el cuerpo etérico, el cuerpo astral y el Yo, tuvieron una influencia predominante son los antepasados físicos de las mujeres. Los otros tipos desaparecieron poco a poco. Sólo esos dos subsistieron, dando nacimiento a los cuerpos masculinos y femeninos.

La influencia gracias a la cual esos dos tipos de formas se elevaron es la de las diferentes fuerzas de Osiris y de Isis. Ya hemos visto que las fases de la Luna nueva o la Luna oscura, corresponden al principio de Isis, en tanto que el brillo de la Luna llena caracteriza las fuerzas osíricas.

Isis y Osiris residen en la Luna, pero su obra se cumple en la Tierra. Por ellos la raza humana ha sido dividida en dos sexos. Los antepasados femeninos de la humanidad han sido formados bajo la influencia de Osiris, los antepasados masculinos bajo la de Isis. Estas influencias son transmitidas por los cordones nerviosos gracias a los cuales la humanidad ha sido separada en hombres y mujeres. Esto es lo que expresa la leyenda cuando dice que Isis busca a Osiris; el elemento masculino y el elemento femenino se buscan sobre la Tierra. Ahí tenemos una nueva prueba de los acontecimientos cósmicos cuyo maravilloso secreto ha sido depositado en las leyendas. La diferenciación de los sexos no se imprimió en las partes superiores de la naturaleza humana sino cuando fue sobrepasado el grado de Libra.

En el momento que apareció el ser humano los animales eran desde hacía mucho tiempo bisexuados. Hubo un tiempo en que la raza humana no estaba dividida en sexos diferentes, ya que el modo de reproducción que apareció más tarde no existía, en la naturaleza humana se confundían los dos sexos en un solo ser. "Y Dios creó al hombre masculino-femenino" dice la Biblia, y no "varón y mujer" porque tal decir no corresponde en nada a la realidad.

Hubo pues un tiempo en que la naturaleza humana no conocía la división de sexos, cada ser humano engendraba en estado

de pureza. La tradición egipcia nos trasmite la visión que tuvieron los iniciados de este estado de la humanidad. Ya he hablado en otra parte de las muy antiguas representaciones de Isis: se la ve que alimenta a Horus, y detrás de ella se halla una segunda Isis, de alas de buitre, que tiende a Horus la cruz ansada. Esto indica que el hombre ha nacido en un tiempo en que los diferentes tipos estaban separados; la astralidad no penetró en el hombre sino más tarde. Esta segunda Isis simboliza la predominancia que tenía en otro tiempo el elemento astral. Las fuerzas que han sido reunidas a continuación a la forma humana son representadas detrás de la madre; ellas son figuradas por la forma astral que tendría ahora alas de buitre si hubiera quedado puramente astral. Una tercera Isis, con cabeza de león, que se halla más atrás aún, representa el tiempo en que el cuerpo etérico predominaba. Esta triple representación de Isis ha nacido del conocimiento clarividente. Nos es fácil comprender que la separación de los sexos no pudo producirse bruscamente, que fue necesario un período de transición, un estado intermedio entre ese modo de reproducción virginal en que la fecundación se operaba bajo la influencia de las fuerzas vivientes de la Tierra, que desempeñaban al mismo tiempo el papel de principio fecundante, y la reproducción bisexual. Esta no alcanzó su funcionamiento perfecto hasta la mitad de la época atlante. En el curso del período de transición que se ubica antes de ese tiempo, se operó una transformación en un cierto momento, en el estado de conciencia del hombre. En esa época, los cambios que se producían en el estado de conciencia de los hombres se operaban en períodos mucho más largos que en nuestro tiempo. En ese momento, el hombre sentía de modo muy vivo la vida nocturna, durante la cual se encontraba entre sus compañeros espirituales. Por el contrario la conciencia diurna era débil. Este estado de conciencia dio lugar a un período que fortificó la conciencia de la que está dotado el hombre cuando está en su cuerpo físico; al mismo

tiempo se debilitó la experiencia del mundo donde penetra cuando deja por la noche el plano físico.

Hubo pues entre estas dos formas de conciencia un período de transición. La conciencia del mundo físico estaba todavía adormilada y es en este estado de conciencia debilitada que se producía la fecundación. En el momento en que el hombre, perdiendo la conciencia del mundo físico, se remontaba hacia lo espiritual, se efectuaba la fecundación, de la que no tenía sino una percepción vaga que se traducía por un acto simbólico visto en sueño. Por medio de imágenes nobles y delicadas se manifestaba para él el sentimiento de la fecundación; soñaba por ejemplo que arrojaba una piedra, que ésta caía en la tierra y nacía una flor.

Para que este estudio de este período de la evolución sea completo debemos además hablar de los seres que habían alcanzado prematuramente un grado más avanzado. Decimos que ciertos seres habían quedado al nivel del Toro, otros al nivel del león, otros al nivel del águila ¿qué significa eso? Eso quiere decir que si esos seres hubieran podido esperar y no hubieran dejado acumularse en ellos el amor al mundo físico sino hasta mucho más tarde, ellos también hubieran llegado a ser hombres. Si el León no hubiera tratado de penetrar demasiado pronto en la esfera física, hubiera venido a ser humano y como él todos los otros animales que tomaron forma hasta ahí. En otros términos: en el momento en que iba a formarse el León, los seres que componían la humanidad de entonces se dividieron.

Los unos se dijeron: yo no quiero revestirme todavía de las sustancias más inferiores, y descender al plano físico. Los otros: yo quiero descender, yo quiero materializar mi ser en el punto donde está la evolución. Hubo dos especies de seres: una quedó en lo alto, en la esfera etérica, que no tocaba la tierra más que por ciertas partes del cuerpo, y la otra que tendió a descender enteramente a la tierra.



Esta última dio nacimiento al león, por ejemplo, la otra llegó a ser humana. Lo mismo que los animales quedaron estacionados en ese momento de la evolución, hay ciertos seres humanos que quedaron atrás. No son los mejores, los que sí tomaron cuerpo demasiado pronto los más perfectos son aquellos que supieron esperar largo tiempo aguardando con paciencia antes de descender a la tierra para cumplir conscientemente el acto de fecundación; ellos permanecieron largo tiempo en el estado de conciencia en que ese acto no era para ellos más que un sueño.

Estos seres humanos vivían, según la expresión corriente en el Paraíso. Los que ya habían descendido íntegramente al plano físico estaban provistos de un cuerpo particularmente fuerte, su cara tenía una expresión ruda brutal, en tanto que los otros, que querían dejar a las partes más nobles del ser humano tiempo suficiente para formarse, tenían una expresión mucho más humanizada. Encontramos una extraña leyenda en cierto rito religioso. Tácito nos trae el recuerdo de esos acontecimientos. Es la leyenda de la diosa Nerthus (o Herta) que cada año se sumerge con su barca en el seno del mar. Pero los que la han atraído hacia el abismo están destinados a perecer. Nerthus es considerada en general como lo son todos los mitos de este género, es decir como un producto de la imaginación, como una diosa cualquiera al culto de la cual se hubiera consagrado una isla. (Hasta se cree que sería la isla Rügen que se encuentra en el mar Báltico frente a las costas mecklemburguesas y en la cual se encuentra un lago Hertha. Se piensa que en ese lago se sumergía la diosa. He ahí una invención sin fundamento. El nombre de Hertha ha sido dado al lago recientemente. Se llamaba antes el lago Negro a causa de su coloración y ninguno pensaba al nombrar el lago Hertha, considerarlo relacionado con la leyenda. Esta leyenda esconde un sentido mucho más profundo.

Nerthus representa la época de transición entre la fecundación virginal y el modo de reproducción actual de la humanidad.

Nerthus, que está sumergida en un estado de conciencia nebuloso, percibe el acto de la fecundación en forma etérea, simbólica; cuando ella se abisma en el mar de la pasión no percibe más que un reflejo. Pero los seres que ya habían descubierto la tierra, en el momento en que la humanidad más perfecta no conocía todavía más que una percepción velada, ya habían perdido la pureza original; ellos veían ya este acto físicamente. Estando perdidos para la conciencia superior, eran dignos de la muerte. El recuerdo de este acontecimiento ha sido conservado en los ritos religiosos de numerosas regiones de Europa. En ciertas épocas se conmemoraba este acontecimiento con una ceremonia. Se sumergía en el mar de las pasiones el barco de Nerthus. La ceremonia era acompañada también con la costumbre cruel que consistía en matar a los asistentes que tiraban el barco y que eran siempre esclavos; ellos representaban a la humanidad mortal que había visto el acto físicamente y se los mataba. Solo los sacerdotes iniciados podían asistir sin peligro a la ceremonia, este ejemplo nos muestra que se había guardado, en ciertas regiones, la conciencia, el recuerdo de esos hechos, de los cuales habían nacido la leyenda y el rito.

Así la humanidad prosiguió su evolución a través de las formas de conciencias más diversas: símbolos y leyendas son una representación de hechos reales. Ya hemos visto que esas imágenes no deben ser tomadas como alegorías, sino que su contenido corresponde a los hechos reales.

Estas imágenes aparecían en otro tiempo bajo forma de sueños. Antes que el discípulo viera realmente la evolución de la realidad, él soñaba la leyenda de Osiris. Y sólo la imagen que preparaba a la visión espiritual real puede ser un símbolo en el sentido oculto de la palabra.

Un símbolo descrito en cuadros de realidades. Veremos en el capítulo siguiente cuáles fueron los efectos producidos por esas descripciones.

## IX

### **La Acción de los Espíritus del Sol y de la Luna de las Fuerzas de Isis y de Osiris. La Transformación del Estado de Conciencia La Conquista del Plano Físico**

Hemos estudiado hasta aquí ciertos hechos de la evolución y su repercusión sobre la anatomía y la fisiología ocultas. Nuestra intención es hacer aparecer las relaciones que unen la mitología egipcia y nuestro tiempo. Por eso lo necesario ante todo es comprender perfectamente conforme a qué principio prosiguió la evolución a través de las diferentes épocas.

Volvamos una vez más, a la acción de los espíritus del Sol y de la Luna, en particular a la de las fuerzas de Isis y Osiris, cuya acción conjugada ha edificado el cuerpo del hombre. Esto pasó en tiempos muy remotos cuando nuestra tierra apenas se condensaba y en cuya masa, todavía líquida se desarrollaban la mayor parte de los acontecimientos que hemos descripto. El ser humano había alcanzado en esta época un grado de evolución que debemos comprender tan claramente como sea posible, a fin de que podamos representarnos bajo qué aspectos aparecían las cosas a la visión oculta en el curso de la evolución. He descripto

ya cómo se formaron, físicamente por así decirlo, las partes inferiores del cuerpo humano, los pies, las piernas, las rodillas, etc., desde el momento en que el Sol se separó de la Tierra. Recordad bien que hemos dicho siempre, el ojo humano hubiera podido ver las cosas si lo hubiera habido en esa época. Pero el ojo humano no existía entonces. Se formó mucho más tarde.

Mientras el hombre se encontraba en el seno de la masa terrestre líquida, no tenía otro órgano de percepción más que lo que hemos descripto dándole el nombre de glándula pineal. La percepción física no comenzó sino cuando el cuerpo humano fue formado hasta su parte media, hasta las caderas. Se puede pues decir que la parte inferior de la forma humana existía ya, pero que ningún ojo estaba ahí para verla. En esa época el hombre no podía mirarse a sí mismo. Esta facultad no le fue otorgada hasta el momento en que el cuerpo humano en formación hubo sobrepasado la línea de la cintura. El ojo del hombre no se abrió sino cuando el ciclo de la formación de su cuerpo alcanzó el signo de Libra y comenzó a verse como en una niebla, a distinguir otros cuerpos. Hasta el momento de la formación de las caderas, toda percepción era una visión clarividente, una percepción astral-etérica. El hombre no podía percibir el físico, porque su conciencia nebulosa era una conciencia clarividente, como el sueño.

El hombre entró entonces en el estado de conciencia en que alternaba el sueño y la vigilia. Durante la vigilia veía oscuramente las cosas físicas, como envueltas en nieblas y aureolas de un círculo luminoso.

Durante el sueño retornaba a los mundos espirituales, hacia los seres divinos. Su estado de conciencia se repartía entre la conciencia clarividente que se debilitaba más y más y la de vigilia que se aclaraba, se fortalecía, triunfaba sobre la otra. La facultad de percepción clarividente, la visión de los dioses durante el sueño se perdía poco a poco. Paralelamente aumentaba la

claridad de la conciencia de día, y al mismo tiempo la conciencia de sí, el sentimiento, la percepción del Yo.

En la época lemúrica, que engloba la separación de la Luna y de la Tierra, el hombre estaba dotado de una conciencia clarividente e ignoraba todavía lo que llamamos hoy la muerte. Porque cuando salía de su cuerpo físico, sea por el sueño, sea por la muerte, no perdía la conciencia; al contrario, él se sentía dotado de una más elevada, más espiritual en cierto sentido, que cuando miraba con su cuerpo físico. El hombre no se decía jamás: "Ahora yo muero" o "Pierdo la conciencia" eso entonces no existía. El hombre no se apoyaba todavía en sí mismo, sino que se sentía inmortal en el seno de la divinidad y tenía el conocimiento innato de todos esos hechos. (Supongamos que nos fuéramos a dormir: el cuerpo astral sale del cuerpo físico; si eso pasa durante la luna llena, el cuerpo físico y el cuerpo etérico quedan extendidos en el lecho, el cuerpo astral flota encima de ellos, bajo los rayos de la luna llena). El clarividente no percibe aquí simplemente una nube astral, ve en realidad corrientes que pasan del cuerpo astral al cuerpo físico, y esas corrientes son las fuerzas que, durante la noche, disipan la fatiga, renuevan las fuerzas gastadas durante el día, preparan el cuerpo para despertarse fresco y dispuesto. (Al mismo tiempo se pueden ver corrientes espirituales que emanan de la Luna, corrientes penetradas de fuerzas astrales. Se puede ver brotar de ese astro efluvios espirituales que penetran el cuerpo astral, lo fortifican y actúan sobre el trabajo que cumple en el cuerpo físico). Supongámonos ahora que fuéramos hombres de la época lemúrica; nuestro cuerpo astral percibiría entonces esas corrientes de fuerzas espirituales y nos diríamos: "Es Osiris que me fortifica". Y nos sentiríamos durante la noche bajo la protección de Osiris, habríamos vivido, por así decirlo, con nuestro Yo en Osiris. Tendríamos este sentimiento: "Yo y Osiris somos uno". Si hubiéramos podido expresar con palabras en ese tiempo lo que habríamos sentido,

hubiéramos dicho aproximadamente al reintegrarnos a nuestro cuerpo físico: “es menester que descienda ahora al cuerpo físico que me espera; es el momento de volver a sumergirme en mi ser inferior”. Y habríamos esperado con alegría el momento de dejar de nuevo el cuerpo físico, de elevarnos y reposar en el seno de Osiris o de Isis, de reunir nuestro Yo con Osiris. A medida que el cuerpo físico se desarrollaba, que sus diferentes partes venían a agregarse a las que ya estaban formadas en lo bajo, a medida que el hombre, gracias al desarrollo de su naturaleza superior, se hacía capaz de ver lo físico, de percibir las cosas que lo rodeaban, el tiempo que pasaba en su cuerpo aumentó y fue presa de un interés siempre creciente por el nuevo mundo; la conciencia del mundo espiritual se oscureció a medida que se afirmaba aquella de la cual estaba dotado en su cuerpo físico, y el mundo espiritual llegó a serle más extraño. La vida del plano físico adquirió principal importancia y la conciencia de las fases que se desarrollan entre la muerte y un nuevo nacimiento fueron oscureciéndose cada vez más. Durante la época atlante, el hombre perdió poco a poco el sentimiento de su patria espiritual, y cuando se cumplió el gran cataclismo, la mayoría de los seres humanos ya habían perdido completamente el don natural de percibir durante la noche el mundo espiritual; en desquite había adquirido la facultad de ver cada vez más netamente durante el día los objetos exteriores. Poco a poco estos objetos se le aparecían con contornos cada vez más netos.

Ya hemos visto que el don de la clarividencia había sido antes del cristianismo, y aún hoy, existen todavía, aunque muy aisladamente, individuos en los cuales se ha conservado ese don natural de la clarividencia, por otra parte completamente diferente a la que se adquiere por la formación esotérica.

En la Atlántida, la noche se oscureció cada vez más, mientras que la conciencia diurna se hizo más y más clara. Y no hay más conciencia nocturna para los hombres de la primera civilización

que siguió al gran trastorno líquido atlántico. Esta civilización recibió toda su fuerza espiritual de los santos Rishis, como lo hemos visto en los capítulos precedentes. Si penetramos en el alma de los discípulos de los santos Rishis, vemos palpar allí todavía una especie de recuerdo, recuerdo del mundo de antes, de ese mundo donde el hombre había vivido, donde había conocido a los dioses edificadores de su cuerpo, tales como Isis y Osiris. De este mundo, de este seno de la divinidad, tan real como lo es para nosotros el mundo físico de hoy, el hombre está excluido en lo sucesivo. Su recuerdo atraviesa todavía el alma de los hindúes a los cuales los Rishis pueden transmitir todavía por lo menos lo que fue en otros tiempos; porque ustedes saben que los Rishis y sus discípulos tenían la visión del mundo espiritual; pero saben también que ha pasado el tiempo en que el ser humano normal podía tener igualmente esa visión. El recuerdo doloroso de la antigua y verdadera patria cruzaba el alma del antiguo hindú cuando se veía transportado al mundo físico, que no es sin embargo, más que la corteza exterior del mundo espiritual, y le venía un gran deseo de evadirse fuera de ese mundo exterior.

Sus sentimientos se traducían así: “Montes, valles y nubes, el mismo cielo estrellado, no son la realidad: todo esto no es más que un velo, una expresión del ser. Lo que es verdadero es lo que está detrás, son los dioses y el verdadero rostro del hombre, es lo que no podemos ver más. Lo que vemos es Maya, irreal, la realidad está velada”. Y este sentimiento de que el hombre ha sido dado a luz por la realidad, que su patria está en el mundo espiritual, se hizo cada vez más fuerte; el mundo sensible es Maya, la ilusión que lo rodea con su noche, En un ser que siente con tanta fuerza la oposición entre la realidad de lo espiritual y la ilusión de lo físico, el sentimiento religioso dio por resultado una disminución del interés por el mundo físico; su espíritu se vuelve cada vez más hacia lo que contemplan los iniciados y de lo cual los Rishis dan testimonio. El hindú experimentaba el ar-

diente deseo de escapar de esta existencia tan dura, que no le era más que una ilusión; porque para él, la realidad no era lo que percibían los sentidos, sino la que estaba detrás. La primera civilización postatlante no tuvo sino un interés muy pequeño por todo lo que pasaba en el plano físico exterior.

Las cosas se presentan de otra manera durante la segunda civilización, la de los persas, en la cual vivió Zoroastro, el gran discípulo del Manú. Para el hombre de la época persa, el estado físico no es solamente la obra de una fatalidad, sino ve allí el medio de realizar una misión.

Ciertamente su mirada todavía sabe hallar las regiones luminosas del espíritu; todavía se eleva a los mundos espirituales, pero se vuelve hacia lo físico y ante su alma se levanta la imagen de un mundo dividido entre las fuerzas de la luz y las potencias de la oscuridad. El mundo físico se ha convertido para él en campo de trabajo, se dice: Existe una potencia luminosa, la buena divinidad Aura Mazda u Ormuz y existen fuerzas oscuras, que dirige Angramainyoush o Ahriman. De Aura Mazda viene la salud del hombre, Ahriman es quien nos ha dado el mundo físico. Es necesario que metamorfoseemos este mundo que nos viene de Ahriman, que nos unamos a los dioses de la luz para vencer en la materia al Dios malo; para eso es necesario que transformemos la Tierra, que lleguemos a ser capaces de actuar sobre ella y llegará a ser un planeta purificado, liberado, y así se realizará la evolución hacia el bien. Los persas dieron el primer paso hacia esta metamorfosis libertadora de la Tierra, en la esperanza de que un día ella llegará a ser un planeta purificado, liberado, y que se realizaría la soberanía magnífica de Aura Mazda, el Ser Supremo.

Tales eran los sentimientos de un ser humano que no elevaba más su mirada hacia las alturas sublimes del espíritu, como el hindú, sino que se establecía firmemente en el mundo físico. El hindú no pensaba así, y el suelo se escapaba bajo sus pies.

La conquista del plano físico prosiguió a través de la tercera civilización; la de Egipto, Babilonia, Asiria, Caldea. No se encuentran allí sino ínfimas trazas del antiguo sentimiento de repulsión por el cual el mundo físico tomaba a los ojos de los hombres el aspecto de maya, de una ilusión. Los caldeos estudian el cielo estrellado y el destello luminoso de los astros no es ya para ellos Maya; las estrellas son los signos de un lenguaje que los dioses han impreso en el plano físico. Por vía de las estrellas el sacerdote caldeo encuentra el camino del mundo espiritual; en el momento de su iniciación, cuando adquiere la percepción de todos los seres que habitan los planetas y los astros, eleva su mirada y se dice: Lo que yo percibo cuando elevo los ojos hacia el cielo estrellado, es la expresión exterior de lo que puedo percibir gracias a la clarividencia oculta, en la iniciación. Cuando el sacerdote iniciador me confiere la gracia de la visión de los dioses, puedo contemplarlos, pero todo lo que veo en el mundo exterior no es solamente una ilusión, es el mismo lenguaje de los dioses. Se experimentaba un sentimiento análogo al que sentimos nosotros cuando, después de haber estado largo tiempo separados de un amigo, recibimos una carta y contemplamos los signos y experimentamos los sentimientos que, a través de ellos, ha expresado el amigo. Un sentimiento de ese género es el que sentía el iniciado caldeo o egipcio, que había tenido acceso a los misterios sagrados, mientras estaba en el Templo y contemplaba con su mirada las entidades divinas que están unidas a nuestra Tierra. Cuando después salía y percibía el mundo de las estrellas le parecía ver un mensaje de los seres espirituales. Veía escrito ante sus ojos el lenguaje de los dioses. Los fulgurantes relámpagos, el retumbante trueno, el viento de la tempestad, todo era para él una manifestación de los dioses. Los dioses se le manifestaban en todo lo que veía exteriormente. Los sentimientos que nos animan a la vista de la carta de un amigo los experimentaba frente al mundo exterior, los elementos, las

plantas, los animales, los montes, las nubes, los astros. En todo veía y descifraba el lenguaje divino.

Los egipcios experimentaban una entera confianza en las leyes que el hombre veía manifestarse en el mundo físico, y gracias a las cuales le es posible dominar la materia; así nacieron la geometría y las matemáticas. Con su ayuda el hombre podía dominar los elementos, porque tenía confianza en los descubrimientos que podía hacer su espíritu y poder imprimirlo en la materia. Así es como creó las pirámides, los templos y las esfinges. Había dado ahí un paso enorme en la conquista del plano físico. Por ese lado el hombre había llegado al fin a experimentar respeto y admiración por el mundo físico. Pero, ¿de qué maestros había tenido necesidad para llegar hasta ahí? Antes, el hombre siempre había tenido maestros como los iniciados, durante la antigua época hindú. Para ser iniciado era necesario que el ser humano fuera conducido a volver a ver artificialmente lo que el hombre antes percibía cuando estaba dotado de una conciencia clarividente debilitada. Era necesario que el iniciado fuera vuelto a conducir al mundo espiritual, a la antigua patria espiritual, a fin de poder divulgar después a los otros los conocimientos así adquiridos. Para eso tenía necesidad de un instructor. Los discípulos de los Rishis tenían maestros que les enseñaban lo que pasaba en la antigua Lemuria, en la antigua Atlántida, cuando el hombre era todavía clarividente. Lo mismo entre los persas. Las cosas cambiaron para los caldeos y los antiguos egipcios. Ciertamente, ellos también tenían instructores que ayudaban al alumno a desarrollar sus fuerzas de tal suerte que llegará a ser capaz de percibir detrás del mundo físico al mundo espiritual.

Eran los iniciados quienes mostraban lo que se encontraba tras lo físico. Pero se empleaba en Egipto otro método, se aplicaba una nueva teoría.

En la India antigua preocupaba poco la expresión del espíritu en el mundo físico, de los vínculos que unían a los hombres

con los dioses. En Egipto era necesario no sólo que el neófito viera a los dioses, sino que comprendiera cómo éstos habían formado su lenguaje celeste, cómo se habían edificado todas las formas físicas. Los antiguos egipcios tenían una enseñanza completamente semejante a la de los hindúes, pero además aprendían qué correspondencias unen las fuerzas espirituales al mundo físico. Ahí estaba un nuevo conocimiento. En la India, se hubiera revelado simplemente el mundo espiritual al neófito por la clarividencia; en Egipto se le agregaba la enseñanza de lo que en el mundo físico, corresponde a los actos del espíritu. Se mostraba al neófito qué trabajo espiritual correspondía a cada parte del cuerpo, a cada órgano y el fundador de esta escuela donde no se contentaba con revelar al espíritu sino que enseñaba también como éste había creado al físico, es el gran iniciador Hermes Trimegisto. Es Thot el tres veces más grande, quien el primero, reveló en el mundo físico un lenguaje de los Dioses. Así es como paso a paso, las civilizaciones postatlantes imprimen a la evolución de la humanidad sus diferentes impulsos. Hermes apareció a los egipcios como un enviado de los dioses. Les enseñó a descifrar en el mundo físico el sello de su obra divina.

En el curso del cuarto período, la civilización greco-latina, el hombre va a tomar contacto cada vez más íntimo con el mundo físico, y llega tan lejos en este camino que no solamente no ve ya allí los signos del lenguaje divino, sino que proyecta en el mundo de las realidades objetivas su propio Yo, su propia individualidad espiritual. Ningún arte ha producido obras comparables a las creaciones del arte griego. En el curso de la cuarta civilización es cuando el hombre se proyecta fuera de sí mismo en las creaciones de la escultura, y llega a crear, por así decirlo, su Yo físico.

En ese momento, la fuerza interior, el espíritu que reside en el hombre se exterioriza en el plano físico y penetra en la materia. El ejemplo más puro de esta unión entre el espíritu y la ma-

teria nos es dado en el templo griego. Para todos aquellos a quienes es posible tener la visión retrospectiva, el templo griego queda como una obra admirable, La arquitectura griega es la arquitectura tipo. Todo arte alcanza en un momento cualquiera su punto culminante; en Grecia la arquitectura alcanzó el suyo. La escultura y la pintura han alcanzado también en alguna parte su apogeo. A despecho de la gigantesca pirámide, el templo griego es la creación arquitectónica más admirable. Porque ¿qué es lo que realiza? Todos aquellos que tienen un sentido artístico del espacio, es decir, que sienten la relación que existe entre una línea horizontal y una línea vertical, percibirán un débil eco de él. Y todo un mundo de realidades cósmicas se anima en el alma capaz de sentir cómo la columna sostiene lo que la corona. Es necesario poder sentir que todas esas líneas existían ya, invisibles, en el espacio. El artista griego tenía la visión clarividente de la columna, y no haría más que llenar con la materia ese trazado espiritual.

Para él el espacio estaba animado, recorrido por fuerzas vivientes. ¿Cómo podría sentir el hombre moderno, hasta qué punto era viviente este punto del espacio? Encontramos vestigios en algunos antiguos pintores. En ciertos cuadros donde son representados ángeles planeando en el espacio, tenemos la impresión de que se equilibran recíprocamente. Este sentido del espacio ha desaparecido casi enteramente hoy. No tengo nada que reprochar al arte del color de un Böcklin, pero es menester decir que está desprovisto de todo sentido interior del espacio. El ser que se encuentra encima de una Pietá, por ejemplo, no se sabe si es un ángel o cualquier otra cosa -infaliblemente debe despertar en quien lo mira la impresión de que puede caer en cualquier instante sobre el grupo que está debajo-. Hay que insistir sobre estas cosas cuando se evoca algo de lo cual los hombres apenas pueden hacerse una idea hoy, del sentido del espacio de los griegos, que es, insistimos expresamente en ello, de naturaleza ocul-

ta. Un templo griego representaba algo como la creación de un espacio que se hubiera materializado a sí mismo con sus propias líneas. La consecuencia de ello es que las entidades divinas percibidas por el griego y para las cuales había edificado el templo, descendieron a ese templo y encontraron en él un hogar. Y es cierto: Palas Atenea, Zeus, etc., estaban verdaderamente presentes en el templo. Su cuerpo, su cuerpo material, era el templo mismo. Porque si esas entidades no podían encarnarse sino hasta en un cuerpo etérico, el templo les ofrecía en el mundo físico un verdadero abrigo. Podía llegar a ser su cuerpo físico, en el cual su cuerpo etérico se sintiera a gusto. Cuando se comprende el templo griego, se percibe porque se distingue de manera importante de la catedral gótica.

Esto no es una crítica de la arquitectura gótica, porque esta catedral es una espléndida obra de arte. Cuando se penetran bien las cosas, uno se puede representar que aún solo, alejado de todo ser humano, completamente reducido a sí mismo, el templo está completo. Un templo griego está concluido aún cuando ningún ser humano ore en él. No está sin alma, no está vacío, porque un dios está en él, un dios lo habita.

Pero cuando los creyentes en oración no la llenan, la catedral gótica no es perfecta. Quien lo ha comprendido no puede representársela aislada, vacía, sin la multitud creyente que la anima con sus pensamientos. Y todas las líneas, todos los ornamentos góticos contribuyen a reforzar esa impresión que da. No hay Dios, no hay ser espiritual en la catedral gótica, cuando no está llena de fieles en oración. No es sino cuando la muchedumbre de los fieles la llena que el soplo divino viene a habitarla.

El templo griego no es la casa de los fieles; fue hecho para servir de habitáculo al dios mismo. Puede quedar solo. Pero uno no se sentía abrigado en la catedral sino cuando el gentío la llenaba, cuando la masa piadosa de los creyentes estaba reunida, cuando la luz del sol atravesaba los matizados vitrales y tomaba

todos sus colores -y cuando, como sucedía a menudo, el sacerdote decía en su púlpito: "Como la luz se divide en numerosos colores, así la luz espiritual, la fuerza divina se repartió en las almas y los cuerpos del mundo físico".

No solamente el arte arquitectural de los templos, sino además todas las artes llegaron entre los griegos a esta misma perfección. El mármol de sus estatuas ha tomado la apariencia de vida; el griego expresaba en la materia física lo que vivía en su espíritu; esta cultura ha visto cumplirse la unión del espíritu con lo físico. Los romanos van a avanzar aún más en la conquista del plano físico. El griego había tenido la facultad de incorporar a su obra de arte la vida de su alma y de su espíritu; pero interiormente todavía es inseparable de un todo, de su ciudad, de la Polis; él no tiene todavía el sentimiento de su personalidad. Sucedió lo mismo en las civilizaciones precedentes; el egipcio no tenía conciencia de sí mismo como individuo, sino como miembro de una colectividad de un pueblo. Lo mismo en Grecia, el hombre no lleva su esfuerzo hacia el desenvolvimiento interior de su personalidad; su más grande orgullo es ser un espartano o un ateniense. El deseo de ser una personalidad, de ser él mismo alguien en el mundo, lo encontramos por primera vez en los romanos.

Son los primeros que sienten que el ser aislado, el individuo, tiene un valor propio. Son los primeros que tienen conciencia de lo que es el "ciudadano" y por eso crearon la jurisprudencia, el derecho, que se puede llamar a justo título una invención romana. Sólo ciertos juristas modernos, que no tienen ningún sentido de estas cosas, han tenido bastante poco sentido para decir que ya había habido antes un derecho de ese género. Es un despropósito hablar de inventores del derecho en Oriente, como lo sería por ejemplo Hamurabi. Antes de los romanos no había leyes jurídicas. No había más que leyes divinas. Para juzgar objetivamente esta conciencia jurídica moderna, había que emplear tér-

minos muy duros, ser despiadado; todas las críticas habituales serían todavía demasiado indulgentes. Solamente en la antigua Roma se ha tenido el verdadero sentimiento de lo que es un ciudadano. En ese momento ha incorporado al mundo físico hasta su propia individualidad. En la antigua Roma se ve aparecer por primera vez el testamento; la voluntad del individuo se hace tan fuerte, que ella es capaz de determinar más allá de la misma muerte como se dispondrá de sus bienes. En lo sucesivo, es el ser aislado, el individuo quien cuenta.

Ahí está el signo de que el hombre ha hecho descender el espíritu al plano físico en su propia individualidad. Ahí estuvo el punto más bajo de la evolución. El hindú planeaba todavía en las alturas espirituales, en el punto más elevado de la evolución. Con la segunda civilización, el hombre comienza a descender. Con la tercera más bajo aún. Con la cuarta ha llegado totalmente al plano físico, a la materia. Ahí hubo un momento en que el hombre debió elegir, en ese punto que es el más bajo de la evolución a que había llegado, la posibilidad de volver a ascender, de reencontrar el camino de los mundos espirituales. Pero para eso, era necesario que viniera un impulso espiritual al plano físico, a dar al hombre el poderoso empuje que le permitiría ascender al mundo espiritual.

Este impulso lo ha traído la aparición de Jesucristo sobre la tierra. El divino Cristo ha debido descender hasta los hombres, revestir un cuerpo físico y vivir en la tierra. En el momento en que el hombre se encuentra hundido enteramente en el mundo físico, es menester que un dios descienda hasta aquí para ayudarlo a reecontrar el camino del mundo espiritual. Eso no habría podido hacerse antes. En este capítulo hemos seguido la evolución de las civilizaciones postatlánticas hasta el punto más bajo de la curva; acabamos de esbozar cómo el impulso espiritual que debía salvarlo nos ha sido dado por el Cristo. Ahora es necesario que el hombre retorne al espíritu, penetrado, vivificado por



el principio crístico. Vamos a ver en lo que sigue cómo reaparece la civilización egipcia en una época como la nuestra, pero compenetrada ahora por el principio crístico.

## X

**Las Antiguas Leyendas son la Imagen  
de los Acontecimientos Cósmicos.  
El Oscurecimiento de la Conciencia Espiritual del Hombre.  
El Principio de Iniciación de los Misterios.**

Son numerosos los mitos y las leyendas de los antiguos egipcios que las concepciones espirituales del mundo han conocido bien, y que se esparcen de nuevo, pero de las cuales la tradición histórica externa no hace mención. Algunos de esos mitos nos han sido conservados en la forma que tomaron entre los griegos, porque muy a menudo las leyendas griegas que no se refieren a Zeus (Júpiter) y a su familia provienen de los misterios egipcios. Vamos a encontrar más de una leyenda que ayuda a comprender la evolución, a pesar de lo que cree la historia que no ve allí nada de interés.

¿Con qué fin hemos debido estudiar el otro lado de la evolución, esa decir el lado espiritual? Todo lo que pasa en el plano físico queda como acontecimiento, como hecho físico. Pero la ciencia espiritual no se interesa solamente por lo que pasa en el mundo físico; ella se ocupa también de los acontecimientos del mundo espiritual, de lo que sucede al hombre entre la muerte y

un nuevo nacimiento. La terminología hindú llama “Kamaloka” al estado de conciencia del hombre después de su muerte, durante el cual vive en el cuerpo astral. Durante ese tiempo, el hombre tiene todavía necesidad del mundo físico. Después viene el tiempo en que el hombre debe prepararse para una nueva vida; es el estado de conciencia del Devakán; no está ya directamente en relación con el mundo físico, con las impresiones físicas. Tenemos dos ejemplos para representarnos lo que distingue la vida del Kamaloka del Devakán. Sabemos que muriendo, uno no se despoja al instante de su vida de deseo. Supongamos que un hombre haya sido durante su vida un fino “gourmet”; que haya experimentado un gran placer en probar alimentos sabrosos. En el momento en que muere no pierde instantáneamente esta gula, este amor a las cosas buenas. Los anhelos y deseos forman parte del cuerpo astral y no del cuerpo etérico. Y como, después de la muerte conserva su cuerpo astral, guarda al mismo tiempo sus deseos, pero le falta el instrumento que le permitía satisfacerlos, el cuerpo físico. El amor a las cosas buenas no depende del cuerpo físico, sino del cuerpo astral, y después de la muerte aparece en el hombre una verdadera avidez y le hace languidecer por todos los goces de la vida que ha dejado. Es por eso que sufre hasta que se ha desembarazado de sus deseos, hasta que se ha despojado de todas las ansias desarrolladas en él gracias a los órganos físicos. Durante todo ese tiempo el hombre se encuentra en el Kamaloka. Después comienza el período en que no siente más esos deseos, que no pueden ser satisfechos sino por los órganos físicos. Entra entonces en el Devakán.

Al mismo tiempo que se desatan los vehículos que lo encadenan al mundo físico, comienza a adquirir la conciencia del mundo devakánico. Este mundo se le parece cada vez más claramente. Solo que, cuando se encuentra allí, el hombre moderno no tiene todavía esta conciencia. En el mundo del Devakán, el hombre forma parte de un todo, es un órgano del mundo espiritual.

Como la mano, si pudiera hacerse consciente no se sentiría sino como un fragmento del organismo físico, el hombre siente, cuando está en el estado de conciencia devakánico: Soy un miembro del mundo espiritual, uno de los seres espirituales. El adquirirá más tarde su autonomía ahí también, Pero desde ahora, contribuye a la gran obra del Cosmos, actúa sobre el reino vegetal desde lo alto de las regiones espirituales. El contribuye a toda la obra entera, no por interés personal, sino como parte del todo, como servidor del mundo espiritual. No es necesario creer que los acontecimientos que transcurren en el mundo devakánico, no están ellos también sometidos a transformaciones, Los hombres tienen a menudo la secreta impresión de que aquí nuestra tierra se metamorfosea, pero que el mundo del más allá queda inmutable; no hay nada de eso. La descripción que os hago en este momento del Devakán es la que corresponde aproximadamente a su estado actual. Pero tratemos de recordar cómo pasaban las cosas antes, cuando nuestras almas estaban encarnadas en el tiempo de la civilización egipcia.

Nuestra mirada se posaba entonces sobre las pirámides gigantes y los otros monumentos de la arquitectura egipcia. En los tiempos antiguos nuestro mundo físico tenía un aspecto muy distinto del actual. Desde esos tiempos el rostro de la tierra ha cambiado mucho, muchísimo. No tenemos necesidad de referirnos sino a la ciencia materialista que nos enseña que hace algunos milenios Europa estaba poblada por animales completamente diferentes a los actuales. El rostro de la tierra cambia continuamente y es por eso que el hombre se encuentra constantemente frente a nuevas condiciones de existencia, cosa que es a todos evidente. Pero cuando se describen a la gente los hechos del mundo espiritual, están fácilmente tentados a creer que lo que pasaba en el mundo espiritual cuando ellos murieron 1000 años antes de Jesucristo, por ejemplo, pasa hoy de la misma manera. Las condiciones del otro mundo cambian exactamente co-

mo las del mundo físico. La morada en el Devakán era muy diferente de la de hoy, cuando se llegaba allí al salir del mundo egipcio o del mundo griego. Allí también las cosas están sometidas a una evolución. Es natural que describiéramos las condiciones actuales del Devakán; pero ellas no han tenido siempre este aspecto. Tenemos ya una idea cuando nos transportamos al contenido de los capítulos precedentes.

Hemos visto que en otros tiempos, hasta la época atlante, el hombre vivía más interiormente en el mundo espiritual. Durante su sueño se encontraba en medio de los seres espirituales. Después la conciencia de esta vida fue disminuyendo cada vez más. Cuando nos remontamos más lejos todavía en el pasado, vemos que el hombre vivió enteramente en el mundo espiritual. Antes la diferencia entre el sueño y la muerte no era tan grande como hoy. En los tiempos muy remotos, el hombre dormía durante muy largos períodos. Ellos correspondían poco más o menos al tiempo que comprende una encarnación y la vida después de la muerte que la termina. Descendiendo progresivamente hacia el plano físico, el hombre se ligó a él cada vez más. Hemos visto que en la India el hombre eleva constantemente su mirada hacia un mundo superior y que en Persia, emprende ya la conquista del plano físico. El hombre desciende cada vez más bajo y en la época greco-latina se realizará la unión del espíritu y la materia, de los mundos espirituales y el mundo físico. Cuanto más se aproximaban los tiempos a la mitad de esta época, más aprendía el hombre a amar el mundo físico y más tenía interés por él. Pero al mismo tiempo se efectuaban igualmente transformaciones en lo que llamamos las experiencias que se cumplen entre la muerte y un nuevo nacimiento. Cuando nos remontamos a los primeros tiempos de la época atlante, hallamos que los hombres son poco atraídos por el mundo físico. Los iniciados de esta época podían alcanzar los mundos superiores, los mundos devakánicos y relataban a los otros hombres lo que ellos habían

visto allí. Y en el ser humano, que con todos sus pensamientos, con todos sus sentidos, se sentía atraído, arrebatado hacia el mundo real, hacia la patria verdadera, este relato era un obstáculo para el interés que habría podido inspirarle el mundo físico. Pero cuando llegaba al Devakán, después de estar unido tan imperfectamente al mundo físico se encontraba dotado de una conciencia bastante clara. Luego al reencarnar durante la civilización persa, este hombre se sentía ya más atraído hacia el plano físico pero pagaba este interés con un oscurecimiento de la conciencia en el seno del Devakán. Durante la civilización caldeo-egipcia, su conciencia en el Devakán era confusa, debilitada. Por su misma naturaleza, esta conciencia quedaba más elevada, más espiritual que la del mundo físico, pero su intensidad disminuía cada vez más. En la época greco-latina está excesivamente oscurecida, debilitada. No ha sido comparable jamás a la conciencia del sueño. El hombre tuvo siempre de ella el sentimiento neto y consciente. Con la marcha progresiva de la evolución, se borró cada vez más.

La principal razón de los Misterios fue la necesidad de dar al hombre la posibilidad de aclarar, de afirmar esta conciencia del mundo espiritual.

Supongamos que esos misterios no hubieran existido, que no hubieran habido iniciados; la conciencia de los mundos espirituales hubiera sido cada vez más crepuscular, cada vez más ensombrecida. Solamente la iniciación practicada en los Misterios y con ella la adquisición de facultades que abrían el acceso al mundo espiritual, solo los relatos que hacían los iniciados, los mitos y las leyendas, aportaban un poco de luz, de claridad a esta conciencia devakánica, de la que estaba dotado el hombre entre la muerte y un nuevo nacimiento. Todos los que se habían aclimatado al plano físico, verdaderamente sintieron el debilitamiento de la conciencia del mundo espiritual. La iniciación es la que permite, durante la vida, tener acceso al mundo espiritual y

aprender lo que allí pasa. El iniciado eleusino ha realizado verdaderamente la experiencia directa de esta oscuridad que ha ensombrecido al mundo del espíritu. Son reales las palabras que un iniciado ha dicho: "Más vale ser mendigo en el mundo físico, que un rey en el reino de las sombras". Pero estas palabras han nacido igualmente de las experiencias que tenían los iniciados en el mundo espiritual. Estas cosas no nos parecerán jamás bastante profundas, y no podemos comprenderlas sino cuando conocemos los hechos del mundo espiritual. Considerémoslos ahora bajo una forma más concreta.

Si nada hubiera pasado, si el hombre hubiera continuado descendiendo en el plano físico, la conciencia entre la muerte y un nuevo nacimiento se hubiera oscurecido cada vez más. Al fin todo contacto con el mundo espiritual se habría perdido. Y aunque eso pudiera parecer extraño a quien está todavía deformado interiormente por algún aspecto del materialismo, lo que os voy a decir, sin embargo es cierto: el hombre habría sido condenado a la muerte espiritual. Lo que deja libre y afirma la conciencia entre la muerte y un nuevo nacimiento, es la misma iniciación, o bien, hoy en un grado pequeño una unión aún pasajera, del hombre con el mundo espiritual, experiencias que no desaparecen con el cuerpo del ser humano, sino que quedan unidas a su naturaleza más íntima en el mundo espiritual. En eso consistió la tarea de los Misterios, en toda la evolución espiritual, la misión de los grandes iniciados antes de Cristo y sobre todo de la misma entidad que llamamos el Cristo. Todos los iniciados que han vivido antes que El han sido para así decirlo, sus precursores; han sido enviados como mensajeros destinados a preparar su venida.

Llegamos ahora a la venida del mismo Cristo. Imaginemos un ser humano que lo ignora totalmente, que no hubiera tenido jamás la ocasión de estudiarlo, de asimilar los misterios del evangelio según San Juan, que no se hubiera dicho jamás: Quiero vivir conforme con el Cristo, que ha vivido y actuado, quie-

ro hacer míos los principios que ha enseñado. Imaginemos pues un ser que no hubiera sentido jamás la proximidad del Cristo, y que no pudiera por consecuencia entrar en el mundo espiritual enriquecido con el tesoro del cual debe munirse el hombre de hoy, si quiere evitar el oscurecimiento de su conciencia. La imagen, la concepción que se ha formado del Cristo, es para el hombre una fuerza que ilumina su conciencia después de la muerte, que lo salva del destino ante el cual habrían sucumbido los hombres si el Cristo no hubiera venido a nosotros. Sin duda, si el Cristo no hubiera venido a nosotros, la entidad humana hubiera continuado existiendo, pero la conciencia después de la muerte jamás hubiera podido volver a hallar su claridad. Lo que da su sentido a la venida del Cristo, su verdadera importancia, es que ha incorporado a la individualidad del hombre algo de un inmenso alcance. El acontecimiento del Gólgota preserva al hombre de la muerte espiritual cuando llega a asimilarlo profundamente, a identificar su propio ser con el impulso espiritual que de él emana.

Entre tanto no es necesario creer que los otros grandes guías de la humanidad han tenido una importancia de segundo orden. No se trata aquí de hacer del Cristo un punto de apoyo de un dogma exclusivo: Eso sería actuar en oposición al verdadero cristianismo, porque quien conoce los acontecimientos sabe que en los antiguos Misterios se ha enseñado el cristianismo. Y esta frase que ha pronunciado San Agustín, es profundamente cierta: Lo que se llama hoy religión cristiana existía ya entre los antiguos, y en los comienzos de la raza humana, hasta el momento en que el Cristo apareció en un cuerpo de carne, y a partir del cual la verdadera religión, que existía ya anteriormente, recibió el nombre de cristianismo. No es el nombre lo que importa, es necesario principalmente comprender bien el sentido del impulso crístico. El Cristo vino a nosotros en el momento en que la evolución había alcanzado su nivel más bajo, pero Buda, Her-

mes y todos los grandes iniciados tuvieron el conocimiento de su venida; ellos sintieron que El vivía en ellos.

Esto es particularmente visible cuando se estudia la personalidad de Buda que es necesario comprender claramente. Para concebir lo que significa, lo que ha sido, nos es necesario rozar un asunto del cual no se puede hablar sino entre estudiosos de la ciencia espiritual. Uno se hace en general una idea demasiado simplista de los misterios de la reencarnación.

No hay que creer que un alma encarnada hoy en la triple envoltura de sus cuerpos ha vivido tal cual en una encarnación precedente, siguiendo ella misma a una encarnación del mismo género, y así después siempre según el mismo esquema. Las cosas son mucho más complicadas, mucho más misteriosas.

Aunque Mme. Blavatsky empleó todos sus esfuerzos en enseñar a sus discípulos más próximos cuán complejos son estos misterios, todavía hoy, uno no se hace una justa idea. Uno se imagina simplemente que reencarnar un alma es entrar a intervalos regulares en un cuerpo. He ahí una representación un poco simplista de las cosas. Muchas veces sería imposible comprender bien ciertas personalidades históricas, por ejemplo, de acuerdo con un esquema de este género. El estudio de estos hechos exige un trabajo mucho más complejo. Encontramos en la época atlante, seres que vivían alrededor del hombre como hoy sus contemporáneos, pero que el hombre no veía, no conocía sino cuando se había despojado de su cuerpo físico, y estaba en los mundos espirituales.

Y hemos visto que ahí vivía en la compañía de Thor, de Zeus, de Wotan, de Baldur. De día estaba en el mundo físico, pero cuando se encontraba en otro estado de conciencia aprendía a conocer entidades espirituales que no seguían la misma evolución que la suya. En los primeros tiempos de la existencia de la Tierra, el hombre no tenía un cuerpo tan denso como ahora; en cierto momento no tenía todavía un armazón ósea; los

ojos físicos no podían ver el cuerpo de los atlantes sino hasta un cierto punto.

Pero había otros seres que no podían descender hacia el plano físico sino hasta el nivel etérico, que no podían encarnar sino en un cuerpo etérico. Había otros que podían encarnarse todavía en el tiempo en que el aire se encontraba lleno de vapores líquidos. En aquellos tiempos cuando el hombre vivía todavía en una atmósfera hecha de niebla y de agua, esas encarnaciones de seres espirituales eran aún posibles; Wotan por ejemplo, ha sido una de esas entidades así encarnadas. Le era posible como al hombre, encarnarse en una materia líquida ligera. Tomaba pues la forma humana y recorría el mundo físico. Pero cuando la Tierra se hizo más y más densa y el hombre revistió forma cada vez más pesada, rehusó penetrar en esta materia tan espesa y quedó en los mundos invisibles, escapando a la tierra. Así fue para todos los seres espirituales. Pero a partir de ese momento los de abajo, se elevaban para encontrar las alturas espirituales. La evolución exigió del hombre que descendiera hasta lo bajo de la curva. Hasta ahí los dioses lo acompañaron en su camino. Pero después ellos tomaron otro camino, invisible a los seres del plano físico.

Sin embargo, los seres humanos que vivían de acuerdo con las enseñanzas de los iniciados purificaban los elementos más sutiles de su naturaleza; ellos iban, por así decirlo, al encuentro de los dioses. El hombre, poseedor de un cuerpo de carne, podía purificarse de tal suerte, que un ser que no podía descender hasta un cuerpo físico, por ser demasiado material, planeaba sobre él y en el cuerpo astral y en el cuerpo etérico de ese hombre penetraba entonces un ser superior, ya que no podía disponer para sí mismo de una forma física, pero que podía revelarse en un ser humano y hablar por su boca. Este fenómeno nos permite comprender que la encarnación no está absolutamente en el orden de las cosas simples. Puede suceder muy bien que un ser humano

perfeccione y purifique suficientemente sus tres cuerpos como para llegar a ser en una próxima encarnación, el vaso de elección de una entidad espiritual. Es lo que pasó en Buda, cuyo cuerpo pudo así recibir el espíritu de Wotan. La entidad que la mitología germana llama Wotan, está por otra parte emparentada por el mismo sonido.

Se puede decir que, por este hecho, los misterios de la época atlante pasaron en gran parte a las enseñanzas y revelaciones del Buda. Tuvo la experiencia interior de lo que había sido la vida de los dioses y de los hombres en las esferas espirituales de aquel tiempo. La doctrina del Buda tiene muy poco en cuenta al plano físico, no lo considera sino como un lugar de dolor, y valúa muy alto la liberación de sus ataduras, porque es la enseñanza de Wotan que reaparece en ella, porque es el espíritu de Wotan que muy a menudo habla a través de Buda. Es por esto que los que han comprendido mejor la doctrina budista son los seres que no habían sobrepasado el nivel de evolución de la Atlántida. Hay ciertas razas entre las poblaciones asiáticas que han quedado a ese nivel. Exteriormente, ellas han debido naturalmente seguir el resto de la humanidad en su progresión.

Pero en las poblaciones mongólicas, por ejemplo, se encuentran muchos rasgos de la humanidad atlante; se estacionaron, quedaron en la retaguardia de la humanidad. Este carácter estático, estacionario, que se observa en las poblaciones mongoles, es heredado de los tiempos atlantes. Es por eso que las enseñanzas del Buda están extendidas especialmente entre esas poblaciones. El mundo continúa su camino, va adelante. Aquél a quien la evolución devela su sentido oculto, no establece distinciones arbitrarias entre los hechos, no elige, no dice: Prefiero esto o aquello. Sabe que la religión de un pueblo es una necesidad espiritual. Porque la población europea está enteramente hundida en el mundo físico, les es imposible sentir profundamente el budismo, identificarse con el corazón de la enseñanza del Buda.

El budismo jamás ha podido llegar a ser una religión universal.

No sería necesario creer que el personaje histórico de Buda tenía conciencia de todo lo que representaba. Tendríamos necesidad de hacer una exposición muy larga para exponer esto en detalle. Estamos lejos de haber agotado la complejidad del personaje histórico que ha sido Buda. Había en el ser humano, en el hombre Buda, no solamente una entidad que había vivido en la época atlante, sino además alguna otra cosa, algo de lo cual habría podido decir: "Esto, yo no lo puedo concebir todavía, es algo que vive en mí, pero en lo que no hago más que participar". Este algo es la entidad del Cristo. Ella animaba ya en los grandes profetas. Ella ya era bien conocida en los antiguos Misterios, y siempre se allí del que debía venir.

Y vino. Pero su venida fue sometida a ciertas necesidades históricas que están en la base de la evolución y no habría podido encarnarse en un cuerpo físico cualquiera. Le era posible penetrar en Buda, quedando por así decirlo en el dominio de su subconsciente. Pero no podía encarnarse en un cuerpo de carne, sobre la Tierra, si no encontraba un cuerpo físico, un cuerpo etérico y un cuerpo astral bastante bien preparado para recibirlo. Disponía de las más grandes fuerzas, pero no podía encarnarse más que si otro ser había afinado, purificado suficientemente un cuerpo físico, un cuerpo etérico y un cuerpo astral. El Cristo no pudo encarnarse sino gracias a una personalidad que supo alcanzar ese alto grado de desarrollo. Esa personalidad fue Jesús de Nazareth. Había alcanzado un tal alto grado de perfección, que pudo durante su vida, purificar su cuerpo físico, su cuerpo etérico y su cuerpo astral al punto de poder abandonarlos a la edad de treinta años y dejándolos capaces de continuar viviendo, para ser utilizados por una entidad superior. Me ha sucedido a menudo, cuando he expuesto que era necesario que Jesús hubiera alcanzado un alto grado de desarrollo para poder sacrificar sus cuerpos, oír una objeción muy rara: Pero eso no es un sacrificio, al contrario

¿puede uno representarse algo más hermoso? No se debería hablar de sacrificio cuando se trata de abandonar su cuerpo a la acción de una entidad tan elevada. Sí, ciertamente es una tarea muy hermosa, y el sacrificio no es tan grande cuando uno se lo representa de una manera tan teórica, pero desearía contestar a los que hacen esta objeción: Ensayadlo vos mismo. Ciertamente, todos se encuentran listos a hacer el sacrificio, pero la situación cambia un poco cuando se trata de pasar a la acción. Son necesarias fuerzas inmensas a quien quiere purificar sus cuerpos hasta el punto que puedan continuar viviendo cuando se los deja. Y para adquirir esas fuerzas son necesarios sacrificios.

Jesús de Nazareth, para llegar a ello, debió desde luego ser una muy elevada individualidad. El Evangelio según San Juan indica en qué momento dejó Jesús su cuerpo físico, su cuerpo etérico y su cuerpo astral para entrar en el mundo espiritual y en el cual el Cristo penetró en esa triple envoltura corporal. En el momento del bautismo de Jesús en el Jordán.

Ahí pasó en el cuerpo de Jesús de Nazareth algo muy importante. Lo que os voy a decir a este respecto va una vez más a espantar a los materialistas. En ese momento se produjo algo particular hasta en el cuerpo físico de Jesús de Nazareth. Si queremos comprender lo que pasó en el instante del bautismo en que el Cristo entró en Jesús, debemos aplicarnos al estudio de algo que parece muy extraño, pero que no es menos cierto.

En el curso de la evolución de la humanidad, los diferentes órganos del cuerpo, se desarrollaron, se perfeccionaron poco a poco. Hemos visto que en el momento en que el organismo alcanzó en su formación la altura de las caderas, hicieron su aparición ciertas funciones. Paralelamente a esta formación anatómica de la individualidad humana se efectuaba un endurecimiento del sistema óseo. Cuanto más se emancipaba el hombre, más se endurecía su sistema óseo y más poderosa se hacía también la muerte. Es un punto que hay que tener en cuenta si se

quiere comprender lo que sigue: ¿Por qué debe morir el hombre? ¿Por qué su cuerpo debe ser presa de la descomposición? Es que el cuerpo humano, comprendidos los huesos, puede llegar a ser presa del fuego. El fuego consume todo, hasta la sustancia ósea. El hombre no puede actuar sobre sus huesos, por lo menos actuar conscientemente. He ahí un dominio que está fuera de su poder. En el momento del bautismo en el Jordán, en que el Cristo penetró en el cuerpo de Jesús de Nazareth, el sistema óseo de este ser se hizo completamente diferente del de los otros hombres. Este hecho no se habría producido jamás antes, no se reprodujo jamás desde entonces hasta hoy. Con la entidad crística penetró en el cuerpo de Jesús algo que dominaba las fuerzas que consumen los huesos. Hoy el hombre no tiene en su voluntad el poder de construir los huesos. Pero la fuerza consciente de la entidad crística dominó el cuerpo entero, hasta sus huesos; es uno de los hechos que hacen tan importante el bautismo del Jordán. El ha implantado algo en la tierra que se puede llamar el poder de la muerte, porque la muerte apareció con los huesos.

Una potencia que se apodera de un cuerpo hasta sus huesos consigue al mismo tiempo una victoria sobre la muerte, vence la muerte en el mundo.

He ahí un misterio sagrado. Por el Cristo algo de divino, de profundamente santo ha penetrado en los huesos de Jesús de Nazareth. Por eso los huesos debían ser respetados. Por eso se cumplieron las palabras de las Escrituras: "Sus huesos no serán quebrantados". La mano humana no debía tocar las fuerzas divinas. He ahí uno de los profundos misterios de la evolución de la humanidad.

Llegamos al mismo tiempo a una de las concepciones más importantes del cristianismo esotérico, que nos permite ver que ese cristianismo está penetrado por las verdades más elevadas. Llegamos al bautismo. Por el hecho de que la entidad crística había tomado posesión de tres cuerpos que habían pertenecido a

la individualidad de Jesús, un ser que antes había habitado en el Sol, se unía a la Tierra. Antes había estado unido a la Tierra hasta que el Sol se separó de ella. El Cristo la dejó al mismo tiempo y desde entonces, no había podido ejercer su acción sobre la Tierra sino desde afuera. En el instante en que se efectuó el bautismo la elevada entidad crística se reunió de nuevo plenamente con la Tierra. Antes actuaba sobre ella desde afuera, influenciando a los profetas y participaba en los Misterios. En ese momento, El se encarnaba sobre la misma Tierra en un cuerpo físico humano. Y si, colocado en un punto lejano del Universo, un ser hubiera podido observar la Tierra a través de los milenios, un ser que no solo hubiera observado la Tierra física, sino también sus corrientes espirituales, su cuerpo astral y su cuerpo etérico, este ser habría visto efectuarse profundos cambios en el momento del bautismo y en el instante en que, sobre el Gólgota, la sangre brotó de las heridas de Cristo.

El cuerpo de la Tierra fue profundamente transformado. Recibió algo nuevo, tomó nuevos colores. Otra fuerza se incorporó a la Tierra. La que antes actuaba sobre ella desde fuera, se le unió. Eso es lo que hará la fuerza de atracción recíproca de la Tierra y el Sol tan grande, que se reunirán de nuevo, y el hombre volverá a hallarse entre los espíritus del Sol. Es el Cristo quien da a la Tierra la posibilidad de unirse de nuevo con el Sol y de volver a estar en el seno de la divinidad.

Tal es el acontecimiento que se produjo y tal es su significación. Eso es lo que era necesario sentir como se debe antes de hacer comprensible la importancia de la encarnación del Cristo para la Tierra. Y ahora podemos concebir cómo, uniéndose interiormente al Cristo el hombre puede lograr algo que ilumina la conciencia después de la muerte. No perdamos esto de vista y comprenderemos igualmente que la vida entre la muerte y un nuevo nacimiento está sometida también a una evolución. Preguntémonos ahora ¿por qué pasó todo esto?

El hombre ha vivido al principio en el seno de la divinidad y después descendió al plano físico. Si hubiera quedado en lo alto, no habría adquirido jamás la conciencia de sí mismo que tiene hoy, No habría tenido jamás el Yo. Solamente en cuerpo físico podía expandirse la conciencia de sí mismo en toda su luminosa claridad. Era necesario que los objetos exteriores vinieran a oponerse a él, que se distinguiera de ellos, era menester que descendiera al mundo físico.

El hombre descendió a la Tierra para adquirir un Yo. Por el Yo, el hombre es un hijo de los dioses. Ese Yo descendió de las alturas espirituales y ha sido transformado en el cuerpo físico para llegar a ser luminoso y claro. Es la materia endurecida del cuerpo humano la que ha dado al hombre su Yo, su conciencia de sí mismo, que le ha permitido adquirir el conocimiento. Pero al mismo tiempo lo ha encadenado a la masa de la Tierra, a la roca terrestre.

Antes de recibir su Yo, el hombre había adquirido un cuerpo físico, un cuerpo astral y un cuerpo etérico. Cuando el Yo se desarrolló poco a poco en esos tres cuerpos, los transformó. No hay que olvidar que todos los elementos superiores del ser humano trabajan en el cuerpo físico.

Si el cuerpo físico es lo que es, es en razón de la acción que ejecutan sobre él los cuerpos etéricos, astral y el Yo. Todos los órganos del cuerpo físico han sufrido en un cierto sentido la influencia de las transformaciones que se han efectuado en los cuerpos superiores. Los seres que quedaron atrás vinieron a ser diferentes formas animales, por ejemplo, los pájaros bajo la influencia predominante del cuerpo astral. A medida que se hacía más y más consciente de sí mismo, el Yo ha transformado al cuerpo astral. Ya hemos visto que ciertos humanos se aislaron del resto de la evolución. Lo que se llama los animales apocalípticos, son tipos en los cuales uno u otro de los cuerpos superiores jugó un papel preponderante.



El Yo ha desempeñado ese papel entre los seres de tipo ángel u hombre.

Ahora bien, todos los órganos se han adaptado a los cuerpos superiores del ser humano. Por el hecho de que el Yo penetró en el cuerpo astral lo embebió enteramente, se formaron en el hombre y en los animales ciertos órganos que los separaron como consecuencia del resto de la evolución. uno de los órganos, por ejemplo, es debido al hecho de que un Yo ha descendido a la tierra. En la Luna ningún Yo estaba unido a los seres de esa época.

Ciertos órganos están en relación con la evolución: son el hígado y la bilis. La bilis es la expresión física del cuerpo astral. Ella no está en relación con el Yo, pero el Yo actúa sobre el cuerpo astral y las fuerzas del cuerpo astral sobre la bilis. Captemos ahora en su conjunto el cuadro que el iniciado exponía al egipcio: El hombre dotado de un Yo consciente ha sido encadenado al cuerpo de la Tierra. Representase al hombre encadenado a la roca terrestre, al cuerpo físico. Algo ha pasado en la evolución que mina, que roe su inmortalidad. Representate las funciones que han creado el hígado; ellas han nacido por el hecho de que el cuerpo ha sido atado a la roca terrestre. Es el cuerpo astral que lo roe. Tal es la imagen que era evocada ante el neófito egipcio y que ha llegado a Grecia bajo la forma de la leyenda de Prometeo. No hay que aproximarse al mito con manos groseras. No hay que despojar esta imagen como se quita a la mariposa el polvo coloreado de sus alas. Dejemos a las alas su color, dejemos a las flores su rocío. No se puede deformar esas imágenes. No se puede decir: Prometeo significa esto o aquello. Hay que tratar de encontrar el hecho espiritual y después comprender la imagen que de él ha nacido y que ha pasado a la conciencia humana.

El iniciado egipcio conducía a su alumno hasta un grado en que aprendía a comprender la evolución del Yo del hombre. Era menester que su espíritu pudiera formarse su imagen. Pero no debía tomar los hechos brutalmente; la imagen se eleva ante él,

luminosa y viviente: el iniciado egipcio no quería comprimirla en forma de sentencia, de ideas secas y vacías, más bien quería dar en imágenes su significado. La leyenda de Prometeo ha sido embellecida, engalanada de poesía; no tenemos el derecho de poner ahí más que los hechos ocultos que la constituyen, ni tampoco de despojar a la imagen de sus bellas fuerzas artísticas.

Otra cosa aún. Cuando llegó a la Tierra el hombre no estaba todavía dotado de un Yo. Antes que el Yo lo penetrara, otras fuerzas eran dueñas del cuerpo astral. Después el cuerpo astral luminoso y fluido fue penetrado por el Yo. Antes las fuerzas astrales habían sido enviadas al hombre por las entidades espirituales. El cuerpo astral estaba ahí, pero animado por los seres divinos. Claro y puro rodeando con su corriente luminosa el germen del cuerpo físico y del cuerpo etérico. Su onda muy límpida los rodeaba y los penetraba. Pero con el Yo apareció el egoísmo, y el cuerpo astral se oscureció, la onda de oro puro desapareció cada vez más hasta el momento en que el hombre, descendido al plano físico, alcanzó su punto más bajo en la época greco-romana.

Era necesario que los hombres buscaran volver a encontrar este aflujo puro del cuerpo astral y esto es lo que en los Misterios se llamó: la búsqueda de la pureza original del cuerpo astral. Los misterios eleusinos tendían a dar al cuerpo astral su limpidez de oro puro igualmente los misterios egipcios. La conquista del Vellocino de Oro representa una de las pruebas de la iniciación egipcia; ella nos ha sido conservada en la maravillosa leyenda de Jasón y los Argonautas. Hemos seguido el curso de la evolución, cuando los órganos inferiores se asemejaban todavía a los barcos de que hemos hablado, el curso astral en la masa líquida terrestre, tenía todavía su color luminoso y dorado. En la Tierra líquida el cuerpo astral del hombre era de una transparencia dorada. La historia de los Argonautas representa la búsqueda de ese cuerpo astral. La conquista del vellocino de Oro está

ligada al mito egipcio por vínculos sutiles y finos. Los acontecimientos históricos exteriores están en relación con los hechos espirituales. No hay que creer que eso no es más que un símbolo. La expedición de los Argonautas tuvo lugar verdaderamente, tanto como la guerra de Troya. Los acontecimientos exteriores son el aspecto visible de los procesos internos; ellos forman los hechos históricos. Entre los neófitos griegos, el hecho histórico llegaba a ser un acontecimiento interno: la conquista del Vello-cino de Oro venía a ser la del astral puro.

Continuando este estudio, veremos aún algunos hechos de los Misterios y hallaremos cómo los misterios egipcios están en relación con la vida actual.

## XI

### **El Conocimiento de la Evolución y la Ciencia Fisiológica Cósmica de los Antiguos Egipcios Reaparecen Hoy en una Forma Materialista.**

En diferentes párrafos hemos tratado de esbozar la evolución postatlante, e indicado que en nuestra época se efectúa una especie de repetición, de resurrección de las experiencias que los hombres vivieron durante la época caldeo-egipcia. Vamos a esbozar esquemáticamente el vínculo que unió esas dos épocas, como lo hemos hecho con las otras civilizaciones. Ya se ha visto que la cultura hindú se reproducirá en el curso de la séptima civilización, la época persa en el curso de la sexta, que la época egipcia se repite actualmente, y que la cuarta civilización, la época greco-latina quedará aislada sin correspondencia. Vamos a ver qué vínculo une nuestro tiempo con la época egipcia y qué experiencias internas y externas hechas en otro tiempo por los hombres, resucitarán hoy.

Fuerzas espirituales misteriosas, a las cuales corresponden ciertas fuerzas en el mundo físico, son la causa de esas repeticiones. Ellas provocan la resurrección de ciertas condiciones exteriores e internas. En el punto central de la evolución se coloca

la civilización greco-latina, durante la cual el Cristo aparece sobre la Tierra y se cumple el Misterio del Gólgota.

No solamente se transformaron las condiciones exteriores de la vida sobre el plano físico, sino que son sometidos a cambios los acontecimientos del mundo espiritual. Hemos indicado que el alma del egipcio que contemplaba las inmensas pirámides, no era ya la misma cuando se reencarnó en la época greco-latina, y se transformó de nuevo para adaptarse a nuestra época. Hemos visto que además, una suerte de progreso, de transformación se efectúa igualmente entre la muerte y un nuevo nacimiento, en el Kamaloka y en el Devakán, de suerte que el alma efectúa diversas experiencias según la época en la cual deja el cuerpo físico y penetra en el Kamaloka o el Devakán. El mundo exterior cambia, pero el mundo espiritual está igualmente sometido a un progreso, y las experiencias que allí tienen las almas se transforman.

Vamos ahora a estudiar, desde nuestro punto de vista de aquí abajo la aparición del Cristo en nuestra Tierra. ¿Qué importancia tiene esta aparición para las almas de los muertos, para la vida del más allá, para la existencia espiritual? Antes de ahondar este estudio hagámoslo preceder de ciertas consideraciones sobre lo que pasaba en el más allá y en el mundo físico en la época egipcia.

Según hemos visto al tratar las grandes épocas de la evolución terrestre, podemos representarnos la civilización caldeo-egipcia como reflejo en el mundo interior del conocimiento, en la vida espiritual, de lo que había pasado durante la época lemúrica, durante y después de la partida de la Luna. Los acontecimientos que pasaron en esa época, los encontraron los hombres como recuerdos en las enseñanzas de los iniciados egipcios. Durante su iniciación, el egipcio realizaba internamente la experiencia de lo que el hombre percibe solamente después de haber franqueado la puerta de la muerte. Sin duda, esta experiencia interna era diferente de lo que percibe el alma de un muerto. Aque-

lla era diferente y mucho más rica. Vamos a caracterizar en algunas palabras la naturaleza de la iniciación egipcia, lo que forma la base de nuestro presente estudio. La iniciación egipcia es muy diferente de la practicada en la época que siguió a la venida de Cristo. Porque esta venida ha transformado en su esencia la naturaleza de la iniciación.

Paralelamente al descenso sobre el plano físico, las experiencias hechas entre la muerte y un nuevo nacimiento se hacían cada vez más oscuras, se debilitaban. Cuanto más se afirmaba la conciencia física del hombre, más cara se le hacía la morada en la Tierra; cuanto más descubrían sus leyes, más se oscurecía su conciencia en el mundo espiritual. Pero antes que el hombre hubiera descendido al abismo de la materia, no le era posible vivir en su cuerpo físico, lo que le fue necesario es el haber vivido entre el nacimiento y la muerte para tener acceso a la visión de los mundos espirituales.

La iniciación es lo que da al hombre la facultad de desarrollar en sus cuerpos superiores órganos de clarividencia. Hoy el hombre no ve en las tinieblas. Es porque su cuerpo astral no está provisto de órganos de percepción. Como los ojos y los oídos son órganos de percepción física, y se forman en el cuerpo, así es necesario que órganos suprasensibles se desarrollen en los cuerpos superiores del hombre y los completen. Ese fin puede ser alcanzado por ciertos ejercicios de meditación y de concentración. El hombre hace esos ejercicios después de haber recibido de los iniciados una enseñanza de conjunto respecto a los mundos superiores. Los neófitos de todas las épocas han estudiado siempre lo que llamamos hoy la teosofía elemental. Se veía estrictamente para que los neófitos adquirieran progresivamente el conocimiento de esas verdades. Cuando la preparación teórica era suficiente y los neófitos estaban preparados, se les enseñaban los ejercicios internos. Estos ejercicios correspondían a un fin bien definido. Cuando se deja actuar sobre uno las im-

presiones de los sentidos, estas impresiones se prolongan en el cuerpo astral, que las transmite al Yo. Pero el hombre no está en estado de retenerlas cuando, por la noche, su cuerpo astral y su Yo dejan el cuerpo físico y etérico.

Las impresiones sensibles que el hombre recibe en el plano físico no son bastante profundas como para que las conserve. Pero cuando se entrega a los ejercicios de meditación y de concentración, concebidos según una experiencia milenaria, esas impresiones acompañan al cuerpo astral cuando se aleja a la noche fuera del cuerpo físico. El cuerpo astral recibe así impresiones plásticas, que lo forman, lo organizan, como han sido formados los órganos suprasensibles de clarividencia. Sin embargo, todavía está lejos de poder servirse de esos órganos cuando acaban de ser impresos en el cuerpo astral. Es necesario algo más para que el cuerpo astral, cuando vuelve a recuperar el cuerpo etérico, le imprima como en la cera lo que ha sido formado en él. No es sino en el momento en que el cuerpo etérico recibe este sello que se produce la iluminación gracias a la cual el hombre llega a ser capaz de ver el mundo espiritual como ve hoy el mundo físico.

Comenzamos ahora a concebir qué importancia ha podido tener el impulso que nos ha traído el Cristo al encarnarse en la Tierra. En las antiguas iniciaciones el cuerpo astral no tenía la fuerza de actuar sobre el cuerpo etérico sino cuando éste era levantado fuera del cuerpo físico.

En esa época el cuerpo etérico estaba muy ligado al cuerpo físico y hubiera ofrecido una gran resistencia a la impresión de lo que se había formado en el cuerpo astral. He ahí el por qué el neófito era en otro tiempo sumergido durante tres días y medio en un estado semejante a la muerte, en el cual el cuerpo físico, era abandonado por el cuerpo etérico, y éste, librado del cuerpo físico, podía unirse al cuerpo astral, que le imprimía entonces lo que se había formado en él por los ejercicios. Cuando después el

hierofante despertaba al neófito, éste estaba iluminado, sabía lo que pasa en el mundo espiritual, porque había efectuado, durante los tres días y medio, un extraño viaje. Había recorrido las regiones espirituales, había hecho la experiencia de los conocimientos que un hombre no hubiera podido recibir sino gracias a una revelación. Podía entonces extraer sus propias experiencias y comunicar el conocimiento de los seres del mundo espiritual.

Así es como se aprendía a vivir en el mundo espiritual cuando la evolución no había alcanzado el punto más bajo del plano físico. El neófito contemplaba el verdadero rostro de Osiris, de Isis y de Horus. Veía los hechos reales de la leyenda y los contaba a los otros hombres en forma mitológica: la acción de Osiris en el momento en que la Luna se separó de la Tierra; Horus engendrado por Isis y Osiris, los cuatro tipos humanos: Toro, León, Aguila y Angel. Veía igualmente la vida del hombre entre la muerte y un nuevo nacimiento. La esfinge se le había aparecido realmente, él la había visto. Y podía decir: He visto la esfinge, el hombre cuya forma se asemejaba al animal, y cuyo cuerpo etérico, semejante a la forma humana, sobrepasaba ese cuerpo animal. La esfinge era una realidad para el iniciado. El había oído su enigmática pregunta. Había visto cómo el cuerpo humano se había desprendido poco a poco de la animalidad, en un momento en que la cabeza no existía sino bajo la forma de un germen etérico: Así le había aparecido la cabeza etérica de la esfinge. Era para él realidad. Lo mismo que los antiguos dioses que, por otro camino, seguían otra evolución.

Hemos visto, en efecto, en el capítulo precedente, que ciertas entidades seguían otra evolución distinta de la humana. El caso de Wotan por ejemplo. Hasta un cierto punto acompañó al hombre, pero no descendió tan bajo como él. El hombre continuó su descenso en la materia, y no se reunirá sino más tarde con los seres que prosiguen una evolución paralela a la Tierra. A partir de cierto momento, Wotan no se encarnó más en la Tierra.

Pero Osiris e Isis se habían deslizado de la línea de evolución de la Tierra mucho antes que estos seres, prosiguiendo su evolución en una esfera más elevada y quedando completamente imperceptibles. Si volvemos a la época lemúrica, constatamos que el etérico todavía no ha tomado forma humana y se asemeja todavía al animal, y los dioses que descienden a la Tierra deben contentarse con eso y aparecer en forma animal que es la del hombre de esa época. Cuando una entidad quiere penetrar en una esfera está obligado a someterse a las condiciones que allí reinan. Los seres divinos que, durante la partida de la Luna y el Sol, estaban unidos a la Tierra, han debido tomar en ese momento la forma animal que correspondía al grado normal de la evolución. La concepción religiosa de los egipcios representaba en un cierto sentido una repetición de la época lemúrica, por lo cual el iniciado egipcio veía sus dioses, por ejemplo Osiris e Isis bajo una forma con semejanza animal. Veía las divinidades superiores provistas de una cabeza animal. Es ese el porqué las representaciones de esas divinidades los muestran con una cabeza de carnero o de gavilán, según los relatos de los iniciados lo que corresponde exactamente a la visión oculta. Los dioses eran representados bajo la forma que tenían cuando moraban sobre la Tierra. Esas representaciones no podían ser la reproducción exacta de lo que veía el iniciado, pero eran tan fieles como era posible.

Esas entidades espirituales se transformaban rápidamente. Las formas que tenían en la Atlántida diferían mucho de la que habían tenido en la Lemuria. De una manera general los seres se transformaban en esta época mucho más rápidamente que ahora. Además, eran aún completamente espirituales y cuando uno lleva su mirada hacia el pasado los percibe en sus tres cuerpos, pero interiormente iluminados y radiantes de luz espiritual. Esto era reproducido fielmente en los dibujos; los hombres modernos se divierten con esto demasiado fácilmente porque ignoran cuánto corresponde a la realidad. Cuando el pensamiento lógico

fue dado al hombre por las potencias cósmicas, hubo una entidad divina que desempeñó en esta época un papel particularmente activo. En ese tiempo, el cerebro físico fue preparado de manera que el hombre pudiera desarrollar más tarde la inteligencia. Esta facultad fue implantada en el hombre por los cuidados del Dios Manú que está en relación directa con la inteligencia. Cuando estudiamos por la clarividencia un ser humano dotado de una inteligencia lógica, de un juicio particularmente desarrollado, se encuentra su expresión, su reflejo en una reverberación del cuerpo astral, del aura astral.

El pensamiento calculador se revela por matices verdes del aura, sobre todo en aquellos que tienen una inteligencia matemática muy exacta. Los antiguos iniciados egipcios vieron al dios que implantó en el hombre esta facultad y ellos la reprodujeron y lo pintaron de verde porque ellos veían brillar con un centello verde su forma etérica y astral. Aún hoy, es el color reverberante que toma el aura cuando el hombre hace un llamado a su inteligencia. Se podrían estudiar además numerosas referencias de este género si se quisiera profundizar verdaderamente el magnífico realismo de los dioses egipcios. Porque ellos correspondían a la realidad, porque no eran arbitrarias, esas representaciones de los dioses actuaban como brebaje mágico; el que supiera ver la realidad profunda de las cosas podría reconocer en los colores de esas antiguas estatuas de dioses la traza de múltiples secretos. Hay ahí cosas que permitirían penetrar mucho más hondo en la evolución de la humanidad.

Pero las formas se metamorfoseaban sin cesar. La de la esfinge representa lo que el hombre ha sido en cierto momento. El ser humano mismo forjó su propia forma actual. Ya sabemos que en el curso de la evolución terrestre, diversas formas animales han sido sucesivamente eliminadas. ¿Qué es en el fondo una forma animal? Es una forma que se ha fijado en tanto que el hombre continuaba su marcha ascendente. Los animales son los testimo-

nios de los diferentes estados que la evolución física ha sobrepasado, testimonios que han tomado forma en el mundo material. La evolución espiritual del hombre se ha efectuado enteramente de otro modo. La forma actual del espíritu humano no tiene nada que ver con nuestros antepasados físicos.

Sólo el cuerpo físico es su descendiente. Pero los hombres no descienden de los animales. Son los animales que quedaron estacionarios. La forma humana continuó metamorfoseándose hasta alcanzar una cierta elevación. Los animales son los testimonios degenerados de las formas físicas humanas del pasado. Otro dominio de la evolución es regido por otras leyes. No son, por otra parte, solamente las formas físicas de los animales las que han quedado atrás; igualmente el germen de las formas etérica y astral. Lo mismo que el León, en el momento en que se separó del curso normal de la evolución tenía otro aspecto físico que ahora, ciertas formas espirituales que igualmente quedaron atrás se transforman con el tiempo y degeneran.

Se puede decir, por ejemplo, que la esfinge, desde el instante en que fijó su forma ha comenzado a descender, que esta forma ha llegado a ser paulatinamente una especie de remedo de sí misma. La esfinge se ha conservado tal cual en el plano astral. Estas formas decadentes, estos desechos degenerados del mundo espiritual interesan poco al hombre que llega a los mundos superiores por la iniciación o por otra vía regular. Los que arriban anormalmente al plano astral, y no están dotados sino de una clarividencia inferior es a quienes aparecen.

Edipo ha visto la verdadera esfinge, que todavía hoy no ha desaparecido. Vive todavía, pero aparece a los hombres bajo una forma diferente. Se encuentra ejemplo de ello entre la población de la campaña, por ejemplo, ahí donde los campesinos, sin mucha evolución tienen visiones; al hacer la siesta en los campos, bajo el fuego ardiente del sol de verano, se les produce una especie de insolación y bajo esta influencia el cuerpo astral se se-

para del cuerpo físico, y el cuerpo etérico igualmente lo deja en parte. Estos hombres se hallan transportados entonces al plano astral y tienen la visión de ese último vestigio degenerado de la esfinge. Se ha dado a esta aparición diversos nombres. En ciertas regiones se la llama la dama del mediodía; existe un poco en todas partes, bajo nombres diferentes y representa una forma decadente de la antigua esfinge. Y como ella formula preguntas a quien la encuentra, se puede oír contar por las gentes que han visto la dama del mediodía que les ha formulado preguntas sin fin. Estas preguntas no terminan, son una herencia decadente de la antigua esfinge. La dama del mediodía es una metamorfosis. Todo esto nos muestra que detrás del plano físico la evolución prosigue igualmente. Grupos enteros de seres espirituales degeneran y al fin de cuentas no son más que la sombra de lo que antes han sido. Un hecho de este género deja entrever cuán complejas son las leyes de la evolución. Hemos querido, al citarlo, develar un poco su infinita diversidad.

Para comprender bien las cosas, no hay que olvidar que en el curso del tiempo, el hombre incorporó un Yo a sus tres cuerpos, que existían desde el comienzo de la evolución de la Tierra.

He mostrado cómo ese Yo ha penetrado al cuerpo astral, ejerciendo sobre él el dominio que estaba reservado antes a elevadas entidades espirituales.

Gracias a los seres superiores el Yo ha sido implantado en el cuerpo astral. Si la evolución hubiera proseguido en el sentido que querían imprimirle ciertas entidades divinas hubiera seguido por otro camino que el que ha tomado en la actualidad. Pero en otro tiempo ciertas entidades quedaron estacionarias ya que no eran capaces de colaborar con las que han incorporado el Yo al cuerpo astral.

Cuando puso el pie sobre la tierra, el hombre se componía de cuerpo físico, de cuerpo etérico y de cuerpo astral, y continuó desarrollándolos. Entidades divinas muy elevadas, que moraban

principalmente en el Sol y la Luna, le dieron el don de la individualidad. Pero otras entidades que, durante la evolución de Saturno, del Sol y de la Luna, no se habían desarrollado suficientemente, no pudieron colaborar en ese don. No pudieron actuar sino según lo que habían adquirido en la Luna. Ellas debieron contentarse con actuar sobre el cuerpo astral del hombre, incorporándole ciertos elementos que no son los más nobles de su naturaleza, porque le venían no de las entidades divinas, sino de entidades retardadas. Si esos seres hubieran cumplido su trabajo en la Luna, hubiera sido obra de perfección. Pero porque lo hicieron demasiado tarde, en la Tierra, ellos incorporaron al cuerpo astral algo que lo rebajó, lo hizo más vil de lo que hubiera llegado a ser sin ello, dotaron de los instintos, las pasiones y el egoísmo. No olvidemos que el hombre ha sufrido dos influencias, una tuvo por resultado rebajar su cuerpo astral.

Pero una influencia de ese género no podía limitarse al cuerpo astral. El hombre terrestre está hecho de tal suerte que una acción impuesta a su cuerpo astral es transmitida por éste al cuerpo etérico y de ahí al cuerpo físico. El campo de acción del cuerpo astral se extiende muy lejos, y por su intermedio, los espíritus de que hablábamos más arriba han actuado sobre el cuerpo etérico y sobre el cuerpo físico y se hubiera visto nacer en él lo que es debido a su acción, es decir, un sentimiento del Yo, una conciencia de sí más intensa. En el cuerpo etérico se formó todo lo que contribuye a oscurecer el juicio, todo lo que hace al hombre sujeto a cometer errores. En el cuerpo físico la acción prolongada del cuerpo astral provocó la posibilidad de enfermarse. Es la causa espiritual de las enfermedades humanas; la enfermedad de los animales corresponde a otra cosa. Vemos ahí cómo fue implantada la enfermedad en el hombre, la que está en relación con las causas espirituales que acabamos de indicar. Y por el hecho de que el cuerpo físico y el cuerpo etérico están sometidos a las leyes de la herencia, el principio de la enfermedad

se transmite por la vía hereditaria. Insistimos aquí una vez más en que hay que distinguir entre heridas exteriores y enfermedades internas. Cuando un hombre es arrollado eso no tiene nada que ver con la herencia. Ciertas enfermedades internas pueden igualmente ser provocadas por causas exteriores; cuando se come algo que indispone el estómago, se trata naturalmente también de un hecho exterior. En el curso de la evolución, antes de que los espíritus de que hablábamos ejercieran su influencia sobre el hombre, éste estaba hecho de tal suerte que reaccionaba mucho más fuertemente que hoy contra toda acción mala. Pero perdió este instinto seguro a medida que esos espíritus ganaron en influencia. Antes, su organismo estaba dispuesto de tal manera que el hombre estaba provisto de instintos sutiles para todo lo que pudiera dañarlo; cuando se le ofrecía un alimento que hoy causa desórdenes en el estómago, su instinto lo apartaba naturalmente. A medida que remontamos el curso del tiempo, encontramos al hombre más estrechamente, más sutilmente ligado a las fuerzas de su medio, reaccionando más seguramente a la influencia de esas fuerzas. Con el tiempo se hizo cada vez menos capaz de rechazar lo que le era dañino.

Otro hecho se encuentra igualmente ligado a aquello. A medida que el hombre se interiorizaba en sí mismo, pasaba algo en el mundo. Aparecieron los tres reinos de la naturaleza. Ellos no se formaron alrededor nuestro sino progresivamente. El hombre nació primero. El reino animal vino en seguida, después el reino vegetal y al fin el mineral. Si lleváramos nuestras miradas a la Tierra de los orígenes, cuando estaba todavía unida al Sol, encontraríamos un ser humano en el cual van y vienen todas las sustancias del universo, que vivía todavía en el seno de los dioses. Soportaba, por así decirlo, todo en sí. Después debió dejar atrás primero lo que se convirtió en el reino animal; si lo hubiera guardado en sí, no habría podido alcanzar un grado más alto de evolución.

Primero desechó el reino animal y más tarde el vegetal. Los animales y las plantas no representan nada más que los temperamentos, pasiones, ciertas tendencias que el hombre ha debido arrojar fuera de sí. Cuando formó sus huesos, desechó al reino animal. Llevando su mirada a lo que le rodeaba pudo decir entonces: Yo os soportaba antes, vosotros íbais y veníais en mí como el aire entra y sale en mis pulmones. Cuando vivía en la Tierra líquida todavía os soportaba, y trabajaba en vuestra transformación. Ahora estáis fuera de mí, no podría ya sosteneros, no puedo actuar sobre vosotros. Cuando la piel vino a cerrarse sobre su cuerpo, cuando llegó a ser un ser aislado, el hombre tenía alrededor de él los tres reinos naturales que había tenido en sí mismo.

Supongamos que la acción de esos espíritus no hubiera podido realizarse; otra consecuencia diferente se hubiera producido. En tanto que el hombre goza de buena salud, está en relación normal con el mundo exterior, pero cuando se manifiestan perturbaciones, es necesario que sus fuerzas sanas restablezcan el orden. Si son importantes, poner remedio. Es necesario que una sustancia exterior venga a despertar la fuerza de resistencia de que disponía naturalmente en tiempos en que era recorrido por las fuerzas exteriores. Se puede tener necesidad de darle, por ejemplo, las fuerzas de un metal para curarlo. Es justo que uno se sirva como remedios de metales, de jugos vegetales, etc., porque esas son fuerzas a las cuales estaba unido el hombre en otro tiempo.

En el tiempo en que los iniciados egipcios podían extender su mirada por el curso entero de la evolución humana, tenían el conocimiento exacto de las correspondencias que existen entre los diferentes órganos del cuerpo humano y las sustancias exteriores; sabían qué sustancia vegetal o metálica convenía para remediar tal o cual enfermedad. Un día se descubrirá en el dominio de la medicina un inmenso tesoro de conocimiento oculto, que

la humanidad poseyó antes. Hoy se tantea bastante en medicina, y se cometen numerosos errores porque se atribuye exclusivamente a tal o cual producto cualidades terapéuticas particulares. El verdadero oculista no produce jamás juicios exclusivos. Cuán a menudo hemos debido rechazar ciertos métodos que tendían a establecer un compromiso con la ciencia espiritual. Ella no puede sostener ningún principio: ella quiere al contrario, una ciencia que varíe sus principios al infinito. Decir: ¡No más venenos en medicina! es ser exclusivo. Eso prueba que no se conocen las verdaderas fuerzas de curación. Naturalmente, se cometen hoy muchos equívocos porque la mayor parte de los especialistas no tienen el conocimiento de todas las correspondencias, les falta una visión de conjunto.

Por otra parte, la ciencia médica, obedeciendo a un principio tiránico, rechaza todo lo que proviene del ocultismo. Se podría efectuar una reforma, si no hubiera emprendido una campaña contra las más antiguas verdades médicas, sobre todo la curación por las sustancias metálicas. Las eternas experimentaciones modernas no han podido descubrir nada que se compruebe sea tan eficaz como los antiguos remedios, que el espíritu sin comprensión de los profanos combate brutalmente a veces. Los antiguos iniciados egipcios tenían justamente una ciencia muy elevada de sus secretos.

Podrán volver a hallar el hilo misterioso que une los hechos de la evolución. Y cuando hoy se oye hablar a ciertos médicos con condescendencia de la ciencia médica de los egipcios, se puede estar seguro de que son ellos, justamente, quienes no conocen nada de eso. Esto os digo sólo para revelaros uno de los numerosos dominios de la ciencia iniciática egipcia, que es tan necesario conocer.

Conocimientos de este orden se transmitían a la conciencia popular, no olvidemos ahora que las mismas almas que animan nuestros cuerpos hoy, estaban igualmente encarnadas antes, esas



mismas almas han contemplado las visiones traídas a la memoria por los iniciados. Ahora bien, las experiencias que el alma realiza de encarnación en encarnación llevan todas sus frutos. Aunque el hombre no pueda recordarlo, lo que vive hoy en su alma no se encuentra allí porque sí, sino porque fue depositado antes. El alma es modelada en el más allá y un nuevo nacimiento ha recibido el sello de las formas egipcias. Las formas moderadas del pensamiento proceden de ellas. El darwinismo no ha nacido bajo la influencia de causas exteriores. Las almas recibieron en Egipto la impresión de las formas animales del hombre de otros tiempos. Todas esas visiones fueron de nuevo despertadas, pero en almas, que descendieron muy profundamente en el mundo material. Ellas recuerdan que se lo dijeron en otro tiempo: Nuestros antepasados tuvieron formas animales... pero no recuerda que esas formas eran habitadas por dioses. Tal es la razón psicológica profunda del darwinismo. La forma revestida por los dioses reaparece bajo un aspecto materialista. Es en eso que se revela el íntimo vínculo espiritual que une la antigua civilización a la nueva, la tercera época a la quinta.

Sin embargo nuestra época no tiene por único destino rever de manera material lo que las almas han contemplado antes en espíritu. Hubiera sido así en efecto, si en el intervalo, no hubiera aparecido el impulso crístico sobre la Tierra. Este impulso no ha tenido efecto solamente sobre la vida física, sino también para la vida espiritual, donde las almas de los antiguos egipcios se encontraban después de la muerte. Hemos visto cuáles han sido las consecuencias en el plano físico. Pero los tres años de la actividad del Cristo, el bautismo en el Jordán y el acontecimiento del Gólgota han tenido tanta importancia para las almas encarnadas sobre la Tierra como para aquellas que se encontraban entre la muerte y un nuevo nacimiento. Sabemos que la expresión física, exterior del Yo, es la sangre. Las fuerzas físicas que actúan en la sangre son la expresión física del Yo. En el curso de

la evolución, el egoísmo había adquirido demasiada intensidad, es decir, que la individualidad se había impreso demasiado fuertemente en la sangre. Y es necesario que la humanidad sea descargada de este "exceso" de egoísmo, para que el hombre vuelva a encontrar la espiritualidad. En el Gólgota nació el impulso que destruyó este egoísmo. En el instante en que la sangre del Redentor se deslizó sobre el Gólgota, se produjeron otros acontecimientos en el mundo espiritual. La sangre del Cristo se vertió en el mundo material; el egoísmo superfluo se disipó en los mundos espirituales. Para que desapareciera era necesario un impulso que ha sido dado sobre el Gólgota. Además la fraternidad humana vino a tomar su lugar.

¿En qué consiste este acontecimiento del Gólgota, esta muerte que duró tres días y medio sobre el plano físico? Es la transposición al plano físico de lo que sentía en espíritu aquel a quien se iniciaba: quedaba como muerto durante tres días y medio. Y quien había pasado por esta muerte espiritual podía decir a los hombres: La muerte puede ser vencida, hay algo eterno en el mundo. La muerte era vencida por los iniciados y se sentían victoriosos. El misterio del Gólgota ha hecho histórico un hecho que se había reproducido a menudo en los misterios de épocas pasadas: La victoria del espíritu sobre la Muerte, trasladada en lo sucesivo al plano físico. Cuando dejamos que esta idea actúe en nosotros, sentimos que el acontecimiento nuevo que representa el misterio del Gólgota es una imagen de la antigua iniciación. Sentimos que este acontecimiento único forma parte de la historia. ¿Cuál fue su consecuencia?

Antes el iniciado podía decir a los otros hombres: "Sé que existe un mundo espiritual, que se puede vivir ahí. Yo he vivido ahí tres días y medio y os traigo el testimonio de ello. Os traigo los dones del mundo espiritual". Por el contrario, llegando al mundo espiritual, el neófito que había vivido en el mundo físico no aportaba nada semejante a los muertos. No podía más que

decirles: "El mundo físico es tal que es necesario que el hombre sea rescatado de él. Así es como pasaban las cosas cuando los antiguos iniciados encontraban a los muertos en el mundo espiritual; no podían sino decirles: "La vida es dolor, la salvación está solo en la liberación". Es esto también lo que enseñaba Buda, esto es lo que enseñaba el iniciado a los muertos y a los vivos. Pero por el acontecimiento del Gólgota, la muerte ha sido vencida en el mundo físico, y éste es un hecho importante para los muertos que moran en el mundo espiritual. Aquellos que hacen reinar el Cristo en ellos descubren la claridad a la vida ensombrecida del Devakán. Cuanto más se nutre de Cristo el hombre aquí abajo, más luminosa se hace la vida en el mundo espiritual. Después que la sangre hubo brotado de las heridas del Redentor —he ahí algo que forma parte de los misterios del cristianismo— el espíritu de Cristo descendió entre los muertos. Ahí está uno de los misterios más profundos de la humanidad.

Cristo descendió entre los muertos y les dijo: "Acaba de pasar algo y ya no hay derecho a decir: lo que pasa allá abajo es menos importante que lo que pasa aquí. Gracias a este acontecimiento el hombre aporta un don del mundo físico al mundo espiritual". Tal es el testimonio que el Cristo aportó a los muertos en el curso de los tres días y medio. El descendió a los muertos para liberarlos.

En la antigua iniciación se podía decir: Recogemos en el plano físico los frutos del espíritu. Luego se produjo un acontecimiento en el plano físico que actúa y produce en los sucesivos frutos en el mundo espiritual. El hombre no ha realizado en vano su descenso al plano físico. Lo ha hecho para que, en este mundo físico, se levanten cosechas para el mundo espiritual. Las cosechas se recogen gracias al Cristo, que estuvo entre los vivos y entre los muertos, y que ha dado un impulso tal, tan intenso y tan poderoso que ha conmovido el mundo entero.

## XII

### El Impulso Crístico Victorioso de la Materia

Completaremos estos conocimientos estudiando un poco el carácter de nuestra época, como habíamos estudiado el de las cuatro civilizaciones postatlantes, hasta la aparición del cristianismo. Si el período greco-latino, que representa por un lado el nivel más bajo de la evolución, se nos aparece por otra parte tan simpático, tan atrayente a nuestros contemporáneos, es porque fue el origen de muchos de los acontecimientos más importantes de nuestra época actual. Consumó la unión, hemos dicho, del espíritu y la materia. El templo griego era un monumento en el cual el dios habitaba, y el hombre podía decirse entonces: Yo he llevado la materia a una tal elevación que ha llegado a ser para mí el sello del espíritu; en cada una de sus partículas siento vibrar algo de este espíritu. Y así para todas las obras del arte griego y la vida entera de ese pueblo. Este mundo de las creaciones artísticas donde descendió el espíritu, hizo a la materia muy atrayente. Goethe trató de representar la unión de su individualidad con esta época en la "Tragedia de Helena" y en "Fausto".

¿Qué hubiera sucedido, si como consecuencia, la civilización hubiera proseguido su camino en el mismo sentido? Un simple

esquema nos lo diría. En la época greco-latina el hombre ha descendido al nivel más profundo de la materia, pero no hay sin embargo ninguna partícula de esa materia que no le revele el espíritu. En todas las creaciones de esta época, el espíritu está incorporado a la materia. estudiemos la estatua de un dios griego: vemos por doquier que el genio creador del artista ha unido el espíritu a la materia exterior. El griego había conquistado la materia, pero no por eso había abandonado el espíritu. Si la civilización hubiera proseguido en ese sentido hubiera descendido normalmente muy abajo de suerte que el espíritu hubiera llegado a ser esclavo. Echemos una mirada imparcial sobre lo que nos rodea, y reconoceremos, en efecto, que eso es lo que ha pasado en un cierto sentido. La manifestación de esa caída es el materialismo. Es cierto que en ninguna otra época el hombre ha dominado la materia como hoy, pero es únicamente para la satisfacción de sus necesidades corporales. No tenemos más que considerar con qué medios primitivos fueron edificadas las pirámides, y comparar eso al impulso, al anhelo que llevaba el espíritu egipcio hacia los misterios del Cosmos. No tenemos más que pensar en la profundidad espiritual que alcanzaron los egipcios cuando depositaron en la imagen de sus dioses el reflejo de lo que había pasado antes en el Cosmos y en la Tierra. El egipcio que podía ver los mundos espirituales vivía en espíritu los acontecimientos de la época lemúrica. El que no estaba iniciado, que pertenecía a la masa del pueblo, podía participar de esos mundos espirituales con todo su corazón, con toda su alma. Pero los medios de que disponía para trabajar sobre el plano físico eran primitivos. Comparemos esas condiciones con las de nuestro tiempo: para eso no tenemos más que leer los innumerables discursos hechos por nuestros contemporáneos en alabanza a los grandes progresos realizados en nuestra época. La Ciencia Espiritual no tiene ninguna objeción que hacerles. El hombre extiende cada vez más sus poderes por el dominio de los elementos. Pero miremos el otro lado de las cosas.

Cuando los hombres aplastaban el grano de trigo con la ayuda de simples piedras, sus miradas podían elevarse hasta sublimes alturas del espíritu. Hoy, la mayoría de los hombres, no tiene ya ninguna idea de esas alturas. Ignora completamente lo que podía sentir un iniciado caldeo cuando veía las relaciones que unen el hombre a las estrellas, a los animales, a las plantas, a los minerales, cuando descubría las fuerzas de curación. Los sabios sacerdotes egipcios eran hombres a los que los médicos modernos no son dignos de besar los pies. Los seres humanos de hoy ya no pueden penetrar en esas elevadas regiones de la vida espiritual.

Sólo la Ciencia espiritual podrá permitir a las gentes hacerse una idea de lo que veían los antiguos iniciados caldeo-egipcios. Las interpretaciones que se dan hoy de las inscripciones que encierran profundos misterios, no son más que una caricatura de su antigua significación.

Antes, se disponía pues de pocos medios para trabajar el plano físico, pero en desquite, inmensas fuerzas volvían hacia el plano espiritual.

El hombre se hunde más y más en la materia y emplea las fuerzas de su espíritu en conquistar el plano físico. ¿No se podría decir en realidad: el espíritu humano se hace un esclavo del plano físico? Y en cierto sentido continúa descendiendo en este plano físico. El hombre ha empleado inmensas fuerzas espirituales para crear el barco a vapor, el ferrocarril, el teléfono, ¿y para qué fines se sirve de ellos? ¡Qué tesoro espiritual sustrae a la vida que se vuelve hacia los mundos superiores!

La Ciencia Espiritual está enteramente de acuerdo con los resultados obtenidos, no quiere criticar nuestro tiempo porque sabe que era necesario conquistar el plano físico; pero no es menos cierto que el espíritu se ha sumergido completamente en el plano físico. ¿Hay para el espíritu una ventaja, una superioridad cualquiera, en eso de que en lugar de aplastar uno mismo los

granos entre dos piedras, se telefona hoy a Hamburgo para ordenar aquello que se necesita y se lo hace venir de América?

¡Qué inmensa energía espiritual no se ha gastado para que América se una por medio de vapores a tantos países lejanos! Preguntémos: Estas relaciones entre todas las partes del mundo, ¿no han sido establecidas únicamente para la satisfacción de las necesidades corporales, de la vida material? Y como todo está sometido en el mundo a un reparto, no le ha quedado al hombre mucha fuerza espiritual, aparte de la que ha gastado en el mundo material, para tener acceso al mundo espiritual. El espíritu se ha convertido en esclavo de la materia. El griego ha visto encarnarse el espíritu en sus obras de arte; hoy, este espíritu está completamente decaído y tenemos un testimonio de ello en las máquinas y los perfeccionamientos técnicos de nuestra industria que sirven únicamente a las necesidades materiales. Preguntémos ahora si esta decadencia es verdaderamente irrevocable.

Lo hubiera sido en efecto, y el hombre en el porvenir hubiera realizado en el plano físico las más inmensas conquistas, si no hubiera pasado algo de lo que hemos hablado precedentemente. En el momento en que se encontraba en el nivel más bajo de su evolución, la humanidad recibió el impulso crístico que le dio la fuerza necesaria para una nueva ascensión.

La aparición del impulso crístico permite a la evolución humana tomar en lo sucesivo otra ruta, le permite dominar la materia y le da la fuerza por la cual se puede dominar la muerte. De ese modo le da la posibilidad de elevarse de nuevo por encima del plano físico. Para eso era necesario un impulso poderoso, era necesario que la materia fuera vencida, dominada tan magníficamente como lo ha sido. Tal momento lo describe el Evangelio según San Juan, en el bautismo del Jordán y el misterio del Gólgota.

El Cristo Jesús que había sido predicho por los profetas, ha dado a la humanidad, el más poderoso impulso que haya recibido en el curso de su evolución. Era necesario que el hombre se

separara al principio de los mundos espirituales, para unirse con ellos de nuevo gracias a la entidad crística. No podemos comprender esto completamente sin penetrar más profundamente aún en las relaciones que unen entre sí los acontecimientos de la evolución humana. Es necesario que captemos bien por qué lo que llamamos la aparición de Cristo en la Tierra es un acontecimiento que podía producirse solamente en el momento en que el hombre había descendido tan bajo. La época greco-latina ocupa el lugar del medio en la cadena de las siete épocas postatlantes. El acontecimiento crístico no habría podido producirse en ningún otro momento de la historia. Cuando el hombre llega a ser una individualidad, el Dios que debe salvarlo también debe tomar una forma individual, a fin de darle la posibilidad de elevarse hacia el espíritu. Hemos visto que el ciudadano romano, fue el primero que tomó conciencia de su personalidad. Antes, el hombre había vivido en las alturas espirituales, ahora había descendido hasta el plano físico. Y un Dios debía ayudarlo a reencontrar el camino del espíritu. Nos es necesario además profundizar el estudio de la tercera y de la quinta civilización y del período central. No podemos estudiar la mitología egipcia como en las escuelas; lo que es necesario, es sacar a la luz los antiguos puntos característicos, que nos revelan la vida del sentimiento de los antiguos egipcios, para preguntarnos en seguida cómo se encuentra esto en nuestra época.

La esfinge, Isis y Osiris son, en los mitos y los misterios egipcios, recuerdos de antiguos estados de la humanidad. Se formaba en las almas como un reflejo de los acontecimientos del pasado de la Tierra. El hombre revelaba una época infinitamente remota y observaba de nuevo sus formas originales.

El iniciado podía revivir interiormente la existencia espiritual de sus antepasados, de sus padres. Después de haber sido, en el origen, como el fragmento de un alma grupal, el hombre vio a sus almas grupales fijarse en las cuatro formas apocalípti-

cas. Se afinó lentamente su cuerpo y desarrolló su individualidad. Podemos seguir el rastro de esta evolución en la historia. En la época que describe Tácito la conciencia del individuo, en los países germánicos del siglo I después de J. C., está todavía englobada en el seno de la comunidad; todavía reina el espíritu de tribu; integrante del clan, y se siente parte inherente de su tribu. Este sentimiento es tan fuerte que cualquier miembro de la tribu puede vengar la ofensa hecha a otro miembro. Ahí, además, hallamos una especie de alma grupal. Esta alma-grupal se conserva hasta una época avanzada del período postatlante. Pero esto no es más que un eco.

El alma grupal en su forma esencial ha desaparecido hacia el fin del período atlante. Los hechos que acabamos de citar no conciernen más que a los rezagados. En realidad, los hombres ya no conocen el alma grupal; pero la conocían todavía en el período atlante. Aún no decían "Yo" hablando de ellos, pero ese sentimiento de pertenecer a una colectividad se transmitió un poco a las generaciones posteriores.

Por extraño que parezca, es sin embargo real que en los tiempos antiguos la memoria tenía más importancia y mucho más fuerza que hoy. ¿Qué es la memoria hoy? Reflexionad un poco y ved si os acordáis de los hechos de nuestra primera infancia. En una muy pequeña medida. En todo caso, la memoria no va más allá de la infancia. No os acordáis de nada de lo que pasó antes de nuestro nacimiento. No sucedía así en la época atlante.

Aún en los primeros tiempos que siguieron a la Atlántida el hombre recordaba lo que habían experimentado sus antepasados. Hablar de un Yo en la vida entre el nacimiento y la muerte no hubiera tenido sentido. La memoria se extendía a siglos enteros. El Yo se extendía tan lejos como la sangre de los antepasados que corría en las venas de los descendientes.

Este Yo-grupo no fluctuaba en el espacio por encima de los seres que vivían en la misma época, sino que corría dentro de las

generaciones. Es por eso que el hombre moderno jamás comprende los ecos que de ello se encuentra en los antiguos relatos concernientes a los patriarcas, cuando se dice por ejemplo que Noé, Adán, etc., han llegado a ser tan viejos. Se contaban muchas generaciones de antepasados como formando parte del Yo. El hombre moderno no puede figurarse eso. En aquel tiempo, dar un nombre a un individuo entre el nacimiento y la muerte no hubiera tenido sentido. La memoria se prolongaba con la serie de los descendientes a través de los siglos. En tanto que el hombre recordaba sus antepasados, se le daba el mismo nombre.

Adán era por así decirlo el Yo que pasaba en la sangre a través de las generaciones. Sólo cuando se conocen estos hechos reales se comprenden los textos. El hombre se sentía protegido en el seno de esta cadena de antepasados. Es lo que quiere decir el Evangelio con estas palabras: "Yo y el Padre Abraham somos uno". Cuando el creyente del Antiguo Testamento decía eso sentía verdaderamente que pertenecía a la serie de las generaciones. Esta conciencia se encuentra todavía en los seres de los primeros tiempos postatlantes, y aún entre los egipcios. Y eso tuvo consecuencias particulares para la vida espiritual.

Hoy, cuando el hombre muere, vive un cierto tiempo en el Kamaloca y después durante un tiempo bastante largo en el Devakán. Esto es ya una consecuencia del impulso crístico. Eso no existía en los tiempos pre-cristianos; el hombre se sentía entonces ligado a una larga cadena de antepasados. Hoy, en el período del Kamaloca, el hombre debe desprenderse de los deseos y anhelos a los cuales se había habituado en el mundo físico; de ellos depende la duración del Kamaloca. El hombre está atado a la vida entre el nacimiento y la muerte. En otro tiempo, estaba ligado a muchas otras cosas más. Estaba tan unido al plano físico que se sentía como el anillo de una cadena compuesta de seres de la misma sangre. Durante el Kamaloca no era necesario soportar las consecuencias de una existencia física individual,

sino además todo lo que estaba en relación con las generaciones pasadas, hasta el primer antepasado. Se revivía todo este período al revés. La consecuencia de ello era una verdad profunda que se encuentra incluida en la expresión: "sentirse seguro en el seno de Abraham". Después de la muerte uno se sentía remontar a través de toda la cadena de los antepasados. Y el camino que era necesario recorrer, se lo llamaba "El camino que lleva a los padres". Sólo después de haber rehecho este camino el hombre podía tener acceso al mundo espiritual, podía recorrer la ruta que conduce a los Dioses. En otros tiempos el alma tenía así dos caminos a recorrer: el de los padres y el de los dioses.

Las civilizaciones no terminan bruscamente. El espíritu de la civilización hindú subsiste aún, pero se ha transformado. Ha quedado al margen de las civilizaciones posteriores. Bajo la forma que tenía en el momento en que floreció la civilización egipcia, ha tomado igualmente algo de aquella.

Hoy se confunde demasiado fácilmente lo que fue antes y lo que es hoy. He aquí el por qué insití en el hecho de que no hablo sino de tiempos muy remotos. Entre otras cosas, los hindúes han asimilado el concepto de "camino de los padres" y del "camino de los dioses".

Cuanto más se iniciaba el hombre, más se liberaba de los lazos que lo unían a la patria y a sus antepasados, más se convertía en un "sin patria" y más se agrandaba el "camino de los dioses" y se acortaba el "camino de los padres". Aquel que en todas sus fibras estaba unido a sus antepasados, recorría largamente el camino de los padres, pero su camino de los dioses era corto. En la terminología de Oriente, se llamaba al camino de los padres "Pitriyana" y al camino de los dioses "Devayana". Cuando usamos hoy la palabra Devakán está bien entendido que esa no es más que una palabra de la cual nos servimos para mayor comodidad. La palabra "Devakán" es una forma derivada de "Devayana" el "camino de los dioses". Un vedantista de otros

tiempos se burlaría de nosotros si pudiera oír las descripciones que hacemos del Devakán. No es fácil adaptarse al pensamiento y a la concepción orientales. A menudo casi es necesario tomar con reserva las verdades orientales contra aquellos que pretenden enseñarlas. Se recibe la enseñanza de una doctrina hindú y no se duda de que es una enseñanza muy vaga. La Ciencia Espiritual no tiene empeño en ser tomada por una teoría oriental-hindú. En ciertos medios gusta mucho lo que viene de lejos, de la India o de América. Pero la verdad está en todas partes.

Explotar antigüedades son hechos que toca realizar a los sabios. La Ciencia Espiritual es otra cosa, es la vida. Su enseñanza puede ser encontrada en todas partes y a cada instante.

Lo que acabamos de describir no era solamente teoría para los antiguos egipcios, ellos la vivían. La enseñanza de sus grandes misterios era igualmente práctica. Los misterios de los antiguos egipcios perseguían un fin completamente especial. Hoy las gentes ríen fácilmente cuando se les dice que en cierta época el Faraón era un iniciado o cuando se les relata en qué relación se hallaba el egipcio frente al Faraón y a su gobierno. Hoy se halla particularmente ridículo que el Faraón se haya dado a sí mismo el nombre de "Hijo de Horus" o aún "Horus".

Nos parece extraño que un hombre pueda ser adorado como un dios; nos es difícil imaginar algo más absurdo. Es que el hombre no sabe qué era un Faraón, ni su misión. No sabe lo que era realmente la iniciación de un Faraón. Hoy, no se ve en un pueblo más que un cierto número de hombres.

Un pueblo es una agrupación de individuos que habitan una cierta región. El "pueblo" es otra cosa para el que se coloca en el punto de vista del ocultismo. Como el dedo forma parte del cuerpo, los individuos forman parte del alma del pueblo. Están envueltos por ella, salvo que esta alma no es física, no es real sino en el plano astral. Es una realidad absoluta, el iniciado puede conversar con ella. Es aún mucho más real para él que los in-

dividuos aislados del pueblo, más real que un solo ser humano. Las experiencias espirituales tienen valor para el ocultista y el alma del pueblo es para él completamente real.

Si nos representamos los individuos separadamente, no están aislados sino para quien los estudia exteriormente, físicamente. Quien los observa en espíritu los ve como envueltos en una niebla etérica, y ahí está la encarnación del alma del pueblo. El individuo piensa, actúa, siente y quiere y proyecta sus pensamientos y sentimientos en el alma entera del pueblo y esta recibe cierta coloración. Está penetrada por los pensamientos de los individuos. Si hacemos abstracción del cuerpo físico, no considerando más que el cuerpo etérico y el cuerpo astral del individuo, y observamos el cuerpo astral de todo un pueblo, vemos que éste recibe sus colores, sus matices de los individuos aislados.

Esto lo sabía el antiguo iniciado egipcio, y sabía algo más aún. Cuando observaba esta sustancia íntima del pueblo se preguntaba: ¿Qué es lo que vive en realidad en el alma del pueblo? ¿Qué veía ahí? Veía en el alma del pueblo la reencarnación de Isis. Veía cómo, en otro tiempo, ella había vivido entre los hombres. Isis vivía en el alma del pueblo. Veía manifestarse en ella las mismas influencias que provenían de la Luna; esas mismas fuerzas actuaban en el alma del pueblo. Y el egipcio veía en Osiris lo que se manifestaba en los rayos espirituales individuales y reconocía en ellos la influencia de Osiris. El veía a Isis en el alma del pueblo.

Osiris no era visible para el plano físico, estaba muerto para este. Pero cuando el hombre moría, Osiris se le aparecía de nuevo. Es por eso que lo leemos en el libro de los muertos de los egipcios, que el individuo sentía que en la muerte se reuniría con Osiris, que llegaría a ser él mismo un Osiris, Osiris e Isis actuando de concierto en el Estado y en los individuos miembros de ese Estado.

Volvamos al Faraón y pensemos que todo esto era para él una realidad. Antes de ser iniciado, el Faraón recibía cierta enseñanza a fin de que captara todo eso no solamente con su inteligencia, sino para que eso le llegara a ser una verdad, una realidad. Debía llegar a decirse: "Si quiero gobernar es necesario que sacrifique una parte de mi propia espiritualidad, es necesario que destruya una parte de mi cuerpo astral, una parte de mi cuerpo etérico. Es menester que se manifiesten en mí los principios de Osiris y de Isis. No tengo el derecho de querer algo personalmente; cuando digo algo, es Osiris quien debe hablar; cuando hago algo, es Osiris quien debe hacerlo; cuando muevo la mano, son Osiris e Isis que deben moverse. Yo debo encarnar al Hijo de Isis y Osiris: a Horus".

La iniciación no confiere la erudición. Pero poder sacrificarse como el Faraón es algo que está en relación con la iniciación. Porque lo que él abandonaba así de sí mismo podía ser reemplazado por partes del alma del pueblo. Esta parte de sí mismo que sacrificaba es ésa justamente la que le daba el poder. Porque el poder justificado no viene de que uno eleve la propia personalidad, viene de que se haga suyo lo que excede los límites de la personalidad: una potencia espiritual superior. El Faraón se asimilaba así un poder superior que era representado exteriormente por el "Uraeus" de oro, que coronaba su frente.

Un nuevo misterio se devela ante nuestros ojos. Acabamos de ver ahí algo mucho más elevado que las explicaciones corrientes respecto al Faraón.

Si tales eran los sentimientos del egipcio, ¿cuál debía ser su preocupación principal? El atribuía importancia sobre todo a que el alma del pueblo llegara a ser tan fuerte como fuera posible, a que llegara a ser rica en fuerzas buenas, a que no fuera disminuida. Los iniciados egipcios no debían ya contar con los lazos de la sangre, pero las riquezas espirituales que habían ama-

sado los antepasados debían convertirse en bien del individuo. Es lo que se indica en el símbolo del juicio en el cual el muerto se encuentra frente a cuarenta y dos jueces. Estos pesan todos sus actos. ¿Cuáles eran estos cuarenta y dos jueces? Eran los antepasados. Se creía que la vida del hombre estaba íntimamente unida a la de cuarenta y dos antepasados. En el más allá la enseñanza de los misterios egipcios se relacionaba prácticamente con la existencia, pero se refería igualmente a la vida entre la muerte y un nuevo nacimiento.

En la época egipcia, el hombre ya estaba sujeto al mundo físico. Pero al mismo tiempo, debía elevar su mirada hacia sus antepasados, en el otro mundo y debía cultivar en el mundo físico lo que había recibido de ello. Esta tarea, esta colaboración en la obra de sus padres, lo encadenaban al mundo terrestre.

No olvidemos que las almas actuales son reencarnaciones de las del antiguo Egipto. ¿Cuáles son las consecuencias, para los que viven hoy, de lo que pasó antes, de lo que vivieron durante su encarnación egipcia? Todo lo que el alma ha vivido antes entre la muerte y un nuevo nacimiento, todo eso está íntimamente unido a ella, ha quedado en ella y resucita en nuestra época, nuestra quinta civilización, que lleva los frutos de la tercera hasta las ideas cuyo germen ha sido depositado en otro tiempo en las almas. Por eso es fácil comprender que los progresos del hombre en el plano físico son debidos a la materialización de la atracción sentida por los antiguos egipcios hacia este plano físico. Hoy los hombres están más profundamente aprisionados en la materia. Ya hemos visto que el embalsamamiento tuvo por consecuencia en el plano físico una concepción material de las cosas.

Evoquemos ante nosotros la imagen de un alma de aquel tiempo, la de un discípulo de los misterios. La mirada de ese discípulo ha estado dirigida hacia la visión del Cosmos. Ha visto en espíritu cómo Osiris e Isis vivían en la Luna. Para él todo

estaba animado por seres divinos, espirituales. Su alma era nutrida por esas visiones. Reencarnando en la quinta época las vuelve a hallar en sí mismo como un recuerdo. ¿Qué le sucede en lo sucesivo? Su mirada se había elevado antes hacia el mundo de las estrellas. Recuerda lo que ha visto y entendido antes, pero no puede reconocer esta visión porque ha recibido la marca de la materia. Ya no ve el espíritu, pero realiza sus condiciones materiales y este recuerdo llega a ser el pensamiento materialista. Ahí donde antes veía entidades divinas, como Isis y Osiris, ahora no ve más que fuerzas abstractas, privadas del lazo espiritual. Metamorfoseado, este lazo espiritual reaparece en la forma de su pensamiento. Todo resucita, pero bajo una forma material. Apliquemos este principio a un alma que tuvo antes la visión de las grandes relaciones cósmicas; imaginemos que las visiones que tuvo en el antiguo Egipto resuciten ahora ante ella, en el curso de la quinta civilización; eso es lo que le pasó en el alma de Copérnico. Así es como nació el sistema de Copérnico, un recuerdo de las visiones espirituales vividas en el antiguo Egipto. Sucede lo mismo con el sistema de Kepler. Estos sabios han extraído sus grandes leyes de los recuerdos de lo que han vivido en espíritu en el antiguo Egipto. ¿Cómo puede expresarse entonces tal espíritu? Nos dirá que le parece mirar atrás, hacia el antiguo Egipto al oír estas palabras: "Ahora, un año y medio después que me apareció la primera aurora de las más maravillosas visiones, apenas algunos meses desde que ellas han sido iluminadas por la luz del gran día, en fin, desde que brillan con el más puro resplandor, nada me retiene más, quiero abismarme en un ardor sagrado, quiero reír frente a los hombres, confesándoles simplemente que he robado los vasos de oro de los egipcios para construir con ellos el templo de mi Dios, muy lejos de las fronteras de Egipto". ¿No hay aquí como un recuerdo real, que corresponde a la verdad? Estas frases son de Kepler. También él ha dicho: "El antiguo recuerdo viene a golpear



a la puerta de mi corazón". Tales son los lazos maravillosos que recorren la evolución de la humanidad. Muchas de estas frases ricas de sentido, pero enigmáticas, se hacen claras y comprensibles cuando se sienten las relaciones espirituales de las cosas. La vida no llega a ser grande y magnífica, los hombres no se sienten miembros de un todo, sino cuando comprenden que el ser aislado no es más que una forma individualizada de los espiritual que anima al mundo.

Ya he hecho notar que el darwinismo no es más que una forma materializada de los dioses que los egipcios representaban en forma de animales. Cuando se comprende bien a Paracelso se reconoce que su terapéutica es la resurrección de la enseñanza de los tiempos del antiguo Egipto.

Consideremos un espíritu como Paracelso. Encontraremos además en sus obras una extraña frase. Aquel que profundiza el estudio de su obra sabe qué elevado espíritu moraba en él. Ahora bien, se ha dicho que aprendió mucho por todas partes, pero que en donde aprendió menos es en las universidades y que sus conocimientos se enriquecieron principalmente durante sus viajes de país en país, donde estuvo en contacto con los pueblos y las antiguas tradiciones. No es posible indicar algunos ejemplos que nos mostrarían qué profundas verdades contiene todavía el pueblo, verdades que ya no se comprenden, pero de las que Paracelso supo sacar provecho. Dijo además que había encontrado un libro que encerraba profundas verdades médicas. ¿Y cuál es ese libro? ¡La Biblia!

Quiso nombrar con eso no solamente al Antiguo Testamento, sino, sobre todo al Nuevo. Pero había que saber leer la Biblia, para encontrar allí lo que descubrió Paracelso. Su medicina es un recuerdo lejano de los antiguos métodos médicos de los egipcios. Porque Paracelso se nutrió con los misterios del cristianismo, porque asimiló el impulso que se eleva hacia las alturas, sus obras están llenas de sabiduría espiritual, y por eso han sido cri-

ticadas. Tal es el camino del futuro. Eso es lo que deberían hacer todos los que quieren hallar el camino, levantarse de la caída en la materia. Hay ahí una posibilidad de no desperdiciar los grandes progresos materiales realizados. Pero hay también la posibilidad de dejar el espíritu penetrar en sí.

Si se estudia hoy lo que puede ofrecer la Ciencia Oficial, si se la profundiza, conservando la energía como para no absorberse totalmente en ella se hace un buen trabajo como discípulo de la Ciencia Espiritual.

Se puede aprender mucho de los sabios puramente positivistas, y después hacer penetrar el espíritu puro que ofrece la Ciencia Espiritual. Cuando introducimos espíritu en todo, actuamos cristianamente en el justo sentido de la palabra. La Ciencia Espiritual puede tener su rango sólidamente y seguramente en todo lugar de la vida real. Abismarse en una representación esquemática de los mundos superiores, es quedar en los rudimentos del comienzo de la Ciencia Espiritual. No es tan importante que el estudiante de la Ciencia espiritual sepa de memoria los diferentes encadenamientos de los conceptos antroposóficos. esto no basta. Lo que es necesario, sobre todo, es que la concepción del mundo espiritual que resulta de ellos, se haga fecunda, penetre por doquier, hasta en la vida diaria.

Lo que es importante, no es predicar el amor universal. Lo mejor es hablar de él lo menos posible: Predicarlo, se hace un poco como decir a la estufa: "Querida estufa, tu deber es calentar la habitación. Cumple con tu deber, te lo ruego". La enseñanzas que se dan con bellas frases sobre el amor universal se parecen un poco a ese discurso. Lo importante es la sustancias. La estufa queda fría cuando yo me contento con decirle que debería calentar. Calienta cuando yo le suministro combustible. El hombre también se queda frío cuando uno se contenta con hacerle discursos. Pero ¿Cuál es el combustible que le conviene para que forme ese alimento?

No hay que ser perezoso y quedarse en la “fraternidad universal”. Los hombres tienen necesidad de combustible. Cuando sean unidos de él, la fraternidad nacerá por sí misma. Como las plantas tienden sus corolas hacia el Sol, es necesario que elevemos todas nuestras miradas hacia el sol del espíritu.

Lo que es importante, es que las cosas que estudiamos no se queden en enseñanzas puramente teóricas, sino que se hagan fuertes en nuestras almas, darán entonces a todo ser humano, cualquiera que sea su dominio en la vida práctica, impulsos a su obra. Los que hoy arrojan una mirada burlona y de desprecio a la Ciencia Espiritual, se sienten muy por encima de sus “enseñanzas fantásticas”. No ven allí más que “afirmaciones inde demostrables” y dicen que uno debe atenerse a los hechos. Podría suceder fácilmente que la vida desalentara al partidario de la Ciencia Espiritual, minando su seguridad y su energía cuando ve cuántos de aquéllos que deberían justamente comprender la Ciencia Espiritual, no tiene oídos para ella.

Nuestro tiempo desprecia fácilmente lo que los egipcios llamaban sus dioses. “Fría abstracción”, se dice. El hombre moderno, es sin embargo, mucho más supersticioso todavía. Tiene fe en otros dioses. Porque no dobla exteriormente las rodillas ante ellos, no se da cuenta de las supersticiones a que está sometido.

Mis queridos amigos, después de haber trabajado así en común, nos es necesario pensar siempre, cuando nos separamos, no sólo en llevar una nueva suma de conocimientos, sino en guardar en nosotros una impresión, un sentimiento cuya forma más justa es la del impulso voluntario bien conocido por el estudiante de la Ciencia Espiritual: hacer penetrar la Ciencia Espiritual en la vida, y no dejarse turbar en su certeza por nada.

Evoquemos en nuestra alma una imagen. Se oye decir a menudo: “¡Ah, estos exploradores del espíritu! Se reúnen para tener sesiones fantásticas; un espíritu moderno no debería com-

prometerse con ellos”. Los partidarios de la Ciencia Espiritual parecen ser a menudo una clase despreciada, inculta, ignorante. ¿Es necesario que eso nos desanime? ¡No!

Evoquemos una imagen en nuestra alma y despertemos en nosotros los sentimientos que con ella se relacionan. Conocemos algo semejante ocurrido en el pasado; recordemos que algo análogo pasó en Roma. El cristianismo naciente se expandió en la antigua Roma en el seno de una clase absolutamente despreciada. Admitamos con un arrobamiento justificado el Coliseo que edificó la Roma imperial. Pero podemos ver además las gentes que pensaban entonces siguiendo el movimiento de su tiempo, sentados en el circo, mirando arder a los cristianos en la arena, en tanto que se quemaba el incienso para disimular el olor de los cuerpos carbonizados.

Dirijamos nuestra mirada hacia los grupos de los menospreciados. Vivían en las Catacumbas, en los subterráneos. Ahí debió disimularse el cristianismo naciente. Sus primeros cristianos elevaron sus altares sobre las sepulturas de sus muertos, bajo tierra. Ahí tenían ellos sus maravillosos símbolos, sus santas reliquias. Un extraño sentimiento se apodera de nosotros cuando recorremos hoy las Catacumbas, la Roma subterránea. Los cristianos sabían qué suerte les estaba reservada. La primera semilla del impulso crístico fue menospreciada, arrojada bajo tierra, en las Catacumbas. ¿Qué ha quedado de la Roma imperial? Ha desaparecido de la faz de la tierra. Pero lo que antes vivió en las Catacumbas ha sido elevado.

Aquellos que quieren ser portadores de una concepción espiritual del mundo, conserven la seguridad interior de los primeros cristianos. Que vivan despreciados por los eruditos contemporáneos, pero que tengan confianza, porque trabajan en vista de una obra que florecerá y prosperará en el porvenir. Que aprendan a soportar todas las fealdades del tiempo presente. Trabajamos para el porvenir. Es algo que se puede sentir con toda mo-

destia, pero con toda certeza, sin orgullo, pero fortificándose contra la incomprensión de nuestra época.

Con la ayuda de estos sentimientos tratemos de introducir en nosotros, de una manera durable, lo que hemos evocado en estos días.

¡Llevémoslo como una fuerza y continuemos colaborando fraternalmente entre nosotros!

## INDICE

	Prefacio de Marie Steiner.....	7
<b>I</b>	Relaciones espirituales entre las corrientes de civilización de los tiempos antiguos.....	17
<b>II</b>	El reflejo de los acontecimientos espirituales en las concepciones religiosas de los hombres.....	29
<b>III</b>	La humanidad del último período atlante y de la época postatlante. Los antiguos lugares de iniciación. La forma humana objeto de meditación.....	43
<b>IV</b>	Las experiencias de los discípulos de los Rishis durante la iniciación representan una forma en imágenes de las etapas anteriores de nuestra tierra. Los misterios de los planetas. La experiencia de los mundos superiores por la imagen, el sonido, la palabra, el descenso del Verbo original.....	55
<b>V</b>	Cómo se formó la Trinidad: Sol, Luna, Tierra. El sonido formador. Osiris y Tifón.....	69
<b>VI</b>	La influencia de Isis y de Osiris. Horus el creador del Hombre terrestre futuro. Algunos hechos de anatomía y fisiología oculta.....	81
<b>VII</b>	El desarrollo del organismo humano hasta la partida de la Luna. La influencia de la luz de la Luna sobre la forma humana. Osiris e Isis forman la parte superior del ser humano. La lira de Apolo.....	91

**VIII** Evolución gradual de las formas humanas que corresponden al recorrido del zodíaco por el sol. Eliminación de las entidades animales. Influencias de las fuerzas lunares. Los cuatro tipos de humanidad. Separación de los sexos. La imágenes de los mitos representan realidades. ... 103

**IX** Hechos de la vida espiritual: influencia de los espíritus del Sol y de la Luna. De las fuerzas de Isis y de Osiris. Transformación de la percepción y del estado de conciencia en el hombre. Conquista progresiva en el plano físico del curso de las civilizaciones sucesivas. Hasta el momento en que el hombre, en su propia individualidad, une el espíritu con el plano físico. En el punto más bajo de la evolución interviene el impulso crístico; el Dios desciende hacia el hombre físico, a fin de que éste encuentre el camino del mundo espiritual..... ... 117

**X** Las leyendas antiguas son la imagen de los acontecimientos cósmicos y de lo que pasa entre la muerte y el nuevo nacimiento. Oscurecimiento de la conciencia espiritual del hombre, peligro de la muerte espiritual. El principio de iniciación de los misterios ilumina de nuevo la conciencia. La salvación por el Cristo. Los iniciados precursores del Cristo; su conciencia profética. El espíritu del neófito egipcio está formado por ciertas imágenes hasta que él llega a la comprensión de la evolución del yo y del hombre. Muchas de estas imágenes, basadas en acontecimientos ocultos, han pasado a la conciencia de los hombres en formas de leyendas griegas..... ... 131

**XI** El principio de la iniciación egipcia; desarrollan órganos de percepción suprasensibles en el cuerpo astral. Qué las trasmite al cuerpo etérico en el curso de un sueño vecino de la muerte que dura tres días y medio, y en el que el cuerpo etérico es elevado fuera del cuerpo físico, las experiencias vividas en las regiones suprasensibles hacen del neófito un iluminado, un iniciado, la ciencia fisiológica cósmica de los hierofantes egipcios. Hoy, el hombre ve materialmente lo que vio antes en espíritu. La importancia del acto crístico para el alma de los muertos..... ... 149

**XII** Las creaciones del arte griego llevan el sello del espíritu; el espíritu esclavo de la materia de nuestro tiempo. El impulso crístico triunfante de la materia, la fuerza crística vence también la tendencia a unirse a través del tiempo al alma grupal de las generaciones. La religión de los antepasados y de los dioses del antiguo Egipto. Isis y el alma del pueblo egipcio. El Faraón es el hijo de Isis y de Osiris. Los antepasados recogen y dispensan los tesoros espirituales y son los cuarenta y dos jueces de los muertos: lo que es debido a la herencia debe ser cultivado en el mundo físico. Reaparición en nuestro tiempo de lo que el alma ha vivido antes entre la muerte y el nuevo nacimiento..... ... 165